

**© Paco Ignacio Taibo II, Egon Erwin Kisch, John Reed,
Larisa Reissner, Tom Wolfe, Ryszard Kapuściński,
Manuel Leguineche, Joe McGinniss, Günter Wallraff.**

Octubre 2018
@BRIGADACULTURAL

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS
con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de
distribución gratuita.

NADA ES MÁS ASOMBROSO QUE LA VERDAD

**OCHO REPORTAJES KISCH, REED, REISSNER, WOLFE,
KAPUŚCIŃSKI, LEGUINECHE, MCGINNIS, WALLRAFF**

**PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE TEXTOS
PACO IGNACIO TAIBO II**

PRÓLOGO

JOHN STEINBECK dice en *Las viñas de la ira* algo que impactó al Kisch y sirve como título a una recopilación de las crónicas de éste: “Nada es más asombroso que la verdad”. Esa sorprendente declaración de un maestro de la ficción, pareciera reivindicar por sí sola, las posibilidades inmensas del periodismo como narrativa, como literatura de la verdad inmediata. Se han reunido aquí textos de ocho periodistas, básicamente reportajes, algunos ya míticos, y quedan fuera de manera muy arbitraria —y toda antología lo es de origen— materiales muy valiosos, algún día quizá podremos incorporar, en particular los reportajes de Vasili Grossman e Ilyá Ehrenburg, las memorias de Arthur Koestler que atañen al periodismo, los excelentes trabajos de reportaje histórico de Oswaldo Bayer y del peruano Guillermo Thorndyke; los experimentos de Gabriel García Márquez, los montajes de Nanni Balestrini, las investigaciones minuciosas de Rodolfo Walsh, Elena Poniatowska, Norman Mailer o John Dos Passos, entre muchos otros.

El origen de este libro es un curso realizado en La Habana en 2017, bajo la convocatoria de la Fundación Rosa Luxemburgo y Casa de las Américas. Los escritos de muchos de los periodistas mencionados en aquellas largas sesiones no eran accesibles en la isla y tratamos de subsanar esa carencia. Por eso dejamos fuera los trabajos de Pablo de la Torriente, creador de un novedoso proyecto de periodismo-intervención, que está ampliamente publicado. En esta brevísima nota, que no puede sustituir un estudio mínimamente serio del género y cuyo único sentido es dar noticias escuetas de los autores y mencionar títulos de libros, se desenmascaran mis pasiones. Unas cuantas líneas para Wolfe, muchas para Larisa Reissner.

EGON ERWIN KISCH. Hijo de un comerciante judío de Praga nacido en 1885, estudió periodismo en Berlín y entró a trabajar en el más importante periódico en lengua alemana en Praga, *Bohemia*. La técnica que va a elaborar durante los siguientes años no es excesivamente novedosa, su estilo es bastante parco en metáforas, imágenes y usos literarios, aunque sin duda ingenioso, porque tiene esa especie de talento mágico de los grandes periodistas que le permite estar en todos lados. Ve así lo que otros no ven. Persiguió el reportaje como persiguió la vida, es justo decir.

En 1913 tropieza y revela varios de los escándalos del proceso de descomposición de la monarquía austro-húngara. El descubrimiento de un coronel de los servicios secretos, que reve-

lada su condición de homosexual es chantajeado y termina sirviendo a italianos, serbios y rusos. *El caso Redl*, una extraordinaria historia de espionaje, lanza a la fama a Kisch. El cineasta húngaro István Szabo hará una excelente película, *Colonel Redl*, sobre esta historia de Kisch que ganó el Premio Especial del Jurado de Cannes en 1985.

Durante la Primera Guerra Mundial fue soldado y en la descomposición revolucionaria final en 1918, miembro de los consejos de obreros y soldados y jefe de los Guardias Rojos de Viena. La derrota de la revolución lo hará viajar a Berlín ya como miembro del Partido Comunista y retornar al periodismo.

Viajará por La URSS y China. En 1924 reúne sus reportajes en *El Reportero Veloz* y su versión de los Estados Unidos en *Paradies Amerika*. En 1933, a raíz de la persecución de simpatizantes comunistas desencadenada tras el incendio del Reichstag, será detenido y después llevado a la prisión de Spandau, más tarde deportado a Praga. Se traslada a París, que se volverá su base de operaciones.

En 1934 viaja a Australia y cuando le niegan la entrada al país en Melbourne salta de la cubierta del barco rompiéndose una pierna.

Al iniciarse la guerra de España tiene 53 años, un bigote frondoso y fuma en pipa. Originalmente como reportero —pero no hace periodismo—, por un tiempo es oficial del batallón Masaryck y posteriormente recorre el frente y escribe cuentos.

Tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial vive durante un tiempo en los Estados

Unidos y finalmente viaja a México, donde se reúne con algunas de las figuras del exilio antinazi como Anna Seghers, Ludwig Renn, Gustav Regler, Bodo Uhse. Escribe *Descubrimientos en México*, que será publicada en 1959 traducida por Wenceslao Roces. En la primavera de 1946 Kisch regresó a Praga, donde murió dos años más tarde.

JOHN REED, parece decir una y otra vez que hay que estar ahí para contarlo. Sus amigos lo llamaban Jack. Muy pronto lo van a llamar Juanito. Nacido en Portland, Oregon, en octubre del 1887, hijo de una familia conservadora, estudia en Harvard. Es un joven deportista con sentido del humor y adicto a la poesía y el teatro. Viaja a Nueva York a los 26 años, se relaciona con la bohemia progresista y radical, incursiona en el periodismo y en 1913 viaja a la zona textil de Nueva Jersey para registrar la huelga de Patterson y la violencia de las empresas textiles y sus matones. Será detenido. La crónica, publicada en *The Masses* en junio de 1913, rompe el aislamiento de la huelga y genera una gran oleada de solidaridad.

El periodismo de **Reed** no se mueve en el vacío, viene de una tradición, la de los llamados muckrackers, generadores a principio del siglo de un magistral material de denuncia y debate: Lincoln Steffens, y sobre todo Upton Sinclair (*Petróleo, La jungla, La ficha de bronce*).

La crónica como género tiene la virtud de filtrar a través de la primera persona, de la

visión subjetiva compartida con el lector, ambientes, aportar impresiones, ofreciendo no sólo datos sino también ambientes, diálogos, fragmentos de entrevistas. Va generando un debate en dos frentes, contra la propaganda y contra el esteticismo, y entonces su narración social se encuentra distante de ambos.

En marzo de 1913 viaja hacia México. Se entrevistará con Pancho Villa, verá el crecimiento de la División del Norte, cabalgará con Urbina y sus garrafas de sotol, hará amigos, entrevistará a Carranza y verá desde la primera fila el inicio de la batalla de Torreón. A su regreso a El Paso, convertirá sus primeras notas informativas, sus reportajes, sus impresiones en un libro: *México insurgente*. No trata de explicar la revolución mexicana, tan sólo de retratarla, contar historias de los peones en armas, de la profunda revuelta social contra el viejo orden que está en marcha. El libro es un gran éxito. Y John, Juanito para los mexicanos, ya no será el mismo.

Produce a su regreso un excelente trabajo sobre las luchas de los mineros en Colorado. Y luego partirá como corresponsal de guerra hacia Europa Oriental. “Ésta no es nuestra guerra”, dirá. Sus relaciones amorosas con otra excelente periodista, Louise Bryant, lo enriquecerán notablemente. Entre Europa y Estados Unidos en agosto de 1917 parte hacia Rusia donde hay una revolución en marcha desde febrero. Tiene casi 30 años.

Será el gran testigo de la Revolución de Octubre. *Diez días que conmovieron al mundo* es su

obra mayor. Aquí sí, el intento de darle orden a los hechos, la mezcla de impresiones directas, con una enorme documentación, la narración de momentos claves, los retratos de los protagonistas, el uso de géneros periodísticos para armar un gran reportaje, le darán las armas para producir el gran retrato de la primera revolución socialista triunfante del planeta.

Se cuenta que el borrador de su manuscrito, entregado en borrador el 1 de enero de 1919 en Nueva York, fue escrito en un mes. El intrépido muchacho de la lucha de clases que había estado a punto de que le volaran la cabeza cuando estaba con Urbina en México, o de morir congelado a su salida de Rusia soviética, tras fundar el Partido Comunista Norteamericano regresará a la URSS donde el 17 de octubre de 1920 morirá de fiebres tifoideas en Moscú. Tenía 33 años. Había vivido dos revoluciones y había creado una escuela narrativa.

LARISA REISSNER, era hija de un profesor y futuro socialdemócrata, nació un primero de mayo en Lublin, en la Polonia rusa, en 1892. En su vida entraron los abuelitos rojos de toda aquella generación de socialistas que pensaban que el siglo XX sería el siglo de la iluminación y escuchó hablar de Marx como “el viejo Karl” antes de enamorarse por primera vez.

A los diecisiete años comienza a escribir una obra teatral y a los veintidós la retratan como una mujer muy blanca, de nariz afilada, que se peina con rodetes para que no le estor-

be la cabellera de pelo muy fino, vestida con la holgada blusa de los campesinos sobre faldas de vuelo muy ancho y colores pastel, fumando, que trabaja en una revista socialista y de vez en cuando se escapa para ir a patinar en hielo.

Estalla la revolución de febrero en Rusia, con las reiteradas demandas de “pan, paz, libertad”. Suenan tiros en toda San Petersburgo. Cae la fortaleza zarista, la dictadura se desmorona. Se vincula a lo más duro y rasposo de la izquierda armada, a los grupos de los marinos de Kronstadt, y allí establece un círculo de estudios, mientras trabaja en el Departamento de Bienes Culturales.

Le parece poco y en 1918 se incorpora al Ejército Rojo. Se ha casado con Fiódor Raskólnikov, organizador del sóviet de los marineros de Kronstadt. Al iniciarse la Guerra Civil, Raskólnikov enfrenta a los ejércitos de la contrarrevolución en Pulkovo y más tarde es nombrado comisario del Estado Mayor General de la Marina.

Juntos viajan hacia Sviansk, el frente más peligroso de la guerra civil que ha estallado en 20 puntos de Rusia. Producto de esto será su libro *En el frente*, de donde sale la crónica que aquí se publica. El libro contiene una batalla con el lenguaje, y Larisa se reirá luego de sí misma diciendo “¿quién se atrevería a asomar hoy a los labios frases tan cursis y anticuadas como esas de *heroísmo, fraternidad de los pueblos, sacrificio admirable, morir luchando?*”. Tratará de contar la guerra revolucionaria en su brutalidad, llena de admiración por personajes que se sobreponen a los miedos.

Al final de la guerra civil, la pareja “de cine” es enviada a cumplir una delicada misión diplomática en Afganistán, donde una guerra subterránea se libra entre los sóviets y el imperio británico, que ya ha enfrentado tres guerras en territorio afgano para controlar a las tribus y que ahora vigila con desconfianza a un emir con veleidades antiimperialistas que coquetea con los rusos.

Larisa dirá, con un tono en el que por abajo asoma la burla, que una de sus tareas era influir en las varias esposas del emir. Comienza a escribir. Primero una serie de crónicas de color que se reunirán en un pequeño volumen que habrá de llamarse *Afganistán*: viñetas, reportajes, parodias, algunas crónicas pintorescas, de costumbres, de usos. Habrá en el libro una doble voz, la de la narradora y la de quien que se revela a través de lo narrado.

Está hastiada. Su vida con Raskólnikov es un desastre. Un anónimo bolchevique habría de registrar en su diario: “Sus amoríos con un príncipe afgano se habían hecho públicos en todo el mundo y habían colocado al embajador soviético en Afganistán en una posición embarazosa”. Incluso su amiga Elizabeth K. Poretski hacía eco de la historia: “Corría el rumor de que durante su permanencia en Bujara (era en Kabul) había tenido numerosas aventuras con oficiales británicos, a los que iba a visitar a su acuartelamiento, desnuda bajo un abrigo de pieles”. Hasta una sociedad tan liberal como la nueva sociedad soviética, donde la búsqueda de los caminos para

romper los viejos modelos de la vida se ampliaban liberalmente al mundo del sexo y desde luego del matrimonio, no estaba exenta de puritanismo y desde luego de amor por el chisme. Las historias más fantásticas han de perseguir a Larisa en la URSS. La calumnia se encuentra en el centro de su vida.

Regresa a la URSS rodeada de rumores de que lo ha hecho bajo una amenaza de expulsión diplomática. En su retorno a la URSS siente cambios que no entiende claramente, se ha abandonado el comunismo de guerra y se ha instaurado la nueva política económica que protege a los campesinos medios; descubre fenómenos de intransigencia, corrupción y abuso del poder. Rádek cuenta: "Todo el verano está inquieta y mira a su alrededor con una íntima aprehensión", y luego se pregunta en su nombre: "¿Alcanzará la podredumbre al organismo del partido?"

En septiembre de 1923 viaja a Alemania, donde se encuentra en estos momentos el centro de la revolución mundial. Los rumores en Moscú dicen que Rádek se ha enamorado locamente de ella y la persigue con tesón. Karl Rádek tiene treinta y ocho años cuando se encuentran. Es un personaje que suma todas las contradicciones: judío polaco formado en el catolicismo y en el nacionalismo polaco, pero uno de los precursores del internacionalismo antibélico zimmerwaldiano, organizador del movimiento obrero desde la adolescencia, ligado al Partido Comunista polaco, al alemán y al ruso. Un hombre de choques y contrastes, de izquierda radical, pero

dado a la negociación de los principios, ambivalente; directo y dado al ejemplo vulgar, pero enciclopédico. Es el dirigente de la Internacional Comunista.

Lleva en Berlín vida clandestina. Camina, observa, visita el Reichstag, se ríe de los parlamentarios conservadores, hace un retrato desesperado de la miseria urbana, la brutal inflación, las muertes de hambre, el desempleo. Asiste a mítines y manifestaciones, incluso narra la vida de la hija de unos obreros acomodados y su paseo por el zoológico.

Producto de este mes, surgen cuatro reportajes que cobrarán más tarde la forma de un folleto, *Berlín, octubre de 1923*. Su prosa se afina, combina el análisis político muy a la manera de Trotski con las habilidades de la descripción naturalista de Zola, el sentido del humor, la creación de micro personajes, la revelación de atmósferas. Finalmente viaja hacia Hamburgo a la búsqueda del mito de la reciente revolución de sesenta horas que dio a los obreros comunistas el control de la ciudad. Camina por las calles, observa el mundo industrial. Surge *Hamburgo en las barricadas*, el que habría de ser su libro más importante.

De nuevo en la Unión Soviética, trabaja con Trotski en la comisión para el mejoramiento de los productos industriales. Pero necesita volver a los caminos, la sangre caliente del reportero la domina. Durante meses viaja a los Urales, a la cuenca carbonífera del Donetz, a las minas de platino de Kytlym, a las fundiciones, a las textile-

ras de Ivanovo. Duerme en trenes, en las minas, en los locales sindicales, de donde van saliendo reportajes que luego cobrarán cuerpo en *Carbón, hierro y seres humanos*. Es una visión sorprendente, lejos de la propaganda, de la que no están exentas las leyendas populares, las viejas historias, las críticas brutales a la manera de vivir de los trabajadores, o la falta de cuidado contra los incendios forestales; cuenta epidemias, errores burocráticos, hazañas casi imposibles. Narra un mundo que en apariencia puede parecer árido y bajo su pluma se vuelve apasionante.

Comienza a laborar en un libro sobre los decembristas y una serie de conferencias sobre la Revolución de 1905, así como varios retratos sobre Tomás Moro, Babeuf, Münzer, Blanqui.

En 1926 cae enferma de tifus, su condición física no es buena, está minada por las viejas fiebres de malaria que había adquirido en Afganistán. Su enfermedad se produce en el momento del ascenso de la derecha en el Partido. Muere en el sanatorio del Kremlin el 9 de noviembre de 1926, cuando tenía treinta y cuatro años.

TOM WOLFE, nacido en 1930 en Virginia, considerado por muchos el artífice del nuevo periodismo norteamericano (gran injusticia dejar fuera del *ranking* a Norman Mailer), es sin duda el organizador de una corriente de periodista-narradores extremadamente originales, que brillan en la década del final de los años 60 a los 70. Pasan por la guerra de Vietnam y la resistencia interior, la psicodelia, el pop, el rock, la rebelión

negra, la lucha por los derechos civiles, el movimiento estudiantil, la cultura de las drogas. Dejará constancia de esta corriente en su antología *El nuevo periodismo*, publicada en 1973 y que lo hace popular a escala planetaria.

Sus crónicas serán publicadas en varios libros entre los que destacan *Ponche de ácido eléctrico*, *La banda de la casa de la bomba* y otras crónicas de la era pop, *La izquierda exquisita* y *Maumando el parachoques* y *Lo que hay que tener* (su extraño libro sobre el mundo de los pilotos aéreos de pruebas y futuros astronautas norteamericanos tratados como héroes pop).

La incorporación de los lenguajes coloquiales, el diálogo, los montajes inesperados y la selección de los temas, hicieron del periodismo de **Wolfe** un modelo narrativo autónomo de las maneras como se estaba haciendo literatura en los Estados Unidos.

Curiosamente, su mejor novela, su paso a la ficción es *La hoguera de las vanidades*, muy tardía, porque fue publicada en 1987. **Wolfe** murió recientemente en 2018.

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI, nacido en 1932 en Pinsk, es probablemente el periodista más agudo, más brillante e innovador del final del siglo XX. Formado en el periodismo de agencia en la Polonia del socialismo burocrático, miembro del partido comunista, logró evadir las múltiples censuras haciendo del mundo el escenario de sus investigaciones. Su técnica es versátil, usa la literatura para redondear sus investigaciones, que se con-

vertirían en libros, trascendiendo la brevedad de los cables de agencia informativa.

Kapuściński construye sus narraciones con una genial mezcla de impresiones, investigación de datos de ubicación y contexto, construcción de personajes que hacen síntesis, trabajo periodístico lleno de inmediatez, noticias personales, centenares de anécdotas. Su uso de la crónica, que aporta percepción subjetiva y proximidad, colocarse como filtro de lo narrado, da a su literatura periodística una notable capacidad de cercanía con el lector.

De él se dice, que asistió a veintisiete revoluciones, que conoció doce frentes de batalla y que estuvo a punto de ser fusilado cuatro veces. Probablemente fueran menos, pero eso no implica que las enfermedades tropicales no estuvieran a punto de matarlo varias veces, viviera con un salario miserable y concebía el periodismo como un acto de cercanía.

Si sus reportajes sobre el Congo, África toda, Biafra y Nigeria, le produjeron una gran popularidad, sería un experimento literario, *El emperador* (1974), lo que daría a su periodismo una nueva dimensión. No encontrando el tiempo y desvaneciéndose el interés por la revolución etíope que destronó a Haile Selassie, descubrió en sus cuadernos de notas decenas de entrevistas que iban trazando una visión del mundo a partir de la figura, real y simbólica del emperador y el trono. Montando, armando y sintetizando, reescribiendo, porque, y bien lo sabía **Kapuściński**, la clave está en la reconstrucción del lenguaje de los narradores, logró un libro magistral.

Cubrió América Latina a través de una serie de crónicas que recogió en *Cristo con el fusil al hombro*. Si África lo había fascinado, en la América hispanohablante halló amistades y nuevas fidelidades, nuevas admiraciones: El Che, Allende, Camilo Torres; barrios inmensos, el contraste de un continente que era simultáneamente primer y tercer mundo, donde narró genialmente “la guerra del fútbol”.

Siguieron el libro sobre *El sha*, la armazón de África en Ébano, donde brillaba la pura crónica personalizada, convertida en un recorrer kilómetros de continente, penurias, horrores, empatía. ¿Quién era este polaco que tan bien se conectaba con la cotidianeidad africana?

Uno de sus mejores libros es *La guerra de Angola*, donde hace el tránsito del proceso de descolonización a la guerrilla y la liberación.

Sus reportajes sobre la Unión Soviética y la Europa Oriental tuvieron que esperar al deshielo para ser publicados como libros. Muere en Varsovia en 2007.

Tomamos el texto de de la versión de *La guerra de Angola* traducido por María Dembowska y reproducido gracias al permiso que Javier Wimer nos dio en su día.

MANUEL LEGUINECHE, vasco, nacido en 1941, llamado Manu por sus centenares de amigos, crece como un periodista de infantería, reportero de diarios, trabajador humilde de agencia de noticias (alguna de las cuales llegaría a dirigir), enviado especial con pocos fondos y muchos peligros.

A partir del 61, cuando tiene veinte años cubre la guerra de Argelia. Pasará por la India, Pakistán. Desde luego estará en Vietnam (escribiendo en Saigón desde la terraza del mismo hotel donde se sentaban los personajes de Graham Greene). Pero también en Líbano, Bangladesh, la Nicaragua de la revolución sandinista, Uganda. Viviendo en hoteles de mala muerte, mezclándose con la población, hablando con todos y oyendo a todos, Leguineche llegó a dar la vuelta al mundo. Sus crónicas trataban de evadir la censura del franquismo, no siempre triunfaba.

Volvía a Madrid en automóvil, cuando escuchó que había estallado una revolución en Portugal, giró el volante y se lanzó hacia Lisboa. De allí saldría su libro: *Portugal, la revolución rota*.

Curiosamente, sería con una novela, *La Tribu* (publicada en 1980 y que alcanzó tres ediciones en dos meses), donde Leguineche iba a desarrollar al máximo sus habilidades periodísticas. Contaba la historia de un grupo de corresponsales extranjeros, muchos de ellos españoles, que acuden a reportar la caída de Macías en Guinea Ecuatorial, un tema menor en política internacional, pero que atraía a los españoles por haber sido una colonia en tiempos franquistas. Lo apasionante es que combina una riquísima información sobre el país, el golpe, las tensiones, como la visión de los periodistas. ¿Qué preguntan? ¿Cómo viven? ¿De dónde sacan información? Siendo una novela es el gran manual de operaciones de un corresponsal.

Filipinas es mi jardín, que describe la caída de Marcos en Filipinas y su peculiar dictadura

(junto con la de Imelda), es uno de sus más brillantes reportajes. De ahí sacamos el fragmento que forma parte de esta antología.

Entre los más de cincuenta libros que ha de publicar a lo largo de su vida, Manu, tiene uno particularmente interesante: *Los años de la infamia*, una larguísima crónica de seiscientas veintitres páginas sobre la Segunda Guerra Mundial. Libro de historiador, investigador, recopilador de anécdotas, periodista que ha recorrido el planeta una y otra vez, resulta la visión no “aliada” de la guerra.

Ganador del premio Nacional Español de Periodismo en 1980, Leguineche muere en 2014.

JOE MCGINNIS era un misterio. Mientras que Mailer, Tom Wolfe, Michael Herr, Hunter Thompson y el resto de los creadores del Nuevo Periodismo norteamericano de los años 60 eran personajes muy conocidos, sólo uno de los libros de Joe había sido traducido en español y no habíamos leído en inglés los otros. Pero el capítulo 1 de *Cómo se vende a un presidente*, tenía magia. El goce en la minuciosidad, la reiteración, los pequeños actos del candidato Nixon a la Presidencia de los Estados Unidos construían el mejor de los retratos posibles.

Escrito en 1968, cuando el autor, un periodista neoyorquino, tenía veintiseis años, el libro resultó un gran éxito y partes de él fueron incluidas en todas las antologías del género.

Periodista, profesor universitario, autor de una novela, volvió a gozar de una fama rela-

tiva cuando en los años 80 y 90 escribió tres *best-sellers* sobre “crímenes reales”: *Fatal Vision*, *Blind Faith* y *Cruel Doubt*, que se volvieron miniseries de televisión.

Su último trabajo importante fue *El último hermano*, una biografía sobre Ted Kennedy. El libro no tuvo éxito de crítica y fracasó.

McGinnis murió a los 72 años habiendo escrito una docena de libros a lo largo de su vida, el último una biografía muy crítica de Sarah Palin, la ultra conservadora gobernadora de Alaska candidata republicana a la presidencia norteamericana, por el que fue perseguido por los fans de la candidata y amenazado con una demanda por difamación.

GÜNTER WALLRAFF, creador de un modelo periodístico que algunos han llamado “periodismo intervención”, nace en 1942 en Alemania. A partir de los años 60 comienza una serie de investigaciones periodísticas con una técnica singular, adopta una personalidad ficticia y se infiltra en las estructuras internas del sistema. A veces estas intervenciones duran un año: se convierte en paciente de un psiquiátrico, trabaja en las cadenas industriales de montaje como obrero, se introduce con una nueva personalidad y nombre como periodista en un diario sensacionalista. Dirá más tarde: “Hay que enmascararse para desenmascarar a la sociedad, hay que engañar y fingir para averiguar la verdad”.

Para poder contar la situación represiva desde el interior, en 1974 viaja a Atenas y se en-

cadena en una reja mientras exige con un cartel la libertad en Grecia, oprimida por la dictadura de los coroneles. Detenido y torturado será condenado a catorce meses de cárcel. Dos años más tarde adopta la personalidad de un millonario alemán fascista y se vinculará al general portugués Antonio Spinola para descubrir su intento de golpe militar. La genialidad de sus transformaciones no tiene límite: se convierte en un industrial católico que tiene la oportunidad de vender napalm al gobierno norteamericano durante la guerra de Vietnam y consulta a una serie de obispos sus escrúpulos morales, los obispos lo bendicen y le dicen que siga adelante, se convierte en trabajador de una empresa de seguridad que reprime movimientos sindicales. De estos y otras historias dará cuenta en *El periodista indeseable*, que publicará en 1979.

Posteriormente prepara su siguiente cadena de investigaciones. Dirá: “Me he pasado diez años considerando la representación de este papel, acaso porque presentía lo que me aguardaba. Lisa y llanamente: tenía miedo”. Adopta la personalidad de Ali Sinirlioglu, un trabajador emigrante turco sin papeles que trata de encontrar empleo en Alemania. Tiene cuarenta y tres años pero crea una personalidad de un hombre de veinticinco, trabaja sobre el lenguaje, se pone una peluca, usa lentes de contacto que le vuelven negros los ojos. “El papel que representaba me daba un aspecto, ciertamente, más juvenil, y de bien conservado y eficiente, pero al mismo tiempo me convertía en un marginado, en

la más *ínfima de las basuras*. Yo no era un turco auténtico, pero lo parecía". Durante el año 1983 pasa por varios empleos en condiciones de abuso y marginación terribles: labora en la limpieza de ductos tóxicos, trabaja en un McDonald's, en la construcción. El resultado es un libro terrible y fascinante: *Cabeza de turco*, de donde tomamos uno de los reportajes.

Su último trabajo lo llevó a Japón para convertirse en un trabajador emigrante iraní y hacer con ello un reportaje para televisión.

El caso Redl

EGON ERWIN KISCH

TODAVÍA pertenecía al equipo de fútbol, el mismo equipo que una vez jugó contra el Slavia, años antes de que su medio Eda Benes se convirtiera en presidente de la República. Éramos también entonces el único grupo alemán que jugaría contra un equipo checo, porque yo, aunque era miembro del equipo editorial de un periódico alemán, había llegado a ser el presidente del Club Atlético Storm.

Ser presidente del club no era una mera distinción honoraria. Significaba que uno realmente patrocinaba la organización. Recogías las cuotas en un restaurante y si alguien del equipo necesitaba un abrigo de invierno prestabas el dinero para eso también.

Nuestro lateral derecho era un tipo llamado Wagner y era la columna vertebral del equipo. Comprensible que yo le hubiera hecho el favor mencionado justo antes de entrar en acción contra el Unión Holleschowitz, el juego más importante de la temporada. Los dos éramos considerados equipos de segunda fila y el resultado del encuentro nos llevaría al Holleschowitz o a nosotros a primera división.

El evento se realizó un domingo, el 25 de mayo de 1913. El Club Atlético Storm perdió y no ascendió a la primera división. ¿Por qué? Las columnas deportivas ofrecieron la respuesta de esta manera: “EL UNIÓN HOLLESCHOWITZ ANOTA 7 A 5 CONTRA EL STORM EL PARTIDO TRES A TRES EN LA PRIMERA MITAD. El Storm dio una buena pelea como se puede ver por lo abultado del marcador. Pero estaba muy débil en la defensa por las ausencias de Maracek y Wagner, una debilidad tal, que Atja en solitario no pudo evitar que los jugadores del Holleschowitz penetraran una y otra vez”.

La ausencia de Maracek era explicable; tenía un tendón desgarrado. Pero la de Wagner era inexcusable. Toda la furia que despertó la derrota cayó sobre él. Yo estaba especialmente enojado. Cuando le había hecho el favor mencionado, había prometido devolverle el calor que le daba el abrigo fuera de la cancha a la lucha en el terreno de juego, y ahora en el primer juego después de esa promesa y en nuestro partido más importante había fallado. Por esa razón cuando la siguiente mañana Wagner entró caminando en mi oficina, ni siquiera lo miré.

— Vine para decirle que no pude ir ayer.

— Me di muy buena cuenta. Ahora lárgate, estoy ocupado.

— Me fue imposible. Tuve que...

— Maldita sea, no me importa lo que hayas tenido que hacer — le corté la palabra.

— Estaba ya vestido para jugar cuando un soldado entró en nuestra cerrajería y me dijo que alguien de inmediato tenía que acompañarlo al cuartel general del Ejército para romper una cerradura.

— No me digas mentiras. Un trabajo como ése no te tomaría más de cinco minutos. Y retardamos el

principio del partido una hora para dar tiempo a que llegaras.

— Me tomó tres horas. Tuve que forzar la cerradura de un departamento, luego abrir todos los clósets y cajones. Había dos caballeros de Viena, uno de ellos debía ser un coronel. Estaban buscando papeles rusos y fotografías de planes militares.

— ¿De quién era la casa?

— Creo que pertenecía a un general. Era un departamento grande en un segundo piso.

— ¿Y estaba el general ahí?

— ¿Dice el que vivía allí? No, no andaba por la casa. Pero el comandante del Cuerpo del Ejército sí estaba.

A pesar de que era el presidente y patrocinador de un equipo de fútbol que había perdido el partido más importante de la temporada a causa de que nuestro lateral había olvidado sus obligaciones con sus compañeros, no tuve ningún problema en olvidarme de que debería estar enojado con nuestro inútil lateral. En lugar de advertirle que no me contara cuentos, hice que me contara la historia con gran detalle: Cómo el hombre de Viena que decían que era coronel le había pasado los planos y documentos al comandante del Ejército en Praga, y cómo este último había estado sacudiendo su cabeza todas las veces y diciendo: “Es terrible, Dios, es terrible. ¿Quién hubiera pensado semejante cosa?”

Wagner me contó que el departamento tenía un apariencia poco común, “como el departamento de una dama”, cosméticos por todos lados, un rizador de cabello, cartas perfumadas y fotografías de hombres jóvenes.

— ¿Cómo supiste que los dos oficiales eran de Viena?

—Porque dijeron que tenían que regresar a Viena esa misma noche. Pensaron que no entendía alemán. El comandante del Cuerpo del Ejército siguió traduciéndome sus órdenes en checo cada vez que querían que abriera algo.

Me di cuenta que el departamento en cuestión no podía ser otro que el del coronel Redl, jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Praga. El Departamento de Noticias Telegráficas Imperial había, esa misma mañana, transmitido un reporte sobre la muerte del coronel Redl, acompañada de una extensa lista de sus servicios al Estado. Deberían estar mintiendo y con un objetivo. ¡La comisión militar debería haber llegado desde Viena porque el coronel Redl había sido descubierto como traidor! ¡Alfred Redl, jefe de Estado Mayor del Distrito militar de Praga, cercano al ministro de la Guerra y futuro comandante del Ejército era un espía! ¡Una criatura del enemigo! Aquí había una historia cargada de pesadas consecuencias; aquí estaba un monstruoso montón de noticias.

A partir de los honores que se le hacían en la información oficial, adiviné que este asunto no iba a trascender; las noticias se iban a suprimir. Pero de cualquier manera yo no había sido invitado a guardar el secreto, no veía ningún motivo para callármelo.

Había sin embargo una dificultad que parecía insorteable. ¿Cómo podía uno sugerir que un jefe de Estado Mayor austríaco estaba a sueldo de una nación enemiga? ¿Cómo podía uno imprimir una noticia así en un periódico austríaco sin que fuera confiscado de inmediato? Sólo con un plan sorpresivo.

Mi plan sorpresivo, como explicaré más tarde, se realizó y funcionó realmente. La edición de la tarde de *Bohemia* llevaba mi historia y el diario no fue confiscado. Entonces explotó el tifón. El parlamento,

después de un violento debate, se rehusó a sancionar el nuevo presupuesto militar; el heredero del trono tomó medidas para asegurar que el futuro Estado Mayor estuviera compuesto enteramente de miembros de la aristocracia; despidos masivos del personal del Cuartel General se realizaron; se produjeron debates enfurecidos en el imperio austrohúngaro y en el extranjero sobre la preparación militar de la monarquía austríaca, en fin, se produjo la tormenta que los que conocían la verdadera historia habían querido evitar. Antes del reportaje, un juicio que habría puesto la traición a la luz del día había sido prevenido, el silencio piadoso de la muerte se había extendido, se habían exigido juramentos de silencio y una completa y honrosa información había constituido el obituario del traidor, de manera que el secreto no llegara al emperador, al heredero del trono, al ministro de la Guerra, y al mundo en general. Y ahora, por mi culpa, todo el mundo en todos lados conocía el asunto.

Nadie sin embargo podía conocer la fuente de mi información. El Departamento de la Guerra pidió a la policía un reporte completo que mostrara si yo tenía conexiones con alguna autoridad militar extranjera. El lugar al que acostumbraba ir después de las horas de oficina para tomarme un par de cafés, fue visitado por dos caballeros, ostensiblemente borrachos, que se sentaron en mi mesa y me aseguraron su admiración por mi sagacidad en el caso Redl. Se ofrecieron a mostrarme importantes noticias acerca de asuntos militares a cambio (una cosa por otra) de que les diera información sobre mis fuentes en el caso de espionaje de Redl. ¿Cómo me había enterado de la existencia de la comisión investigadora? ¿Cómo había sabido lo que sucedía en el departamento de

Redl? ¿Cómo me había enterado del asunto de la homosexualidad?

El *Journal des Débats* de París me dedicó un artículo (coronando la gloria de mi carrera) en el cual me describían como un joven genio periodístico quien, a pesar de estar confinado en una ciudad provinciana, se las había arreglado para revelar un secreto internacional tras otro: primero el telegrama Hohenlohe al Kaiser Guillermo, luego el feliz evento de los gemelos siameses, en seguida los aspectos ocultos del caso Hofrichter, y ahora el caso más importante de traición militar en el siglo XX.

Pero aunque mucho se dijo y murmuró acerca del caso Redl, la mayor parte de la historia tenía que permanecer silenciada mientras la monarquía austrohúngara existió. Después de la Guerra Mundial comencé a verificar sistemáticamente todas las ramificaciones del caso Redl. Entre otros viajes que hice a la caza de esta historia fui a Graz a buscar al Mariscal de Campo Urbanski von Ostromiesz, que en 1913 había estado en la cabeza del Departamento de Investigación y era coronel del Estado Mayor. Él había sido uno de los que el archiduque Francisco Fernando había expulsado del Ejército el día después de la aparición del mi reportaje, pero que fue repuesto en su cargo tan pronto llegó la noticia de que el heredero del trono había sido asesinado en Sarajevo. Sirvió en el Ejército toda la guerra y obtuvo así su ascenso.

Pasé varios días con el mariscal Urbanski von Ostromiesz en su casa en Graz y pacientemente me contestó todas las preguntas que le hice. Sólo cuando le pregunté cómo el secreto había llegado a ser de conocimiento público mostró su frustración, especialmente cuando expresé mi propia versión de cómo esto pudo haber sucedido. Mi interpretación le pareció demasiado inocente para un periodista que

estaba entrevistando al hombre más profundamente relacionado con el caso. La versión de Urbanski se limitaba a la historia militar vista desde el interior; de la aventurosa persecución de Redl y de muchas otras cosas, sabía aún menos que yo.

Brevemente la historia podría resumirse así: Al inicio dos cartas llegaron al departamento de distribución general de la oficina principal de Correos en Viena. Ambas cartas tenían la misma clave identificadora: "Baile de la Ópera 13", escrita a máquina en el sobre. Habían sido enviadas desde Eydtkuhnen, un poblado en la frontera ruso-alemana. Estas cartas provocaron cierta sospecha, más cuando fueron abiertas y se descubrió que contenían billetes de banco austríacos, seis mil kronen en uno, ocho mil kronen en el otro. No es usual encontrar esas sumas en una carta enviada a lista de correos anónimamente. El origen de las cartas parecía apuntar hacia Rusia y el contenido indicaba soborno, probablemente por espionaje. Se llamó por tanto al Servicio Secreto para que interviniera en la solución del caso.

Dos hombres del Servicio Secreto, Ebinger y Steidl fueron comisionados a la oficina de correos para mantener una vigilancia constante, tenían un despacho conectado a través de un timbre eléctrico con el mostrador de entrega de correspondencia, de manera que si alguien reclamaba las cartas, podrían ser advertidos por el encargado de la ventanilla que sólo tenía que hacer sonar el timbre. Se sucedieron las semanas, los meses. El comisionado de policía que había ordenado la vigilancia había sido promovido al ministerio del interior pero pudo informar a su sucesor, Johann Schober, el último canciller de Austria, de las medidas que había tomado. Los empleados de la ventanilla también cambiaron y los que los sucedieron probablemente no tenían idea de la

importancia de las cartas. Pero nadie llegó nunca a reclamarlas.

En la mañana del 24 de mayo de 1913, que cayó en sábado, cinco minutos antes de la hora del cierre, el timbre comenzó a sonar en el cuarto de los hombres de Servicio Secreto, sacándolos violentamente de su acostumbrada calma. Antes de que pudieran llegar a la ventanilla de entregas, en la que el empleado se había demorado en entregar las cartas lo más posible sin despertar sospecha del destinatario, éste había recogido sus cartas marcadas "Baile de la Ópera" y salido a la calle. Se apresuraron a seguir al hombre y pudieron obtener una fugaz visión de un elegante caballero que tomaba un taxi justo en el momento en que éste arrancaba de la acera donde había estado estacionado.

Ebinger y Steidl no tenían coche a mano para perseguir al taxi, y tan sólo pudieron tomarle el número. ¿Sería útil? ¿Podría el taxista al ser interrogado informarles de dónde había llevado al caballero? Era impensable que se hubiera dirigido a su departamento directamente. Sin duda habría parado el carro en algún lugar y tomado otro taxi. Los dos detectives no podían ver nada claro, excepto la perspectiva de una frustrante cacería, probablemente fallida. Pero ahora, para ellos y para el Ejército austríaco, empezaba una serie de coincidencias increíbles, absolutamente afortunadas.

Los dos policías se pararon en la calle Kolowrat y discutieron entre sí. ¿Deberían buscar al taxista de inmediato y juntos meterse en un cuento de hadas acerca de una candente huida en la cual de todas maneras el caballero huiría? ¿O quizá deberían honestamente enfrentar la tormenta que les caería encima y reportar su descuido y mala suerte al comisionado Schober? Mientras estaban tratando de decidirse,

sus ojos saltaron, porque repentinamente, el taxi en el que veinte minutos antes se había fugado su presa, se hallaba frente a ellos. Con el mismo número que habían anotado. Hicieron aspavientos, silbaron, gritaron, le dieron caza. El taxi paró. Estaba vacío.

— ¿A dónde llevó al caballero que recogió en la oficina de correos?

— Al café Kaiserhof.

— ¡Llévenos rápido!

Durante el breve trayecto los detectives hicieron un descubrimiento en el interior del taxi, una funda para una navaja de bolsillo fabricada de tela gris... Cuando llegaron al café Kaiserhof y entraron junto con el conductor, el corpulento caballero se había ido. ¿Y ahora qué?

Corrieron a la parada de taxis más cercana. “Sí, claro, un caballero con la descripción que ustedes hacen acaba de tomar un taxi”. ¿Pero a dónde? Como estaban en Viena, había un hombre que tenía la respuesta, era el aguador. Realmente ya no era un aguador porque los motores habían reemplazado a los sedientos caballos a los cuales alguna vez había ofrecido su cubo. Pero aún podía pulir los automóviles, conseguirles salchichas a los choferes, y llevar a cabo la honorable tarea de abrirle la puerta a los clientes. Este aguador había oído al caballero decir: “Al hotel Klomser”. Estaba seguro de que fue eso lo que dijo.

De manera que, de inmediato al hotel Klomser. Ahí los detectives interrogaron al portero en el *lobby*.

— Sí, dos caballeros acaban de bajarse de un taxi. Dos mercaderes de Bulgaria.

— ¿No había un caballero solitario antes de eso?

— ¿En un auto? No, no he visto a ninguno. Hace un cuarto de hora el coronel Redl entró. Estaba

en traje de civil, eso es todo lo que sé, pero no vi si llegó en un taxi.

—¿Coronel Redl?— El nombre hizo que los dos hombres del Servicio Secreto trepidaran. Lo conocían bien. Cuando estaba cazando espías, no les daba un minuto de descanso; nunca reconocía la necesidad del sueño, era infatigable. ¡Era un triunfador ese hombre! ¡Cómo lograba examinar a un sospechoso! Era un profesional experto, uno de los hombres claves en el contraespionaje austrohúngaro.

Ebinger tuvo que reír fuertemente. ¡Era estupendo! Nuestro espía vivía en el mismo lugar que el coronel Redl. Si se tratara de una historia de detectives se llamaría: “Cayendo en la trampa o escape hacia los dientes del león”. Pero no, ningún escritor usaría una idea tan fantástica: un espía tomando un cuarto en el mismo hotel donde se alojaba el más grande cazador de espías en el mundo.

Ebinger quiso correr de inmediato a buscar al coronel Redl y reportarle la curiosa coincidencia. Pero Steidl tenía objeciones a realizar una acción independiente. La oficina de Correos podía haber notificado al comisionado que la carta había sido reclamada; de manera que el paso lógico siguiente sería reportar a su superior que habían seguido al hombre. De manera que mientras Ebinger hablaba con el comisionado Schober por teléfono, que se encuentra en un comercio en el lado izquierdo del *lobby*, Steidl va al portero en el lado derecho y le da la funda de la navaja.

—Averigüe a quién de los últimos huéspedes que llegaron le pertenece —le dice.

En el centro del *lobby* se alza una escalinata que da a los pisos superiores. Por esta escalera descien- de Redl en uniforme, abotonándose los guantes. Se detiene en el escritorio y deja la llave del cuarto

número 1. En el teléfono, mientras tanto, el detective Ebinger reporta que por coincidencia el coronel Redl también para en el hotel Klomser. ¿Deben informar al coronel? ¿Es posible que el espía haya tomado un cuarto en el hotel para estar cerca del coronel?

— ¿Acaso perdió usted la funda de su navaja?

— le pregunta el portero al coronel Redl mientras en el extremo opuesto Ebinger le cuenta al jefe de policía lo que encontraron en el taxi.

— Sí — dice el coronel Redl y sacando su navaja del bolsillo, la guarda en la funda gris. — He descubierto que me faltaba desde hace quince minutos, ¿dónde la encontró?

A mitad de la pregunta se detiene, porque conoce la respuesta. La última vez que usó la navaja fue en el taxi, regresando de la oficina de correos, cuando había abierto con ella los sobres. Ahí fue donde olvidó la funda. Con una brusca sacudida se da la vuelta y observa a un hombre que está haciendo el número de parecer muy interesado en darle la vuelta a las páginas del registro de huéspedes. El coronel Redl lo conoce.

Ahí fue cuando el coronel Redl palideció como un muerto, porque en ese momento sabía que estaba prácticamente muerto. Caminó hacia la calle, alejándose rápidamente. En la primera esquina volteó para ver si lo estaban siguiendo. No era así. Sin embargo, dos hombres salieron caminando del restaurante del hotel.

Uno de estos hombres, antes de abandonar el hotel, había dado al portero un encargo: Llamar al 12-3-48, el número privado del Servicio Secreto político y “decirle al comisionado Schober que la funda de tela pertenece al coronel Redl”.

Cuando Ebinger y Steidl llegaron a la esquina, no se veía en ningún lado al coronel Redl. Había

desaparecido en el viejo edificio Stock, que tenía tres salidas. Uno debería quitarse el sombrero ante un hombre así, que hacía tres minutos tenía una brillante carrera frente a sí, dos minutos más tarde había visto cómo se le aparecía la muerte deshonrosa como fin, y ahora en este minuto estaba con toda sangre fría calculando las posibilidades de huir.

Mientras tanto las conexiones telefónicas se hacían entre el hotel Klomser y el Servicio Secreto, y de nuevo entre éste y el Departamento de Investigaciones que presidía el coronel Urbanski Von Ostromiesz, que apenas si podía sobreponerse a la sorpresa y la excitación: “¡El coronel Redl!”

El asistente de Urbanski se dirigió a la oficina de correos para interrogar al empleado de la ventanilla sobre la apariencia del reclamante de las cartas. Además de una descripción personal recibió un pedazo de papel donde el hombre había escrito la clave: “Baile de la Ópera 13”.

De nuevo en la oficina de Urbanski y su ayudante buscaron textos escritos a mano por Redl. Había varios: “Directivas para la seguridad y el examen de candidatos para el Servicio Secreto” compiladas por Alfred Redl, capitán en el Estado Mayor Imperial, de cincuenta párrafos de largo; “Planes para la obtención de material de inteligencia”, “Reglas para el descubrimiento de espías en nuestro país y en el exterior” y luego un grueso legajo de documentos: “Decisiones legales durante los años 1900 a 1905”. Aunque las palabras “Baile de la Ópera 13” estaban escritas muy suavemente en el pedazo de papel, no podía haber duda que habían salido de la mano del coronel Redl.

Mientras tanto, los agentes del Servicio Secreto continuaban persiguiendo al coronel. Lo habían visto a lo lejos en un pasaje y él los había visto a ellos.

Rasgó papeles y los arrojó al suelo en pedacitos. Pensaba que uno de los detectives se detendría a recoger los restos y sería más fácil escabullirse del otro. Pero ambos hombres prosiguieron la cacería. Pararon un taxi y le ordenaron que lo siguiera lentamente. Sólo entonces el detective Steidl regresó al pasaje para recoger los pedazos de papel y llevarlos a la policía.

Estos pedazos de papel resultaron ser, cuando fueron pegados en el Departamento de Investigaciones, recibos postales de dinero enviado a un teniente de los Ulanos en Stockerau y de cartas registradas destinadas a Bruselas, Varsovia y Lausana. Unos días antes se había descubierto que en Lausana se encontraba el centro de actividades de espionaje de Italia, "el aliado" de Austria. Y ahora comenzaba a verse claro por qué, desde el año anterior, cada precaución secreta estratégica tomada en la frontera italiana por Austria era respondida por una contramaniobra italiana, a veces incluso antes de que los austríacos hicieran su movimiento.

¿Debería ordenarse el arresto del coronel Redl de inmediato? Aún más, ¿sería un arresto militar o policiaco? ¿Debería avisarse a los consejeros militares del emperador y el archiduque? ¿O debería esperarse a los resultados de la investigación preliminar?

El coronel Redl avanza hacia la calle Francisco José. De tiempo en tiempo voltea para ver si ha logrado desembarazarse de su sombra. No es así. El coronel Redl trata de alcanzar la plaza Brigitta. Ahí a las cuatro de la tarde, después de llegar de Praga, ha estacionado su Daimler de turismo, por el que ha pagado 18 mil kronas en 1911. Un bello trabajo, con sus iniciales en oro sobre la puerta y la línea que cruza la A hecha con dos rasgos sesgados de manera que a primera vista pueda confundirse con una V, la abreviación del aristocrático Von. Y sobre el

monograma una corona, cierto, una corona con tan sólo cinco puntas, la corona burguesa, ¿pero quién notaría esto? El coronel Redl ha dejado su auto en el taller de reparaciones de Zednistschek en la plaza Brigitta de manera que pudieran tapizar los interiores con seda rojo burgundy y con remates de charol para apoyar los pies.

En el hotel Klomser, unas pocas horas antes, el coronel Redl ha recibido la visita del teniente Stefan Hromadka, un oficial de Ulanos de Stockerau, tan bonito como una foto. Han tenido una larga discusión sobre su amistad, que el querido muchacho quería romper para casarse. A las cinco y media el teniente Hromadka ha partido y diez minutos después el coronel Redl ha salido a la oficina de Correos a recoger su dinero. Había pospuesto el asunto por semanas porque envolvía un cierto riesgo. Pero ahora no podía escoger. Le había prometido a Stefan un auto. Pensaba que si los dos pudieran hacer un largo viaje a través de la campiña, la separación de Stefan de su prometida podría hacerle olvidar la idea del matrimonio.

“Un largo viaje por el campo”. Redl apresura su paso por el canal del Danubio y su sombra también lo hace, siniestramente. El coronel Redl piensa: “qué bueno sería estar sentado en su automóvil de turismo, aun sin el tapizado de seda rojo burgundí y los remates de charol a los pies, y estar zumbando por el campo. ¡Por el campo!” Pero no hay que pensar más en eso. Voltea y su sombra voltea también y los dos regresan ensimismados al hotel Klomser.

Al mismo tiempo el coronel Urbanski von Ostromiesz ha llegado a otro hotel, el jefe de jefes, ningún otro que jefe de Estado Mayor, estaba sentado con algunos amigos en el comedor del Gran Hotel.

—Bienvenido Augusto —gritó el general Konrad von Hötzenorf a su amigo el jefe del Departamento de Investigaciones— dinos las buenas noticias. La banda gitana de Rigo, el violinista que una vez se fugara con la hija del rey de Bélgica, estaba tocando un fragmento de la última opereta triunfal, *El Conde de Luxemburgo*.

—¿Puedo pedirle a su excelencia que me conceda unos minutos en privado?

—¿Qué? ¿Ahora mismo a mitad de la comida? ¿Es realmente urgente? Bien, muy bien, vamos.

En un cuarto adjunto Urbanski von Ostromiesz comunicó al jefe la noticia de que las cartas de “Baile de la Ópera” habían sido reclamadas y que el destinatario, mientras era seguido por detectives, había rasgado recibos postales, algunos de los cuales llevaban sellos de Lausana.

—Lausana también... —suspiró el general Konrad von Hötzenorf. ¿Está ese hombre bajo arresto?

—Está bajo vigilancia, su excelencia.

—¿Sólo bajo vigilancia? ¿Quién es?

—Excelencia...

—¿Sí? Vamos, dílo, ¿quién es él?

—Es...

—Escúpelo Augusto, estoy preparado para lo peor.

—Su excelencia, el hombre es el coronel Redl.

—¿Quién? ¿Estás loco? —exclamó Hötzenorf.

—¿Estás tratando de burlarte de mí?

—Su excelencia...

—Perdona Augusto. Es el coronel Redl.

—¿Estás seguro?

El general Conrad von Hötzenorf se hundió en su silla y sostuvo ambas manos contra su cabeza.

—Si sólo el inmundo de Rigo detuviera su eterno violín—, dijo cuando se encontró de nuevo bajo

control. Después de eso permaneció silencio por un largo rato. Estaba tratando de ver la película completa de este complejo *affaire*. Una vez que el desastre se hubiera hecho de dominio público (lo que sucedería por la enemistad ya existente entre el Cuartel General y el ministro de Guerra y el heredero del trono) y luego en el extranjero, ¡lo que se diría en las capitales del mundo! ¡Y el enemigo! La expresión favorita de los que describían Austria-Hungría era “decadente”. Y ahora, la actitud que adoptarían los aliados alemanes sería aún más presuntuosa. Para no hablar de los eternos adversarios, los ciudadanos de las nacionalidades hostiles dentro del Imperio. ¿Qué pasaría si alguien arrojara un fósforo en este barril de pólvora? Precisamente ahora, en condiciones tan críticas.

El general Konrad von Hötzenndorf se puso en pie:

— ¡Ese miserable debe morir de inmediato!

— ¿Debe? ¿Por su propia mano?

— Precisamente. — Ésa fue la decisión de Konrad von Hötzenndorf, y esa sola palabra, “precisamente” no sólo fue una sentencia de muerte sino una orden para que se ejecutara de inmediato, con el condenado actuando también como verdugo.

— Nadie debe saber nada de las causas de esta muerte. ¡Nadie! ¿Me entiende, coronel?

— Muy bien, señor.

— ¡Esta misma noche!

— Muy bien, señor.

— Formará una comisión de inmediato, coronel. Hoffer la presidirá, y la comisión se integrará con el juez supremo militar Worlistcheck, usted y su asistente. Esta comisión me reportará personalmente mañana cómo se han ejecutado mis órdenes.

A medianoche cuatro oficiales superiores aparecieron en el hotel Klosmer. Tocaron la puerta del

número 1. Un ronco: “pasen”, se escuchó y los cuatro caballeros entraron. El coronel Redl está sentado a la mesa y dos veces hace un intento de ponerse en pie, pero en ambas las piernas le flaquean. Finalmente se pone en pie, musitando:

— Sé por qué están aquí, caballeros — alcanza a decir. — Me encuentro a la mitad de algunas cartas de despedida.

Una carta dirigida a su hermano ya está terminada y se encuentra dentro de un sobre rotulado. La que está a punto de terminar se dirige al general Von Giesl, comandante del Cuerpo de Ejército de Praga. Sobre la mesita de noche reposa su navaja dentro de la funda de seda gris y un pedazo de cuerda. “Redl había preparado la navaja y una gruesa cuerda para suicidarse”, declararía dos días más tarde el ministro de justicia Georgi, en el Parlamento, respondiendo a las acusaciones de que Redl se había suicidado por órdenes del Cuartel General.

La comisión le pregunta a Redl sobre sus cómplices.

— No tengo ninguno — replica.

— ¿Quién lo indujo a hacerse espía?

— El agregado militar ruso en Viena. Me forzó... porque descubrió, que soy... un homosexual.

— Los cuatro oficiales se escalofriaron atemorizados.

Interrogado sobre la extensión de sus actividades, el tiempo que llevaba en ellas y otros detalles, replicó que toda la evidencia que necesitaban la encontrarían en sus habitaciones en el cuartel de Praga. Con esto se conformó la comisión. Pero antes de salir del cuarto, le dirigieron una última pregunta a Redl. El general Höffer dijo:

— Señor Redl, ¿tiene...?

Los dedos de Redl se movieron hacia su cuello donde estaban las estrellas que simbolizaban su grado de coronel. Aún era algo más que “señor Redl”.

— ¿... arma? — completó el general Höffer.

— No.

— Puede pedirnos un arma, señor Redl.

— Humildemente les solicito un revólver.

Ninguno de los oficiales lo llevaba.

— Se le proveerá de uno.

El coronel Urbanski von Ostromiesz manejó hasta su casa para tomar su *browning* y mandársela al “señor” Redl.

Los cuatro oficiales esperaron en la esquina. No podían ver la ventana del cuarto número uno porque daba al patio. Ni un sonido, ni la más mínima alteración; no se reportaba que el disparo de revólver se hubiera hecho cumpliendo la sentencia. Por turno, los cuatro miembros de la comisión fueron a sus respectivas casas a cambiar sus uniformes por ropas de civil, porque cuatro miembros del Estado Mayor caminando arriba y abajo atraerían pronto la atención. Pasaron las horas. Nada.

El general Konrad von Hötzenndorf había expresado el deseo de que la comisión le reportara en la mañana temprano que el *affaire* había concluido. Más aún, el coronel Urbanski von Ostromiesz y el juez supremo militar Worlitschek deberían tomar el tren expreso de la mañana para Praga, para llevar a cabo el registro domiciliario. Pero a pesar de las presiones que el tiempo ejercía, no se podía subir al cuarto de un hombre y decirle: “Podrías apresurarte a pagarte el tiro, no tenemos mucho tiempo”.

A las cinco de la mañana fue llamado un detective del Servicio Secreto por teléfono. Era uno de los dos que en el día anterior habían llevado a cabo una orden especial para no revelar a nadie lo que había

sucedido y no mencionar una palabra del caso. El secreto debería limitarse a nueve personas, no debería haber una décima que supiera que el jefe del cuartel general había cometido traición.

El detective que llegó a las cinco de la mañana era Ebinger. Se le ordenó entrar en el cuarto de Redl. Viera lo que viera allí no debería decir una sola palabra al personal del hotel. Cualquier discusión que pudiera producirse por el hecho de que fuera un agente de la policía el que descubriera el cuerpo debería evitarse escrupulosamente. Ebinger le explicó al empleado del escritorio de noche que se le había asignado una comisión con el coronel Redl y el empleado, recordando que había sido incapaz de evitar que cuatro oficiales hicieran una visita nocturna al coronel, lo dejó pasar.

Unos pocos minutos después Ebinger reportó a la comisión "el cuarto no estaba cerrado, abrí la puerta. El coronel estaba en el suelo, muerto, cerca del sofá".

Con eso, la guardia callejera de los cuatro oficiales había concluido. Exactamente habían pasado doce horas desde que las cartas habían sido reclamadas en la oficina postal. Como se pretendía que el cuerpo fuera encontrado antes de mediodía, se telefoneó al hotel y se pidió que llamaran al coronel Redl al teléfono.

Así fue como el Hotel Klomser informó a la policía de un suicidio cometido en sus instalaciones. Redl, se suponía, se había parado ante un espejo y se había disparado un tiro en la boca. La bala había penetrado en el paladar y se había incrustado en el cerebro con una trayectoria de derecha a izquierda para alojarse finalmente en el lado izquierdo del cráneo. La sangre manaba del orificio nasal izquierdo. A un lado del cuerpo había un revolver *Browning*.

El domingo la oficina Real e Imperial de Noticias y Telégrafos anunció el suicidio del coronel Alfred Redl, y añadió un obituario que se había hecho en el Estado Mayor. Aquí están algunos fragmentos que dan un tenor del contenido total:

“Durante un severo ataque de alteración mental, este altamente talentoso oficial, con una prometedora carrera frente a él... sufría de insomnio severo... en Viena, donde sus deberes le habían llamado... será acompañado a la tumba por el cuerpo entero de oficiales de alto rango residentes en Viena, así como por tropa, y cadetes de las escuelas militares”.

Urbanski von Ostromiesz, jefe de la Oficina de Investigaciones y el jefe supremo militar Worlistcheck viajaron a Praga y reportaron al barón Giesl, el oficial a cargo del Cuerpo de Ejército. Se le había informado por telégrafo del suicidio pero no de los motivos que ocultaba el hecho.

El día antes, el barón Giesl había recibido una comunicación de su hermano, que era embajador en Belgrado, de que entre los círculos dirigentes de Servia la guerra se consideraba inevitable. En el “Plan 3” (guerra contra Servia), el Cuerpo de Ejército de Praga debería avanzar entre los ríos Drina y Save. Por eso, el *shock* del barón fue grande al descubrir por medio de la información que le transmitieron los dos oficiales de Viena, que los planes de operaciones de su Ejército habían sido delatados al enemigo, y sin duda también la información confidencial que le transmitía su hermano. ¡Traicionado por su propio confidente!

Después de comer el barón Giesl, el coronel von Ostromiesz y el juez militar Worlistcheck fueron a los aposentos de Redl. Estaban cerrados y no había un duplicado de la llave.

Y mientras la comisión permanece ante la puerta cerrada, yo me encuentro en el campo de fútbol de Holleschowitz. Nuestro partido está a punto de comenzar, pero nuestro lateral Wagner, no ha llegado.

Sin sospechar que los pensamientos de su entrevistador se encontraban en un campo de fútbol, el mariscal Urbanski von Ostromiesz me relata la historia del registro domiciliario:

— Tuvimos que fracturar la puerta y romper las cerraduras de los cajones y del escritorio.

— ¿El trabajo fue hecho por un cerrajero civil? — pregunté.

— Eso creo, era domingo en la tarde y no había un militar a mano en ese momento.

— ¿Su excelencia no recuerda de dónde salió ese cerrajero?

— No. De algún lado en el vecindario. Pero eso no tiene importancia.

El mariscal von Ostromiesz había respondido a la última pregunta casi con un rugido. Tuve que disculparme y explicar un poco más.

— El cerrajero podía haber informado sobre la entrada al departamento por la fuerza y la ruptura de las cerraduras de los cajones.

Una sonrisa sarcástica se asomó en el borde de los labios del von Ostromiesz.

— ¿Informado a quién?

— A la prensa, por ejemplo.

— Mi querido amigo — suspiró von Ostromiesz — está usted viendo el caso como si se tratara de una novela policiaca. Pero éste era un caso de política internacional. Y ningún aprendiz de cerrajero puede jugar un papel importante en esto.

— ¿Cuál es entonces su opinión de cómo la información se filtró a la prensa?

— Bueno, sí, eso fue desde luego la peor de las catástrofes. Al principio fuimos de la opinión de que fue la venganza privada de un espía activo en Praga, quizá uno de los jóvenes de Redl. Después nos inclinamos a sospechar que algún centro extranjero de espionaje que tras haber perdido a su hombre de confianza Redl, hubiera entregado a la revista *Bohemia* los materiales para vengarse del cuartel general. Pero no fue sino hasta la guerra cuando su excelencia Konrad von Hötzendorf me confió la verdad, que la prensa había conseguido el material de una manera muy diferente. Era mucho peor de lo que cualquiera de nosotros hubiera pensado.

— ¿Qué quiere decir con mucho peor, su excelencia?

— El comisionado de policía a pesar de su juramento, reportó el incidente al ministro de la Guerra, y este último viajó ese mismo domingo de incógnito a Praga en coche. Odiaba al cuartel general porque aún no había logrado ponerlo bajo sus órdenes, a pesar de que permanentemente proponía cambios administrativos que nos subordinarían a su mando. Quería que nuestros nombres salieran en los periódicos, especialmente por el efecto que causaría al heredero del trono: un efecto mucho mayor que si él mismo le contara la historia. En Praga el ministro de Guerra entregó la información a un amigo suyo, el editor de *Bohemia*, un cierto Kisch, y entonces...

Urbanski von Ostromiesz se dio cuenta de repente que yo también me apellidaba Kisch y preguntó:

— ¿Era su padre?

Afirmé con la cabeza. Después de todo, yo no estaba allí para ofrecer información sino para conseguirla.

— Entonces, desde luego usted sabe que las cosas sucedieron así como se las estoy contando.

Afirmé de nuevo, convirtiendo así a un aprendiz de cerrajero en ministro de la Guerra.

— Eso explica todo —continuó von Ostromiesz. — El artículo de *Bohemia* comenzaba diciendo: “De fuentes situadas en las alturas del aparato gubernamental”, ¿quizá recuerde esa expresión?

Claro que la recordaba. La recordaba muy bien. Apenas Wagner hubo abandonado mi oficina cuando me lancé a ver a mi editor en jefe. Sostuvimos una conferencia. ¿Deberíamos imprimir esta gran noticia, a pesar de la certeza de que nuestro periódico sería confiscado? ¿Deberíamos ignorarla?

Encontramos una solución de compromiso. Nos arriesgaríamos a la confiscación de la edición de la tarde ofreciendo la noticia bajo la forma de un “desmentido”. Así en caracteres densos y en la parte principal de la primera plana, escribimos: “De fuentes situadas en las alturas del aparato gubernamental nos llega un rotundo desmentido del rumor que ha estado circulando, especialmente en círculos militares, de que el jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Praga, coronel Alfred Redl, que se suicidó anteayer en Viena, era un espía al servicio de Rusia que había traicionado secretos militares de su país. La comisión, encabezada por un coronel, que realizó una visita domiciliaria de tres horas a la casa del coronel Redl efectuando un intenso registro, contó con la presencia del barón Giesl comandante en jefe del Cuerpo de Ejército de Praga, abrió armarios y escritorios y buscaba además faltas de otro tipo cometidas por Redl”, etcétera.

Ese tipo de desmentidos eran bien comprendidos por el lector. El efecto era el mismo que si dijeras: “No se han encontrado pruebas de que X hace

trampas a las cartas". Y la confiscación de un diario a causa de un desmentido se le dificulta a las autoridades. El censor oficial de la oficina de prensa estatal dudaría si el "desmentido" se habría originado en el comando militar o en los ministerios de Viena.

Cuando la noticia golpeó en Viena, la prensa cayó sobre el Ministerio de Guerra como una tormenta. El encargado de prensa finalmente envió a cada diario que lo interrogó la siguiente nota: "El Ministerio de Guerra no sabe nada sobre faltas cometidas por el recientemente difunto coronel Redl. Esos rumores contradicen el conocimiento que tenemos de su carácter y su digna vida. Tampoco se sabe nada aquí de una comisión enviada a Praga para registrar la casa del difunto. Ésa visita a domicilio, si se llevó a cabo, fue sin duda la acción normal para realizar inventario de la casa del coronel Redl y de las cosas que allí había".

Pero simultáneamente, el jefe de la guarnición de Viena canceló la participación del Ejército en el funeral de Redl. No había necesidad de confirmación. Esa misma noche el Ministerio de Guerra se olvidó de su negativa y de su explicación, reduciéndola a una línea: "El Ministerio de Guerra se encontraba ignorante del espionaje descubierto en Praga".

Redl fue enterrado en ropas de civil, y no hay una lápida en su tumba.

De todas las nubes de tormenta en el año anterior al estallido de la guerra, el *affaire* Redl fue la más sombría. ¿Cómo iba el Ejército imperial a desarrollar una guerra cuando sus planes de movilización eran conocidos por el enemigo hasta sus últimos detalles? La prensa y el Parlamento, con tanta energía como inocencia, gritaron y pidieron un cambio completo de los planes militares. Y el Ministerio de Guerra se hartó de tratar de calmar a la opinión pública dicién-

do que los planes nuevos estaban casi terminados. Pero los planes de guerra no se cambian fácilmente, porque constituyen la solución a inmutables problemas estratégicos basados en sólidos factores etnográficos y geográficos.

El heredero del trono disparó telegrama tras telegrama: "He llegado a la irrevocable certeza de que los poderes mentales del coronel Urbanski von Ostromiesz han sufrido merma, que su futura actividad es simplemente inconcebible y debe de ponerse en la lista de retiros". La furia del archiduque se dirigió también contra el general Konrad von Hötzehdorf, contra Höffer y contra Worlistcheck, contra todos los que a última hora de aquella noche habían ordenado el suicidio de su colega del Estado Mayor, haciéndole imposible confesar y recibir el último sacramento, y que habían impuesto un juramento secreto para que nada de esto llegara a oídos del heredero del trono. Porque, además habían tenido los nervios de sugerir que él tomara parte en las ceremonias fúnebres de Redl. Y porque además habían sido incapaces de mantener su propio pacto en secreto. Un día y medio después del suceso el mundo entero lo sabía.

Sí, el mundo entero lo sabía, pero sólo porque un jugador de fútbol, un lateral, no había aparecido en el partido crucial contra el Unión Holleschowitz, un equipo sin importancia.



Egon Erwin Kisch

Escritor alemán, nacido en Praga en 1885 y fallecido en esta misma ciudad en 1948. En 1918, como dirigente de la Guardia Roja, participó en la Revolución de Viena y se afilió al Partido Comunista austriaco y al alemán. En 1921 se trasladó a Berlín, donde fue cofundador de la Asociación de escritores proletario-revolucionarios. Tras la quema del Parlamento en 1933 fue arrestado y repatriado a Praga gracias a su nacionalidad checa; desde ese momento se mantuvo siempre cerca de los bloques de resistencia antifascista: en París, en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española, y desde 1940 en México, donde trabajó en la revista del exilio *Freies Deutschland* (Alemania libre, 1941-1946). En 1946 regresó otra vez a Praga. La producción literaria de Kisch se desarrolla en torno a un único género: el reportaje. Hasta la publicación del primer volumen de sus reportajes (*El reportero veloz*, 1925) había publicado únicamente estudios y reportajes de carácter social sobre grupos marginales de la población. Sus textos fueron cobrando ya desde finales de la década de los 20 un perfil cada vez más socialista, sin perder por ello su exactitud en el reflejo de las condiciones sociales y existenciales en general; sus temas también se fueron inclinando poco a poco hacia el proletariado industrial y sus condiciones laborales y de vida. Entre los volúmenes más conocidos se cuentan *Zaren, Popen, Bolschewiken* (1927), *Paraíso América* (1930), *China en secreto* (1933), *Aterrizaje en Australia* (1937), *Descubrimientos en México* (1945) y *La plaza del mercado de las sensaciones* (1942), este último con marcados elementos autobiográficos. Kisch defendió siempre el uso del reportaje como medio artístico para la lucha. En 1978 se creó un premio que lleva su nombre para las contribuciones periodísticas más destacadas.

La Guerra de Colorado

JOHN REED

HERRINGTON (abogado de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado): No sé exactamente lo que quieren decir con "libertad social". ¿Entiende usted lo que el testigo quiere decir con "libertad social", Mr. Welborn?

MR. WELBORN (presidente de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado): No lo entiendo.

Del testimonio ante el Comité Investigador
del Congreso de Estados Unidos.

LLEGUÉ A TRINIDAD diez días después de la masacre de Ludlow. Cientos de mineros, fuertes, de poderosas facciones, vestidos con sus mejores atuendos dominigueros, paseaban por la calle principal, hablaban en círculos en las esquinas, salían y entraban del cuartel general de la huelga. Se paseaban tranquilamente, de buen humor, y se saludaban de lado a lado de la calle en lenguas extranjeras, como una multitud de granjeros que vinieran a la feria campestre. Lo más notable era que no había mujeres. Las mujeres no salieron de sus guaridas sino varios días más tarde...

Era un día brillante, soleado. Las tiendas y cinematógrafos estaban abiertos; se veían autobuses, coches y rancheros en sus caballos. Los policías estaban en las esquinas, haciendo girar sus macanas; como si hace tres noches no hubiera invadido las calles una multitud delincuente con rifles, preparándose para una desesperada batalla, casa por casa, con la milicia. Encumbrada por encima del pueblo, hacia el este, se alzaba la gran roca nevada de Fisher's Peak; hacia el norte y el oeste se iniciaban las colinas escarpadas, rocosas y cubiertas de pinos achaparrados: en sus cañones se extendían los feudales pueblos carboneros, ocupados por detectives armados con ametralladoras y luces rastreadoras.

Un hombre irrumpió en el cuartel de la huelga y dijo: "Tres recluta-esquirols vienen por la calle. No sé si vienen para acá o..." Todos los huelguistas intentaron salir por la puerta al mismo tiempo. En las aceras vi que la inquieta multitud se había detenido, helada, y que todos los ojos miraban en un dirección. La vida de la ciudad estaba repentinamente paralizada. En el silencio, el traqueteo de un caballo que pasaba sonaba anormalmente fuerte.

Tres milicianos se dirigían velozmente a la estación. Caminaban por el centro de la calle, con los ojos en el suelo; bromeaban nerviosa, ruidosamente. Pasaron entre dos líneas de hombres en las aceras: dos líneas de odio. Los huelguistas no dijeron ni una palabra; ni siquiera siseaban. Sólo miraban, rígidos como perros de caza, y cuando pasaron, los soldados se cerraron silenciosos e instintivamente detrás de ellos. La ciudad retenía el aliento. Los autobuses se detuvieron. No se oía nada más que las silenciosas pisadas de mil pies y las voces agudas de los milicianos. Entonces llegó el tren y lo abordaron. Nos dispersamos. La ciudad volvió de nuevo a la vida.

En el Centro de Asambleas del Comercio, donde alimentaba a las mujeres y a los niños, la escuela se acababa de cerrar. Los niños cantaban una de las canciones de la huelga:

*There's a fight in Colorado for to set the miners free.
From the tyrants and the money-kings and all the powers
that be;*

*They have trampled on the freedom that was meant
for you and me,*

But Right is marching on.

*Cheer, boys cheer the cause of Union, The Colorado
Miner's Union;*

Glory, glory to our Union

Our cause is marching on.

(Hay lucha en Colorado por liberar a los mineros de los tiranos y reyes del dinero y todos los poderes; Hollaron la libertad que debía ser para ti, para mí, Pero la justicia sigue adelante.

Aplaudan, muchachos, la causa sindical,

El Sindicato de Mineros de Colorado;

Gloria, gloria a nuestra unión;

Nuestra causa sigue adelante.)

En un pizarrón de la escuela alguien había escrito: "Si un piadoso hipócrita va a hacer beneficencia, en nombre de Cristo a Nueva York, y luego balacea mineros ¿dónde está la elevación espiritual? Si se esfuerza por suprimir a los esclavos blancos en Nueva York mientras fomenta condiciones favorables para que persistan en otros lugares, ¿esto qué le consigue en el 'Paraíso'?"

Pregunté quién había escrito eso, y me dijeron que un doctor de Trinidad que no tenía vínculos con la unión. Esto es lo extraordinario respecto a la huelga: que nueve de cada diez profesionistas y hombres

de negocios del distrito carbonero son vehementes simpatizantes de la huelga. Después de Ludlow doctores, pastores, transportistas, farmacéuticos y granjeros se unieron, pistola en mano, a los huelguistas en lucha. Sus mujeres organizaron la Alianza Federal de Trabajo aun entre mujeres cuyos maridos no son sindicalistas, para proporcionar comida, ropa y atención médica a los obreros en huelga. Son la clase de gente que normalmente forma Ligas para la Ley y el Orden en tiempos como estos; que se consideran mejores que los trabajadores, y piensan que sus intereses están con los patrones. Muchos comerciantes de Trinidad se han arruinado con la huelga. Una mujercita muy eminente — esposa de un pastor — me dijo: “No veo por qué no siguen adelante, sin tregua, hasta haber matado a todos los guardias de la mina y a los de la milicia, y volado con dinamita las minas”. Esto es significativo, pues esta clase es la más satisfecha...

No hay nada revolucionario en esta huelga. Los huelguistas no son socialistas, anarquistas ni sindicalistas. No quieren expropiar las minas ni destruir el sistema salarial; la democracia industrial no significa nada para ellos. Consideran al patrón casi como un dios. Humildes, pacientes y fácilmente manipulables, han alcanzado tal desespero en la miseria que ya no saben qué hacer. Llegaron a Estados Unidos deseosos de las cosas que la Estatua de la Libertad en la bahía de Nueva York parecía prometer. Llegaron de países donde la ley es casi divina, y aquí — pensaban — había una ley mejor. Deseaban obedecer las leyes. Pero lo primero que descubrieron fue que el patrón, en quien confiaban, violaba insolentemente las leyes.

Para ellos, el sindicato fue la primera promesa de felicidad y de libertad para vivir sus vidas. Les

dijo que si actuaban combinadamente y se mantenían juntos, podían forzar al patrón a pagarles lo suficiente para vivir, y para trabajar sin peligro. Y en el sindicato descubrieron de golpe a miles de compañeros trabajadores que habían pasado por la lucha, y estaban ahora dispuestos a ayudarlos. Esta corriente de simpatía humana era algo absolutamente nuevo para los huelguistas de Colorado. Y como me dijo un mexicano: “Nos desesperamos ¡y llega un río de amistad de nuestros hermanos que no conocíamos!”

Una gran parte de los que ahora están en huelga fueron traídos como rompehuelgas en el gran paro de 1903. Ese año, más del setenta por ciento de los mineros en el sur de Colorado hablaban inglés: eran americanos, ingleses, escoceses y galeses. Sus demandas eran prácticamente las mismas que las de ahora. Antes de eso, cada diez años, desde 1884, ha habido huelgas similares. La milicia y los guardias mineros importados asesinaron desenfundadamente, encarcelaron y deportaron del estado a cientos de mineros. Dos años antes de la huelga de 1903, seis mil hombres fueron puestos en lista negra y expulsados de las minas, a despecho de la ley estatal, pues pertenecían al sindicato. A pesar de la ley de las ocho horas, ningún hombre trabajaba menos de diez horas; y cuando los mineros salieron, el general adjunto de la milicia, Sherman Bell, suspendió el derecho de *habeas corpus* y exclamó: “¡Al diablo con la Constitución!” Una vez rota la huelga, diez mil hombres se encontraron en la lista negra después de que los concesionarios hicieron un estudio cuidadoso de quiénes fueron los más sumisos bajo la opresión, y deliberadamente importaron extranjeros para llenar las minas, agrupando en cada mina a hombres de varias lenguas diferentes, que no serían capaces de organizarse. Patrullaban los campos con guardias

armados, que tenían derecho a procesar y sentenciar cualquier crimen.

Ahora bien, para entender la huelga es importante la geografía del distrito sur de Colorado. Dos vías férreas corren directamente al sur de Denver a Trinidad. Hacia el este, se extiende una vasta y llana planicie, hasta más allá de los límites con Kansas. Hacia el oeste quedan las faldas de las Montañas Rocallosas, que corren —accidentadamente— de norte a sur, y más allá de ellas se encuentran los magníficos picos nevados de la cordillera de Sangre de Cristo. En los cañones que quedan entre estas faldas es donde está la mayoría de las minas, y alrededor de éstas crecen pueblos feudales —casas de trabajadores, tiendas, cantinas, edificios de las minas, escuelas y correo—, todos de propiedad privada, fortificados y patrullados como si hubieran estado en guerra.

Tres grandes compañías carboneras —Compañía de Combustible y Hierro de Colorado, la Compañía de Combustible de las Montañas Rocallosas y la Compañía de Combustible Víctor American— producen el setenta y ocho por ciento del carbón del estado, y han anunciado que representan el noventa y cinco por ciento de la producción. Naturalmente, también controlan los precios y la política de todas las otras compañías carboneras del estado. De éstas, la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado produce el cuarenta por ciento de todo el carbón que se extrae, y Mr. Rockefeller posee el cuarenta por ciento de las acciones. Mr. Rockefeller controla absolutamente la política de la industria minera del carbón en Colorado. Dijo en el banquillo que confiaba totalmente en el conocimiento y la capacidad de los encargados de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado. Testificó que nada sabía de las condiciones en las que trabajaban los mineros, y que

todo lo dejaba en manos del presidente Welborn y el director Bowers. Ellos, a su vez, testificaron que nada sabían de las condiciones en las cuales trabajaban los mineros, pero que todo eso lo ponían en manos de sus subordinados. Ni siquiera sabían cuántas acciones tenía Mr. Rockefeller. ¡Y aun así estos hombres se atrevían a ir al banquillo de los testigos y decir que los mineros no tenían quejas sino que eran “una familia feliz!”

Se ha hablado mucho de los altos salarios que se pagan a los mineros. De hecho, la mayoría de los dependientes de tiendas ganan más. A un minero del carbón, un hombre que extrae el carbón, se le pagaba por tonelada de carbón puro extraído, limpio de impurezas, puesto en carros y sacado de la mina. Los concesionarios dan espléndidos números sobre mineros que sacan 5 dólares al día. Pero el número promedio de días laborables al año, en Colorado, era de ciento noventa y uno y el salario bruto promedio de un extractor de carbón era de 2.12 dólares al día. En muchos lugares era mucho más bajo. Los hombres que tenían una “palanca” en la compañía percibían salarios más altos; de otros, se sabía que trabajaban ocho días y no ganaban el dinero suficiente para pagar su pólvora, pues ellos mismos deben comprarla. Tienen que pagar un dólar mensual para cuotas médicas, y en algunos lugares por una pierna o un brazo roto, 10 dólares más. De cualquier modo, el doctor sólo visitaba la mina cada dos semanas más o menos, y si uno lo necesitaba en otro momento tenía que pagar una visita extra.

Muchos de estos pueblos mineros eran pueblos “incorporados”. El alcalde del pueblo era el superintendente de la mina. La junta directiva de la escuela estaba compuesta por funcionarios de la compañía. La única tienda del pueblo era la tienda de la com-

pañía. Todas las casas eran de la compañía, rentadas por la compañía a los mineros. No había impuesto sobre la propiedad, y toda la propiedad pertenecía a la compañía minera...

De acuerdo con el comisionado estatal del Trabajo, de 1901 a 1910 el número de personas muertas en las minas de carbón de Colorado, en comparación con el resto de Estados Unidos, era de 2 a 1; desde 1910 hasta el presente, es de $3^{1/3}$ a 1. Se demostraba de forma indiscutible que las compañías carboneras se rehusaban a tomar cualquier tipo de precauciones para la seguridad de sus empleados hasta que la ley no los obligara, y que aún entonces, después de eso, se negaba a reconocer las recomendaciones del inspector estatal de Minas...

El fiscal del condado de Las Ánimas dirige un negocio funerario empleado oficialmente por las compañías mineras, en el cual por lo menos dos de los funcionarios de la compañía tenían acciones no hace mucho. Sus jurados en estos grandes accidentes eran empleados de la compañía escogidos por los superintendentes mineros. En cinco años de desastres sin precedentes, sólo un veredicto del fiscal en el Condado de Las Ánimas acusó a la compañía. Véase, pues, que estos veredictos eran particularmente valiosos para los concesionarios, porque eliminaban el peligro de litigios por daños. No había ningún juicio por daños, en este condado, en diez años.

Éste es un ligero indicio de la manera como las compañías carboneras controlan la política en los condados de Las Ánimas y Huérfino. Abogados distritales, alguaciles, comisionados del condado y jueces son designados de hecho en las oficinas de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado. La gente no podía designar un delegado a la convención para nombrar un juez de paz sin telefonar a Denver

y pedir permiso a Cass Herrington, gerente político de la Compañía de Carbón y Hierro de Colorado...

Después de la huelga de 1903, los Trabajadores Mineros Unidos fueron echados del lugar. En 1911, restablecieron una oficina ramal en Trinidad. Desde esa época hubo rumores de una huelga, y es sólo desde entonces que los operadores de las minas empezaron a obedecer parcialmente las leyes. Pero no se corrigió la mayoría de los abusos, y los mineros se dieron cuenta de que para asegurarse de cualquier justicia permanente por parte de sus patrones, debían ser capaces de negociar colectivamente con ellos.

Los Trabajadores Mineros Unidos hicieron todo lo que pudieron para evitar la huelga. Apelaron al gobernador Ammons para que llamara a una reunión de los concesionarios para conferenciar con ellos en relación con las demandas de los trabajadores; los funcionarios de la compañía se negaron a reunirse con ellos y han seguido negándose desde entonces. Entonces fue convocada una convención de concesionarios y empleados en Trinidad, y se apeló a los empleadores para reunirse con sus hombres y escuchar sus quejas. En respuesta, los concesionarios empezaron a prepararse para la guerra. Pusieron en movimiento su poderosa máquina rompehuelgas: un despiadado aparato afinado por treinta años de exitosas luchas industriales. Se importaron pistoleros de Tejas, Nuevo México, West Virginia y Michigan: rompehuelgas y guardias que habían tenido una larga experiencia en líos laborales, soldados de fortuna, desertores del Ejército y ex policías. W. F. Reno, detective en jefe de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado, reclutaba en el sótano de un hotel de Denver. A los que sabían disparar, les daba rifles y municiones y los enviaba a las

minas. Fue contratada la célebre Agencia de Detectives Baldwin-Felts de rompehuelgas, y muchos de sus hombres, acusados de asesinato en otros estados, fueron nombrados alguaciles en los condados sureños. Entre doce y veinte ametralladoras fueron embarcadas hacia las minas y puestas a su disposición...

En la convención de Trinidad, el 16 de septiembre, los delegados de todas las minas del distrito votaron unánimemente para llamar a huelga el 22 de septiembre. Exigían el reconocimiento del sindicato, un aumento salarial del 10 por ciento, una jornada de ocho horas, pago por todo el "trabajo muerto", pesadores confiables, el derecho a comprar en la tienda que quisieran y a escoger su propio alojamiento y su doctor, observancia de las leyes mineras de Colorado y abolición del sistema de guardias...

Los Trabajadores Mineros Unidos anunciaron que establecerían colonias de tiendas de campaña para hacerse cargo de los huelguistas y, frente a la amenaza abierta de los funcionarios mineros y los guardias de que repetirían la matanza y la deportación de la huelga de 1903, empezaron a armarse...

Hubo una tormenta de nieve y cellisca el 23 de septiembre. Hacía un frío penetrante. Por la mañana, temprano, los guardias hicieron la ronda de las minas, preguntando a la gente si irían o no a trabajar. Cuando se les contestaba que no, ordenaban a la gente que saliera. En Tabasco, los guardias entraron en las casas, echaron a mujeres y niños a la nieve y tiraron por tierra muebles y ropa. En Tercio, se dio a los obreros una hora para abandonar el pueblo; sus muebles fueron lanzados a la calle y fueron sacados de las minas, seguidos por los guardias que los vejaban y amenazaban con rifles. A lo largo de cincuenta millas, en las bocas de los cañones de la cordillera había grupos de hombres expulsados, mujeres con

sus bebés en brazos y niños caminando en la nieve. Algunos tenían carretas; largas filas de carromatos desvencijados y carrozas, apilados con las posesiones de varias familias, rodaban por los caminos hacia la planicie abierta.

En Pryor, la compañía había ofrecido especiales atractivos para que los mineros construyeran y poseyeran sus propias casas en terrenos de la compañía. Se les expulsó de ellas, y los guardias gritaron a las mujeres: "¡Váyanse al demonio o las quemamos!" En West Virginia, los concesionarios dieron a los mineros cuatro días para irse. En Colorado fueron veinticuatro horas. Nadie estaba preparado. Fueron echados despiadadamente por el cañón, sin ropas ni muebles, y cuando mandaron carretas por sus pertenencias, en varios lugares —como en Primero— no se les permitió llevárselas.

Y las tiendas de campaña no habían llegado. Afuera, en la fría planicie, bajo la nieve y la cellisca, se amontonaban cientos de refugiados: hombres, mujeres y niños, en los lugares donde sus líderes les dijeron que se reunieran.

Aún no llegaban las carpas. Algunos estuvieron dos días sin refugio, cavando hoyos en la tierra y guareciéndose en ellos como animales, sin nada que comer ni que beber. Hubo una invasión frenética de almacenes de carpas en Denver, y a lo largo de diez millas al pie de las montañas, empezaron a levantarse las colonias de tiendas de campaña, blancas sobre la nieve blanca. Era como la migración de una raza. De 13 mil mineros que trabajaban en Colorado antes de la huelga, 11 mil estaban fuera. Las colonias fueron plantadas estratégicamente en las bocas de los cañones que llevan a las minas, para observar los caminos por donde se podía llevar a los rompehuelgas.

Además de la gran colonia de Ludlow, había otras en Starkville, Gray Creek, Suffield, Walsenburg, Forbes y otros cinco o seis lugares.

“Mother” Jones andaba de un lado a otro del distrito por esos días haciendo discursos, exhortando a los huelguistas a protegerse, cuidando a los niños, ayudando a levantar tiendas y atendiendo a los enfermos. Los concesionarios, mientras tanto, clamaban por la milicia. Decían que la violencia podía estallar pronto y que Mamá Jones era una peligrosa agitadora y debía ser expulsada del estado. El gobernador Ammons replicó que si las autoridades locales no podían manejar la huelga, ciertamente sería enviada la milicia, pero que por ningún motivo sería utilizada para permitir a los concesionarios importar rompehuelgas ni para intimidar a los mineros.

—Tengo la intención —dijo— de poner fin a los discursos incendiarios de Mamá Jones. Veré que se le trate de modo tal que no pueda hablarle al país entero como una prisionera. No se le permitirá hacer propaganda huelguística fuera del estado con el lenguaje extravagante que ha estado usando en las regiones carboneras.

Emma F. Langdon, secretaria estatal del Partido Socialista, declaró públicamente: “Si tocan uno solo de los grises cabellos de la cabeza de Mamá Jones, lanzaré un llamado a todas las buenas mujeres de Colorado para que se organicen y marchen sobre la ciudad de Trinidad, si es necesario, para liberarla”.

Desde ese día a esta parte, no se ha oído una sola palabra más del Partido Socialista de Colorado, aunque poco después Mamá Jones fue encarcelada e incomunicada durante nueve semanas en Trinidad.

El primer paso fue nombrar alguaciles a todos los guardias mineros y detectives. Los superintendentes de las minas telefonearon al *sheriff* para de-

circle cuántos alguaciles necesitaban, y el *sheriff* envió por correo nombramientos en blanco. Los funcionarios del sindicato pidieron al *sheriff* Grisham que hiciera alguaciles a unos pocos huelguistas. Él contestó: "Nunca armo a las dos facciones..."

El *sheriff* Jeff Farr informó que los mineros habían escalado una colina de unos ciento cincuenta metros de alto, sobre la mina de Oakview, y habían disparado unos mil tiros sobre los edificios. Pero los periodistas que indagaron hallaron sólo tres agujeros de bala y eran horizontales. Un huelguista griego tuvo un altercado personal con el alguacil Bob Lee, de Segundo, célebre asesino alguna vez relacionado con los forajidos de Jesse James, y el griego disparó primero. Por todas partes los guardias mineros andaban buscando pleito. En Sopris dinamitaron una casa de la compañía y trataron de inculpar a los huelguistas; pero, por desgracia un hombre del complot lo denunció. Para las compañías carboneras, era caro este mantenimiento de un ejército. Querían a la milicia para que hiciera su trabajo sucio a expensas del Estado. Y también las colonias de tiendas de los huelguistas interferían seriamente con la importación de trabajadores para poner las minas en marcha.

La más grande de estas colonias estaba en Ludlow, en el cruce de los dos caminos que van a Berwin y Tabasco, de una parte, y a Hastings y Delagua, de la otra. Había más de doscientas personas ahí, divididas en veintiuna nacionalidades, viviendo la maravillosa experiencia de saber que todos los hombres son iguales. Cuando llevaban ya dos semanas de vivir juntos, los mezquinos prejuicios raciales y malentendidos que habían sido fomentados entre ellos por las compañías carboneras empezaron a desaparecer. Los norteamericanos empezaron a descubrir que eslavos, italianos y polacos, eran tan bondadosos,

joviales, amorosos y valientes como ellos. Las mujeres se visitaban unas a otras, presumiendo de sus bebés y de su hombre, llevándose pequeñas golosinas cuando estaban enfermas. Los hombres jugaban baraja y beisbol...

—Nunca tuve muy buena opinión de los extranjeros antes de ir a Ludlow —decía una mujercita. —Pero son como nosotros, sólo que no pueden hablar el idioma.

—Claro —repuso otra. —Yo pensaba que los griegos eran gente vulgar, ignorante, sucia. Pero en Ludlow los griegos eran por cierto unos perfectos caballeros. Ahora ya no me pondrán decir nunca nada malo de un griego.

Todos empezaron a aprender el idioma de los demás. Y en la noche había un baile en la Gran Tienda: los italianos ponían la música y todas las naciones bailaban juntas. Era una verdadera fundición de pueblos. Esta gente —exhausta, golpeada, trabajadora— no había tenido tiempo de conocerse...

Es casi imposible de creer que esta pacífica colonia estuviera amenazada de la destrucción por los guardias mineros. No eran estos unos villanos cabales. Eran solamente temperamentos endurecidos que actuaban bajo órdenes. Y las órdenes eran que la colonia de Ludlow debía ser barrida. Se interponía en el camino de los beneficios de Mr. Rockefeller. Cuando los trabajadores empezaron a comprenderse tan bien, el fin de la explotación y del dinero sangriento se hizo visible. La colonia de Ludlow llevaba una semana de establecida cuando los pistoleros empezaron a amenazar con que bajarían por el cañón para aniquilar a sus habitantes.

Todas las visitas, los juegos y los bailes cesaron. La colonia estaba en un abyecto estado de terror. No había organización, no había líderes. Se

habían conseguido diecisiete fusiles y pistolas de varias clases, y muy pocas municiones. Con ello, los hombres de la colonia montaban guardia sobre sus mujeres y niños en las frías y largas noches, y desde la colina de Hastings un reflector pasaba sin cesar sobre las tiendas.

Durante la última semana de septiembre, corrientes de personas llegaron hasta las colonias de tiendas, con historias de cómo habían sido lanzadas de sus casas a la nieve y sus muebles rotos, y los hombres golpeados y llevados a la carretera a punta de rifle; toda esa semana, los huelguistas que iban a recoger cartas a las oficinas de correos del pueblo minero eran golpeados y balaceados, y se les negaba el derecho a transitar por los caminos vecinales. Llegaron rumores de que los colonos de Aguilar tenían terror de que los mataran y se estaban armando para protegerse. El 4 de octubre guardias armados invadieron las calles de Old Sopris, que no está en terrenos mineros, y a punta de pistola disolvieron un mitin de huelguistas en un edificio público. Por todos lados, los reflectores recorrían durante la noche las tiendas de los huelguistas; no dejaban dormir a mujeres y niños, y sacaban a los hombres veinte veces cada noche para defenderse del siempre temido ataque. El 7 de octubre el ataque llegó.

Algunos huelguistas fueron a Hastings a recoger su correo. Fueron insultados y se les impidió entrar en la oficina de correos. Cuando iban por el camino de regreso, uno de los guardias de Hastings disparó dos tiros sobre sus cabezas, cada uno de los cuales dio en tiendas de la colonia. Minutos más tarde, un automóvil en el que iba B. S. Larson, contador en jefe de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado se detuvo en el camino cerca de las colinas. Se hicieron veinte disparos sobre las tien-

das. De inmediato, la colonia hervía con los gritos de hombres furiosos. Sólo diecisiete de ellos tenían armas de fuego, pero el resto se armó con piedras, pedazos de carbón y palos, y se precipitaron hacia la llanura, sin un plan, sin líderes. Su aparición fue la señal para una descarga desde la colina de Hastings y desde una casa de piedra cerca de la boca del cañón. Las mujeres y los niños corrieron fuera de la colonia quedando totalmente al descubierto. Antes de la furiosa acometida de los huelguistas, ya medio enloquecidos, los guardias se retiraron a las colinas. Entonces se detuvo la lucha y los hombres regresaron, enfermos de rabia y jurando que subirían y balacearían Hastings esa misma noche. Pero sus líderes los disuadieron.

A la mañana siguiente, alrededor de la hora del desayuno, alguien disparó sobre las tiendas desde un tren de carga que pasaba, y toda esa noche el reflector rastreó la colonia, hasta que, a las cuatro de la mañana, uno de los huelguistas lo hizo pedazos de un tiro. Esa mañana, los huelguistas hicieron el paseo habitual para recoger su correo y vieron venir el tren. Algunos de ellos jugaban pelota en el campo de beisbol situado al este de la estación, cuando un tiro desde la colina de Hastings aterrizó justo en medio de ellos. Un centenar de hombres cruzó gritando el campo para tomar sus armas, y antes de que las hallaran se iniciaron los disparos desde un puente ferroviario de acero. Los huelguistas corrieron por la vía hacia el puente. Cuarenta o cincuenta corrían sin armas, excepto sus manos desnudas, y el resto andaba desorientado, poniendo el parque equivocado en las armas de diferentes marcas y tratando de ver de dónde venía el fuego. Hicieron una barricada de carbón junto a la estación, sin saber qué más hacer, ignorantes del lugar de donde procedían los

disparos. Todo ese tiempo, sonaba la fusilería desde el puente. Pero la fila delantera de los huelguistas armados avanzó hacia Water Tank Hill y, lanzándose al campo, salieron disparando sin tino. De repente, alguien gritó: “¡Viene la milicia! ¡Viene la milicia! ¡Es una trampa! ¡De regreso a la colonia! ¡Regresen a la colonia!” Agolpándose, atropellándose, llenos de pavor y disparando sobre sus hombros conforme corrían, los huelguistas remontaron la vía; pero no antes de que un ranchero llamado MacPowell, que había permanecido perfectamente neutral ante los dos bandos, fuera abatido desde el puente de acero mientras cabalgaba rumbo a su casa.

Pero los disparos desde el puente continuaban. En ese momento un tren que iba hacia el norte se detuvo en Ludlow, y Jack Maquarrie, agente especial del Colorado and Southern Railroad, dijo a los reporteros que “hay un montón de alguaciles ahí en el paso del ferrocarril, tratando de provocar algo”.

Tres huelguistas fueron heridos. Frenéticamente, esa tarde los colonos empezaron a cavar pozos para los fusileros; a la llegada de la milicia a la estación de Ludlow, los guardias y alguaciles ya habían abandonado la colina y el puente, y alardeaban de haber tomado Ludlow y de que antes del anochecer tomarían la colonia de tiendas. Fue otra noche de terror para los huelguistas. Nadie durmió. Los hombres —unos doscientos— se quedaron junto a los pozos de fusileros hasta el amanecer. Sólo diecisiete estaban armados; el resto tenía cuchillos de carnicero, navajas y hachas. Pero al día siguiente los guardias regresaron a las colinas, gritando que una de esas noches bajarían a matar a todos esos desharrapados.

Dos días más tarde, tres guardias a bordo de un automóvil vaciaron sus pistolas automáticas sobre la colonia de Sopris. Cuatro días después de eso,

la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado montó un reflector y una ametralladora en la colina de Segundo. Un guardia borracho que insultó a una mujer fue severamente golpeado allí, y esa misma noche la ametralladora disparó sobre el pueblo durante diez minutos. Al día siguiente, cuarenta y ocho huelguistas, que mantenían un pacífico piquete en la mina de Starkville, propiedad de James McLaughlin, cuñado del gobernador Ammons, fueron arrestados, forzados a marchar doce millas a pie entre filas dobles de guardias armados, hasta Trinidad, y arrojados en prisión.

Los atropellos prosiguieron. En Segundo, los detectives de Baldwin-Felts invadieron el Pueblo Viejo, que no está en terrenos de la mina, y derribaron a hachazos la puerta de una casa particular, con el pretexto de buscar armas. En Aguilar, los guardias mineros allanaron el cuartel general de los huelguistas a punta de rifles; y en Walsenburg, Lou Miller —pistolero famoso con cinco asesinatos en su haber— anduvo por las calles con seis compinches armados, golpeando sindicalistas. A. C. Felts, gerente de la Agencia de Detectives Baldwin-Felts, llegó a la escena de los hechos y ordenó de inmediato la construcción de un automóvil blindado, con una ametralladora montada, en la planta de acero de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado, en Pueblo.

Los funcionarios del sindicato intentaron demasiado tarde conseguir armas para los huelguistas. Todas las tiendas de municiones las habían vaciado ya los concesionarios, de modo que el 15 de octubre —por ejemplo— los veinticinco hombres de la colonia de carpas de Forbes tenían sólo siete fusiles y seis revólveres (todos de marcas diferentes) y muy poco parque. La colonia de Forbes estaba a lo largo del ca-

mino, en la boca de un cañón que sus francotiradores desde las colinas, especialmente después de que los huelguistas se negaron a permitir que los trabajadores subieran a la mina. Los hombres de la colonia se alarmaron tanto por la seguridad de sus mujeres y niños que construyeron un campo separado para ellos, a unos trescientos metros.

En la mañana del 17 de octubre, un cuerpo de jinetes armados que galopaba por el camino de Ludlow desmontó en un paso del ferrocarril cerca de la colonia. Al mismo tiempo, el automóvil blindado de Felts apareció en la dirección de Trinidad, dio una vuelta y apuntó su ametralladora directamente sobre las carpas. Azorados, aterrorizados, los huelguistas salieron, con sus pistolas, pero un guardia llamado Kennedy, más tarde oficial de la milicia, se acercó con una bandera blanca, y gritó:

— ¡No pasa nada, muchachos; somos sindicalistas!

Y cuando los huelguistas bajaron sus armas, dijo: “Quiero decirles algo”.

Se agruparon alrededor de él para oír lo que tenía que decirles. Y de pronto exclamó:

— ¡Lo que quería decirles era que les vamos a dar una lección, desharrapados!

Y, bajando la bandera blanca, la aventó al suelo. Al mismo tiempo, los jinetes que habían desmontado hicieron una descarga sobre el grupo, matando instantáneamente a un hombre. Aterrorizados los huelguistas corrieron de regreso a las tiendas; a través del campo, se dirigían a una cañada donde habían acordado ir en caso de ataque y mientras corrían la ametralladora abrió fuego contra ellos. Acribilló en las piernas a un niño que corría entre carpas, y que cayó ahí mismo. Los huelguistas contestaron inmediatamente el fuego, y la batalla se prolongó de las

dos de la tarde hasta el anochecer. Cada vez que el niño herido intentaba arrastrarse hacia las tiendas, la ametralladora le disparaba. Fue alcanzado no menos de nueve veces. Las tiendas fueron acribilladas y los muebles que había dentro hechos pedazos. Una niña, hija de un granjero vecino, regresaba a casa de la escuela. Fue alcanzada en la cara. Al oscurecer, cesó la balacera y la partida atacante se fue, pero toda la noche los huelguistas no se aventuraron de regreso a sus tiendas.

El terror que provocó el ataque de los “especiales de la muerte” casi se había apaciguado cuando, cinco mañanas más tarde, los huelguistas se despertaron para verlos plantados en la misma posición de antes: la ametralladora asesina apuntada contra la colonia, y otras tres ametralladoras —en un radio de doscientos metros— rodeándolos completamente. Conforme el sol ascendía, hombres armados bajaban de las colinas en todas direcciones. Había más de un centenar de ellos. Bajo la cobertura de las armas, el *subsheriff* Zeke Martin, del condado de Las Ánimas, marchó hacia las carpas y ordenó a todos los hombres formar una sola fila y bajar a la vía del tren. Insultados y golpeados, fueron alineados ahí con la ametralladora de los “especiales de la muerte” apuntándoles. Entonces se inició una pesquisa de la colonia; todas las armas de los huelguistas fueron recogidas, sus baúles abiertos a golpes, sus camas hechas trizas y el dinero y la joyería robados. La casa cercana de un ranchero, veterano de la Guerra Civil, que no estaba de ningún modo relacionado con los huelguistas, fue invadida y saqueada, y su esposa amenazada de que “si seguía hospedando sindicalistas su casa no duraría mucho”.

Esa misma de noche, una turba de mineros enfurecidos rodeó a un detective de Baldwin-Fest en Trinidad y amenazó con lincharlo...

Por estos días, los huelguistas de todas las colonias desde Starkville hasta Walsemburg habían decidido no confiar más en la buena fe o las armas o las promesas de los agentes del orden; en cambio, conseguirían armas y protegerían a sus mujeres y niños de los asaltos asesinos de los guardias mineros, de la única forma que podían hacerlo. Fue una decisión nacida de la desesperación; algunos de ellos ni siquiera habían visto nunca una pistola, y mucho menos habían disparado, y la mayoría venían de países donde la autoridad de la ley es poco menos que divina...

Había amenazas diarias por carta, por teléfono, y hombres armados que desde las colinas gritaban que una de esas noches, pronto, todos los guardias de todas las minas bajarían por los cañones y destruirían las colonias y tiendas. En Ludlow, la gente de la colonia vivía en un continuo pánico. Los hombres fueron a Trinidad, rogando de casa en casa que les dieran rifles viejos, pistolas oxidadas; cualquier cosa, de hecho, que pudiera disparar. Y en verdad fue una extraña colección de armas curiosas y obsoletas la que se reunió en la colección. Por consejo de sus líderes, los colonos cavaron guaridas debajo de sus tiendas, donde las mujeres y los niños podían esconderse en caso de un ataque. La redoblada vigilancia nocturna, los insultos y los disparos ocasionales de los guardias mineros, las palizas a los sindicalistas cuando estos se atrevían a salir solos de noche de la colonia, y las continuas historias sobre atropellos de los pistoleros en toda la zona, pusieron a los huelguistas en tal estado de tensión que únicamente las súplicas de sus líderes evitaron que atacaran y ani-

quilaran a los guardias. Devolvieron las amenazas de estos, y cundió el terror, también, en los campamentos de las minas.

El 26 de octubre el dique de la ira se rompió. Durante varios días los colonos de Ludlow habían estado esperando un ataque, y el lugar contaba, día y noche, con piquetes de centinelas armados. La mañana del sábado, el día veinticinco, algunos huelguistas que habían andado cerca de la estación del ferrocarril informaron sobre la llegada de un nuevo reflector que remplazaría al que había sido balaceado el día nueve. Varios hombres exclamaron que no debía permitirse que otra vez fuera instalado para espiarlos, pero los líderes de la huelga insistieron en que no se interfiriera con el reflector. Así que lo dejaron en paz. Hacia la tarde, sonó el teléfono y una voz dijo: "Hablo desde Hastings. Miren hacia allá. Una gran cuadrilla ha salido de aquí a caballo para empezar algo, y muchos más se van a esconder en la boca del cañón para caer sobre ustedes cuando suene el primer tiro". Casi en el mismo instante, uno de los centinelas llegó corriendo:

— ¡Ya vienen! ¡Los alguaciles vienen cabalgando por el cañón, y son un montón!

Los hombres en el campo empezaron a correr en busca de sus armas.

— ¡No peleen! — gritaban los líderes —, ¡es una trampa! ¡Quieren provocarnos!

— ¡Bueno, pues entonces, qué esperamos! — respondían los hombres.

— No vienen por nosotros — aducía alguien. — Déjenlos muchachos. Vienen a llevarse el nuevo reflector de regreso a Hastings.

— No, no es cierto — gritó un hombre. — No voy a aguantar esa luz rastreadora sobre mi tienda toda la noche. ¡Vamos, muchachos!

Y mientras dudaban ahí, sin decidirse a atacar el asunto se resolvió por ellos. Veinte hombres armados y a caballo aparecieron por el camino del cañón, cabalgando hacia el depósito. De súbito, uno alzó pausadamente su rifle y disparó. Los huelguistas salieron de la colina hacia el paso del ferrocarril y el arroyo, para distraer el fuego de los guardias de la colonia, y empezaron a disparar conforme corrían. De inmediato, las fuerzas de reserva que habían estado escondidas en el cañón salieron a la luz, y se inició una batalla que duró hasta el anochecer. Menores en número y en capacidad de fuego, los huelguistas se retiraron lentamente hacia el este y el norte, deteniéndose en el puente de la C. y S. Steel. De ahí trataron de desalojarlos los guardias, cuando cayó la oscuridad; estos se retiraron en la noche hacia las colinas y algunos huelguistas los siguieron. Esa noche, casi el cuerpo entero de los huelguistas tomó las colinas. Hacia la mañana del domingo, el día veintiséis, la mina de Tabasco fue sitiada por mineros armados, atrincherados en la punta de las colinas. Esa noche corrieron rumores por las tiendas de siete mil mineros de que, al fin, los muchachos habían atrapado a los guardias donde los querían, en Ludlow; y durante toda la noche, los hombres exploraron el campo, caminando en ocasiones cuarenta kilómetros con sus armas al hombro.

Los guardias telefonearon a Trinidad para pedir ayuda. Ese día, dos trenes fueron enganchados en Trinidad para llevar alguaciles y soldados como refuerzo a Tabasco, pero en ambas ocasiones la tripulación del tren se rehusó a transportarlos. Treinta y seis alguaciles de Walsenburg fueron llevados apresuradamente a Trinidad en un tren especial, disparando, al pasar, sobre las tiendas de Ludlow, y

fueron nombrados de inmediato *sheriffs* del Condado de Las Ánimas en el Hotel Colorado.

Pero los huelguistas, sin organización ni liderazgo, pronto se cansaron de la batalla y regresaron a la colonia, a través de la llanura, cantando y gritando con el júbilo de la victoria. Hubo un gran banquete y baile esa noche, en el cual se divertieron todos los visitantes, y los guerreros contaron sus hazañas con gran jactancia y vanagloria. Pero a la mitad de las festividades llegaron noticias de que los guardias estaban montando una ametralladora en un vagón y venían por el cañón. El baile terminó entre el pánico, y nadie durmió en toda la noche. Sin embargo, no disparó un solo tiro ningún bando en la llanura hasta el amanecer, aunque el fuego casual de rifle en las colinas indicaba que algunas de las bandas nómadas estaban todavía “venadeando” a los guardias.

Pero en la mañana todo comenzó de nuevo, con descargas desde las colinas. Al mismo tiempo, llegó información autorizada desde Trinidad, por teléfono, acerca del arribo de un tren blindado de tres vagones equipados con ametralladoras, como el que fue llevado a través de Cabin Creek para tirotear las tiendas de los huelguistas en West Virginia, el año pasado. Quinientos hombres atravesaron la llanura para esperar ese tren; no prestaron atención a los disparos desde las colinas. Y cuando el tren llegó a un kilómetro de Ludlow, lo recibió tal andada de disparos que se vio forzado a regresar a la mina de Forbes.

Una tormenta de nieve desde el noreste empañó al mundo esa noche. Y en la oscuridad, alrededor de setecientos huelguistas abandonaron sus tiendas y se dirigieron a las colinas. Antes del amanecer del día veintiocho, abrieron fuego cerrado sobre Berwind y Hastings, y mataron a más de diez guardias mine-

ros y alguaciles. Más y más cerrados se hacían sus disparos; o más y más feroz era su fuego. Se cortaron alambres de telégrafo y teléfono y se destacó una partida con órdenes de volar la vía del ferrocarril que sube de Ludlow. En Tabasco, también, los huelguistas empujaron a los guardias y sus familias hasta la boca de la mina. Si se les hubiera permitido terminar lo que tan ferozmente habían iniciado, no cabe duda de que los guardias de esas tres minas habrían sido muertos. Pero a través de la tormenta llegaron corriendo mensajes desde la colonia de Ludlow.

—Paren la pelea —ordenaron— y regresaron rápido a las tiendas. ¡El gobernador ha llamado a la Guardia Nacional!

Así que regresaron por las colinas y a través de la llanura, discutiendo esta nueva complicación. ¿Qué significaba? ¿Serían neutrales los soldados? ¿Se desarmaría a los huelguistas? ¿Se les daría protección contra los pistoleros? Los que habían estado en otras grandes huelgas estaban mortalmente asustados. Pero los líderes los tranquilizaron por el momento, y esa noche los hombres de las otras colonias se fueron a casa, y los hombres de Ludlow entregaron sus armas a sus líderes para que pudieran mostrárselas a los soldados por la mañana. Pero la mañana llegó y los soldados no, ni noticias de ellos. Al mismo tiempo, llamó un hombre desde Trinidad para decir que siete automóviles con alguaciles armados habían salido para Ludlow, jurando vengar el ataque a Hastings y a Berwind. Y conforme avanzaba el día, otros y peores rumores se multiplicaban.

—¡Estamos perdidos! —exclamaban. —Los soldados vienen a quitarnos nuestros rifles. Nos van a fusilar. Es lo que siempre hacen en las huelgas. Y antes, van a venir los guardias por la noche. Debemos sacar a las mujeres y a los niños.

Así pues, las esposas e hijos fueron puestos en el tren de Trinidad y los hombres se quedaron en el campamento vacío.

—Vamos a demostrarles que somos hombres. Vamos a vengarnos de los guardias mineros antes de que los soldados vengan y nos maten. Vamos a darles una buena pelea.

Entonces sólo había una pequeña partida armada, no más de un centenar de hombres. Sin plan ni líderes, se aventuraron en la tormenta antes del amanecer; pero los guardias ya estaban alerta, y sobrepasaban en número, con mucho, a los huelguistas. Hacia las siete de la mañana, los mineros regresaron cansados y se echaron al suelo a dormir.

—El cuento de la milicia era a sólo un truco para dejarnos desprotegidos —decían. —No van a venir los soldados. ¡Dennos todas las armas y el parque, y aquí esperaremos a los guardias!

Y esperaron el fin, con fría desesperanza.

Pero en la mañana del día treinta y uno, el tren con las tropas llegó a un punto a tres millas al norte de Ludlow, donde se detuvo; el general Chase se dirigió a la colonia de Ludlow bajo una bandera de tregua. Informó a los líderes de la colonia que las órdenes del gobernador Ammons eran de desarmar a ambas partes, para preservar la paz, y que la milicia no se usaría para ayudar a los funcionarios mineros a traer rompehuelgas ni para intimidar a los huelguistas.

Los líderes comunicaron estas promesas a los hombres, quienes, jubilosos de que terminara el reino del terror, depositaron sus armas de buen grado para que fueran entregadas a la milicia y alegremente mandaron traer a sus mujeres y niños. Tan aliviados y agradecidos estaban con los soldados que planearon una magnífica recepción.

A pedido de los huelguistas, la milicia entró en Ludlow en uniforme de gala. La colonia entera de Ludlow en sus mejores galas domingueras atravesó kilómetro y medio de planicie nevada y soleada rumbo al este, para encontrarse con los soldados. Al frente bailaban unos mil niños, reunidos, de todas las colonias, vestidos de blanco y cantando la canción de la huelga. Una banda de metales venía después, y luego mil doscientos hombres y mujeres con banderas norteamericanas. Formaban dos líneas densas, joviales a través de las cuales la Guardia Nacional —muy complacida— marchó hacia el lugar donde acamparía.

Chase estableció su cuartel general en Ludlow; el campamento de la milicia estaba más allá al otro lado de las vías del ferrocarril, que la colonia de tiendas de Ludlow, y entre ésta y las minas. Chase anunció que el desarme de los dos bandos se iniciaría de inmediato, y para probar su buena fe a los huelguistas desarmó primero a los guardias mineros. Luego pidió sus armas a los huelguistas. Estos entregaron más de treinta y dos: dos tercios de las armas de fuego de la colonia. La razón por la cual el resto no se entregó era un rumor que corría desde Trinidad de que los rifles que les habían quitado a los huelguistas de allá habían sido entregados a los guardias de las minas de Sopris y Segundo.

—Sí —dijo el capitán al mando de la milicia en Trinidad en respuesta a una pregunta de los líderes huelguistas-, se los entregué. Miren, no tenemos soldados suficientes en el campo para proteger estas minas, y allá sus compañeros están muy inquietos, según se me dice.

También llegaron rumores desde Aguilar de que las armas recogidas a los guardias mineros y a los detectives de Baldwin-Felts les habían sido de-

vueltas por la misma razón. Poco después, las armas de Ludlow fueron entregadas a los guardias de Delagua, Hastings, Berwind y Tabasco. Pero los huelguistas no protestaron por ello.

Las relaciones entre los colonos de Ludlow y la milicia eran muy amistosas. Grupos de soldados y mineros jugaban beisbol en la nieve e iban juntos a cazar conejos. Los huelguistas dieron un baile para la milicia en la Gran Tienda, y los soldados visitaron las diferentes tiendas y compartieron la vida de la colonia. Siempre eran bienvenidos a cenar. Los huelguistas, también, circulaban libremente por el campamento de la milicia. Entre los mineros había algunos griegos y montenegrinos que habían peleado en la guerra de los Balcanes. Algunas veces los oficiales de la milicia los dejaban tomar armas y ejercitarse y se sorprendían de su habilidad.

Pero este estado de cosas duraría solamente unas dos semanas. El principal argumento de los funcionarios mineros para pedir a la milicia era que muchos de los huelguistas de las colonias aceptarían de buena gana regresar al trabajo si se les aseguraba protección; los funcionarios afirmaban que en cuanto la milicia entrara en el campo, habría una avalancha de huelguistas de regreso a las minas. Pero nada de esto sucedió a la llegada de la Guardia Nacional. Apenas si desertó algún hombre. Así que los funcionarios tuvieron que usar otras tácticas.

La actitud de la milicia cambió repentinamente. El general Chase, sin ninguna advertencia, anunció que los huelguistas de Ludlow estaban escondiendo armas y debían entregarlas todas en un plazo de veinticuatro horas. Se ordenó a los soldados no acercarse a la colonia. El 12 de noviembre, la milicia y los guardias mineros, juntos, hicieron de súbito una pesquisa de armas ocultas en las casas de los huelguistas

en Old Segundo. Rompieron baúles y robaron dinero y joyas. De Trinidad llegó el rumor de que tres de los más notorios guardias de la Balwin-Felts habían sido enrolados como soldados estatales. El general Chase empezó a hacer sus rondas en un automóvil de la Compañía de Combustible y Hierro de Colorado. Se les dijo a los huelguistas que se mantuvieran lejos de la estación del ferrocarril y de los caminos públicos, para que no hubiera choques entre ellos y los rompehuelgas que irían a trabajar en las minas.

No había presupuesto estatal para pagar a la Guardia Nacional. Los funcionarios del carbón se ofrecieron a financiarla, pero el gobernador Ammons decidió que "no era lo propio". Sin embargo, permitió que la Denver Clearing House (Banco de Liquidación de Denver), a través de su presidente, Mr. Mitchell, pagara por adelantado 250 mil dólares, y ésa era una manera indirecta de permitir que las compañías carboneras compraran a la milicia, pues Mr. Mitchell es el mismo presidente del Banco Nacional de Denver que amenazó con cancelar los préstamos de Mr. Hayden, presidente de la Juniper Coal Company, si entraba en arreglos con el sindicato.

Pronto empezó a hacerse evidente el curso que la milicia intentaba seguir. Aunque la ley marcial no se había declarado, y de hecho nunca se declaró, el general Chase lanzó, en Trinidad, una proclama para crear "el Distrito Militar de Colorado", con él mismo al mando, y anunció que se harían "prisioneros militares" y se pondrían a disposición de la milicia a sus órdenes. El primero de estos "prisioneros militares" fue un minero que abordó a un soldado en las calles de Trinidad y le preguntó dónde podía unirse al sindicato...

Chase inició abiertamente una campaña de tiranía e intimidación. Tal como en pasadas huel-

gas, siguieron arrestos masivos y grupos de treinta y cinco a cien hombres y mujeres fueron arrojados a la cárcel, de una sola vez, sin cargos, y mantenidos ahí indefinidamente como “prisioneros militares”. Se arrestó a huelguistas que iban a la oficina de correos de Ludlow a recoger sus cartas. Los sindicalistas a quienes se sorprendía hablando con esquiroles fueron macaneados y encarcelados. Adolph Germer, organizador socialista de los Trabajadores Mineros Unidos, fue puesto bajo arresto cuando bajaba del tren en Walsenburg, y la señora Germer fue insultada en su propia casa por oficiales borrachos. Los guardias mineros, envalentonados por el abierto favor de la milicia, iniciaron de nuevo su interrumpida labor de provocar líos. La noche del 15 de noviembre, hicieron varias descargas sobre las casas de los huelguistas de Picton. Un soldado prohibió a la señora Radlich ir a recoger sus cartas a la oficina de correos de Ludlow, y cuando ella le contestó en tono desafiante él la arrojó al suelo con un golpe de culata. El teniente Linderfelt detuvo a un muchacho de diecisiete años en la estación de Ludlow, lo acusó de asustar a los caballos de los soldados y lo golpeó a puñetazos hasta que el muchacho no pudo ya caminar.

Pero incluso estas medidas no eran lo bastante violentas para los concesionarios. Algunos periodistas oyeron en el Congreso del estado a un grupo de funcionarios denostar al gobernador Ammons.

— Usted, maldito cobarde — decían —, no le vamos a aguantar esto mucho tiempo. ¡Tiene que hacer algo, y pronto, si no se las verá con nosotros!

Y la encarnación misma de la voluntad del pueblo del soberano estado de Colorado contestaba:

— No sean tan duros conmigo, caballeros. ¡Lo estoy haciendo tan rápido como puedo!

Y la puerta se cerró.

Poco después de eso, el general Chase lanzó otra proclama garantizando protección a todos aquellos hombres que quisieran ir a trabajar a las minas; anunció que pretendía establecer un tribunal militar secreto para juzgar y sentenciar a todos los infractores de las leyes por él promulgadas en tanto comandante del Distrito Militar de Colorado. Creo que fue esa misma noche cuando algún huelguista, enfurecido por la intolerable insolencia del detective Belcher de Baldwin-Felts, le disparó y lo mató en las calles de Trinidad. Treinta y cinco prisioneros militares fueron amontonados en las malolientes celdas de la cárcel del condado y mantenidos ahí de manera indefinida sin comida, agua, ni calefacción adecuadas. Cinco de ellos fueron llevados ante el tribunal militar y acusados de asesinato, y cuando no confesaban eran torturados. Durante cinco días y cinco noches les arrojaban agua helada, los pinchaban con bayonetas y los macaneaban para que no pudieran dormir. Al final de ese primer periodo un italiano llamado Zancanelli se quebró y firmó una "confesión", escrita por los oficiales militares, que posteriormente repudió y que, por supuesto, se demostró que era falsa.

El sindicato hizo un último intento desesperado por reunir a concesionarios y huelguistas en una conferencia, pero aquellos rechazaron absolutamente prestar atención al llamado. El general Chase anunció que la paciencia de la milicia estaba colmada. Los huelguistas descubrieron con sorpresa que un tren con varios centenares de rompehuelgas había sido llevado al estado y escoltado por la milicia hasta las minas. Se lo reclamaron a Chase, y éste admitió que el gobernador Ammons había modificado privadamente, por teléfono, su orden contra la importación

de rompehuelgas. Fue lo primero que los huelguistas supieron sobre el asunto.

Entonces empezó el acarreo de miles de trabajadores desde el este. Se les aseguraba a los obreros que no había huelga en Colorado. Se les prometía transporte gratis y salarios altos. Algunos fueron contratados para trabajar en las minas de carbón, y otros fueron embaucados para ir al oeste con el cebo de la tierra.

Algunos de ellos eran sindicalistas. Pocos querían ser “esquiroles”. Pero se les dijo que no les permitirían irse hasta que hubieran pagado con trabajo su transporte y su hospedaje. En Primero, un italiano que trató de escapar por la vía del ferrocarril fue tiroteado por la espalda y muerto. Otro, en Tabasco, fue asesinado porque se negó a ir a trabajar. Y aquellos que sí querían quedarse en sus trabajos fueron forzados a trabajar gratis durante semanas. A un hombre, que tenía algún dinero, y había pagado su transporte en efectivo, aunque trabajó veinte días y estaba acreditado en los libros de la compañía con cuotas de carbón por valor de 3.50 dólares diarios, se le dijo a la vuelta de ese tiempo que sólo había ganado cincuenta centavos. La milicia actuaba bajo las órdenes de los superintendentes mineros; se negaba a permitir que nadie sin un “salvoconducto” de la compañía, partiera. Había que tener un pase para entrar y salir de los campamentos. Cientos de rompehuelgas escaparon de noche por las colinas, entre la nieve, y buscaron protección y refugio en las colonias de los huelguistas, donde se les dieron derechos sindicales y una tienda donde vivir...

Los desórdenes y la brutalidad de los soldados aumentaban. Dos soldados borrachos, uno de ellos oficial, invadieron la casa de un ranchero mientras éste y su esposa estaban fuera, hicieron proposicio-

nes deshonestas a dos niños, rompieron baúles para abrirlos y robaron todo lo que había de valor. Aunque se presentó una queja no fueron castigados. En la colonia de Pryor, un huelguista croata llamado Andrew Colnar escribió una carta a uno de sus compatriotas, que era rompehuelgas, pidiéndole que se uniera al sindicato. La milicia arrestó a Colnar, lo llevó al campamento y lo puso a cavar un hoyo en la tierra bajo la vigilancia de guardias armados. Le dijeron que estaba cavando su propia tumba y que sería fusilado al amanecer. Asombrado y aterrado, el pobre hombre pidió que se le permitiera ver a su familia por última vez. Le dijeron que no podía, y que si no cavaba su propia tumba sería fusilado inmediatamente. Colnar se desvaneció en el hoyo que había cavado y cuando recobró el sentido fue golpeado e injuriado.

Éste parece haber sido uno de los pasatiempos favoritos de la milicia. Tom Ivanitch, un polaco, fue sacado a empujones del tren en Ludlow de camino a Trinidad y se le dijo que cavara su tumba. No había cargos contra él (los soldados dijeron que lo hicieron por diversión) pero se le permitió escribir su última carta; es ésta:

Querida esposa:

Mis mejores saludos de tu esposo a ti y a mi hijo y a la hermana Mary y a la pequeña Kate y a mi hermano Joe. Estoy bajo arresto y no soy culpable y hoy he de cavar mi propia tumba. Ésta será mi última carta, querida esposa. Vean por mis hijos, tú y mi hermano Joe. Yo ya no existiré a menos que Dios me ayude. Con este mundo en que los hombres tienen que morir inocentes y yacer en la tierra y Dios bendiga la tierra donde yaceré.

Estamos cavando la tumba entre las tiendas y la calle. Querida esposa y hermano Joe, les digo que vean por mis niños. Mis mejores saludos a ti y a los niños y al hermano Joe y a la suegra y a la cuñada Mary Smiljimie y a todos los vivos. Si no voy esta noche a Trinidad y veo a los jefes y veo si algo se puede hacer por nosotros. Yo creo que será demasiado tarde. No sé qué más escribir, para decir adiós para siempre. Ahora veo que habré de entrar en la tumba. Dios haga justicia. Tengo \$5 para ponerlos en la carta si alguien no se los roba. Tengo \$23.30 de Domenic Smircich. Estaba escrito en un libro. Que Joe se encargue de todo. Mis mejores saludos a todos los que conozco si todavía están vivos.

Tu esposo Tom Ivanitch.

Estoy triste, mi corazón está roto esperando el último minuto. Cuando tengas el dinero de la sociedad para los niños divídelo equitativamente.

Y hay otra carta de un italiano a quien se le infligió el mismo trato.

Querida Louisa:

Todo el cariño del destrozado corazón de Carlo. Ésta es la última carta que escribo. Es todo lo que tengo que decir. Tristeza. Adiós, adiós.

El 23 de enero, las mujeres y los niños de los huelguistas desfilaron en Trinidad para protestar contra el encarcelamiento de Mamá Jones, que esta-

ba entonces en el hospital San Rafael. Desfilaron bastante alegres, cantando y riéndose, hasta que dieron vuelta hacia la calle principal. Ahí, repentinamente, un cuerpo de caballería militar bloqueaba el camino.

— ¡Váyanse a sus casas! — gritaron. — ¡Disuélvanse! ¡Regresen! ¡No pueden pasar por aquí!

Las mujeres se detuvieron, indecisas; luego avanzaron, y el cuerpo de caballería avanzó lentamente sobre ellas, con los sables desenvainados. Todo el odio de los trabajadores por la milicia surgió en estas mujeres. Comenzaron a burlarse y a gritar:

— ¡Acarreadores de esquiroles! ¡Baldwin-Felts!

Los soldados se abalanzaron sobre ellas, arreándolas. El propio general Chase los mandaba; gritaba los peores insultos. Una muchacha pequeña de dieciséis años se puso en el camino del general. Éste pasó junto a ella y le pateó violentamente en el pecho. Furiosa, llena de rabia, ella le dijo que tuviera cuidado con lo que hacía. Otro soldado galopó hacia ella y la golpeó con su sable. Un quejido y un grito surgió de las mujeres. El caballo del general Chase se encabritó de repente y el general cayó al suelo. Las mujeres estallaron en una carcajada.

— ¡Carguen sobre ellas! ¡Carguen sobre las mujeres! — gritó el general; y así lo hicieron.

El propio general Chase le abrió la cabeza a una mujer con su espada. Los cascos herrados de los caballos golpearon a mujeres y niños, derribándolos. Empavorecida, la multitud corrió por la calle; los soldados iban entre ellas, golpeando y aullando como locos. Se bajaron de sus caballos y se arrojaron como locos al ataque, con los puños, derribando mujeres y arrastrándolas por la calle. Ese día la cárcel estuvo de bote en bote con más de un centenar de prisioneros militares.

Hacia fines de febrero, un subcomité de la Comisión de Minas y Minería del Congreso de Estados Unidos llegó a Trinidad para investigar la huelga. Entre otras cosas, los testigos hicieron los cargos más impresionantes contra la milicia. El capitán Danks, abogado por la milicia, prometió que llevaría abundantes testimonios para refutar esos cargos; pero al término de la audiencia no había recusado ni uno solo.

El último día de la investigación, el 9 de marzo, un rompehuelgas fue hallado muerto cerca de la colonia de Forbes. Al día siguiente la milicia, bajo el mando del coronel Davis, fue a Forbes y destruyó completamente la colonia de los huelguistas: derribó las carpas, destrozó los muebles y ordenó a los huelguistas que salieran del estado en un plazo de cuarenta y ocho horas. Davis dijo que tenía órdenes del general Chase de “limpiar esa colonia”, pues los huelguistas de Forbes habían sido los principales testigos de la brutalidad militar ante el Comité Parlamentario. Más de cincuenta huelguistas y sus familias quedaron a la aventura bajo el frío más duro del invierno, sin casas a donde ir y sin nada que comer. Dos bebés murieron por estar a la intemperie.

Varios días más tarde, la milicia atrapó a diez hombres de la colonia de Ludlow que habían testificado contra ellos y los hizo marchar hasta Berwind. Ahí, los golpearon y los pusieron contra un muro de piedra, les apuntaron con un cañón, les prohibieron hacer el menor movimiento y los herían con bayonetas cuando se movían. Los tuvieron ahí, de pie, amenazando con fusilarlos, durante cuatro horas, y luego trajeron un látigo de cuero y los fustigaron a todo lo largo de la cañada, mientras los seguían al galope. Un viejo minero llamado Fyler estaba al final tan exhausto que ya no pudo correr. Se detuvo, y

cuatro soldados cayeron sobre él y lo golpearon tanto que tuvo que arrastrarse hasta Ludlow sobre sus manos y rodillas.

Evidentemente, se estaba haciendo todo lo posible para exasperar a los huelguistas. En cuatro ocasiones la milicia hizo un simulacro de pesquisar la colonia de Ludlow en busca de armas. Colocaban dos ametralladoras del otro lado de la vía del ferrocarril apuntadas hacia la colonia, e irrumpían entre las tiendas, sacaban a los hombres y los alineaban sobre la planicie abierta, a kilómetro y medio, bajo otra ametralladora, mientras los soldados entraban en el campamento robando todo objeto de valor que encontraban, levantando los pisos, rompiendo puertas e insultando a las mujeres.

No quiero decir que los huelguistas no resintieran este reino de terror; pero sí quiero decir que no cometieron ninguna violencia contra los milicianos excepto burlarse de ellos e insultarlos. No obstante, se les llevó a tal extremo de exasperación que ni siquiera sus líderes podían prometer controlarlos durante mucho tiempo. Sus casas destruidas e invadidas, sus mujeres asaltadas, robadas e insultadas y golpeadas a cada rato, decidieron que ya no se someterían más. El general Chase se rehusó a que se reconstruyera la colonia de tiendas de Forbes, y los huelguistas amenazaron con hacerlo de todas maneras; y esta vez —dijeron— estarían preparados a resistir de tal manera que la milicia no destruiría sus casas sin antes matarlos. Entonces, frenéticamente, a lo largo de los ochenta kilómetros de las colonias de tiendas, los huelguistas empezaron a comprar armas. Y, de repente, el 23 de marzo, la milicia se retiró del campamento.

Los 250 mil dólares adelantados por la Denver Clearing House para pagar a los soldados se habían

agotado hacía ya tiempo. Mas aún, el auditor del estado, Kenehan, había hecho una investigación, y descubrió tan impresionantes peculados y deshonestidades entre oficiales y tropa que se negó a reconocer las letras de adeudo. Muchos soldados se amotinaban porque no habían recibido su paga. Los guardias mineros, en uniforme, andaban por todos lados contrayendo deudas y firmando cuentas que el Estado les pagaría. No había la menor disciplina. Los oficiales no podían controlar a sus hombres.

Pero antes de irse se formaron dos compañías de la milicia: la Compañía B en Walsenburg y la Tropa A en Trinidad. Estos cuerpos estaban compuestos casi enteramente por guardias mineros y detectives de Baldwin-Felts. Les pagaban las compañías carboneras. Los rompehuelgas más curtidos de las otras compañías se alistaron en una nueva compañía —curiosamente llamada Compañía Q— que tenía su cuartel general en Ludlow. Estas tres compañías se quedaron en el campamento. Muchos de estos hombres eran rompehuelgas profesionales que iban a trabajar en las minas con uniforme militar, y dejaban sus armas en la entrada.

El domingo 19 de abril fue la Pascua Griega y los griegos de la colonia de Ludlow la celebraron. Todo el mundo celebró con ellos, porque a los griegos los querían todos los huelguistas. Había cerca de cincuenta, todos jóvenes y todos sin familia. Algunos de ellos eran veteranos de la guerra de los Balcanes. Louis Tikas, graduado de la Universidad de Atenas, era el más amable, el más valiente y el más querido de los griegos y por todo ello se convirtió también en el líder de los huelguistas...

Era un hermoso día, la tierra estaba seca y el sol brillaba. Al amanecer la gente de Ludlow ya estaba en pie, de fiesta por las tiendas. Los griegos empezaron a bailar a la salida del sol. Se negaron a

entrar en la Gran Tienda, pero en un cuadrado de tierra bañado por el sol clavarón sus banderas; sacaron sus vestidos nacionales del fondo de los baúles y toda la mañana bailaron danzas griegas. En el diamante de beisbol se desarrollaban dos juegos, uno para las mujeres y otro para los hombres. Dos equipos de mujeres habían decidido jugar; y los griegos les dieron pantalones a las jugadoras como regalo de Pascua. Así, con risas y gritos, todo el campamento se dio a la fiesta. Los niños andaban por todos lados, jugando sobre la hierba nueva de la llanura.

A la mitad de los juegos de beisbol, cuatro soldados llegaron a través de la vía del ferrocarril con rifles en mano. Ahora bien, se había hecho una costumbre que los soldados vinieran a ver jugar a los huelguistas; pero nunca antes habían traído sus armas. Caminaron hasta el diamante de los hombres y tomaron una posición entre la primera base y el plato de *home*, apuntando sus rifles, con insolencia, sobre la multitud. Los huelguistas no les prestaron atención por un rato, hasta que vieron que los soldados estaban precisamente en la línea donde los corredores tenían que pasar, por lo que interferían el juego. Uno de los hombres protestó y les pidió que se movieran a un lado de modo que los corredores pudieran pasar. También dijo que no había necesidad de que apuntaran sus rifles a la multitud. Los soldados respondieron insolentemente que eso “no era su maldito asunto”, y que si decía una palabra más empezarían algo. Así que los hombres tranquilamente movieron su diamante y siguieron jugando. Pero los soldados andaban buscando bulla, así que fueron al juego de las mujeres. Las mujeres, sin embargo, no eran tan contenidas como los hombres. Se burlaron de los guardias, llamándolos “acarreadores de esquiroles”, y les dijeron que no las asustaban las

armas, y que dos mujeres con una cerbatana los matarían de un susto.

— Está bien, muchachitas — contestó uno de los soldados. — Ustedes se divertieron hoy; mañana nos divertiremos nosotros...

Poco después de esto, se fueron.

Cuando el juego de beisbol terminó, los griegos sirvieron el almuerzo para toda la colonia. La vieja tienda de reuniones no fue suficiente para ellos en su gran fiesta. Con magnificencia, enviaron a Trinidad a comprar nuevas tiendas para la ocasión; tiendas que nunca antes se habían usado. Había cerveza para los hombres y café para las mujeres; y cuando un griego bebía se levantaba y cantaba una canción griega en vez de hacer un brindis. Todos estaban muy felices, porque ése era el primer día de verdadera primavera que tenían. En la noche hubo un baile; y como a las diez, llegó un hombre y les dijo a los demás, en un susurro, que la milicia andaba a caballo, silenciosamente, por la colonia y escuchaba junto a las paredes de las tiendas.

El baile se detuvo. Durante varios días, habían llegado hasta los huelguistas rumores — y hasta amenazas — de que la milicia tenía intención de barrer con ellos. En la oscuridad, los que tenían armas se reunieron en la tienda que servía de oficina. Había cuarenta y siete hombres. Decidieron no decir nada a las mujeres y niños; en primer lugar, porque si iba a haber una pelea, la milicia no atacaría la colonia de tiendas, sino que permitiría a los huelguistas salir a la planicie abierta, como había sucedido en el otoño, y los combatiría allí; en segundo lugar, habían ya ocurrido tantas de esas amenazas y nada había sucedido... Pero de todos modos montaron guardia alrededor del campamento esa noche; y cuando llegó la

mañana todo estaba tranquilo, así que regresaron a las tiendas a dormir.

Hacia las 8:45, los mismos soldados que habían interrumpido el juego de pelota el día anterior entraron a fanfarronear en el campamento. Iban — dijeron — por un hombre que era retenido contra su voluntad por los huelguistas. Tikas los recibió. Les aseguró que no había ningún hombre con ese nombre en la colonia; pero ellos insistieron en que Tikas mentía y que si no les entregaba al hombre de inmediato regresarían con un escuadrón y registrarían la colonia.

Inmediatamente después, el mayor Hamrock llamó a Tikas por teléfono y le ordenó ir al campamento de la milicia. Tikas le contestó al mayor que lo encontraría en la estación del ferrocarril, que estaba a medio camino entre los dos campamentos, y Hamrock dijo que estaba bien. Pero cuando Tikas llegó ahí advirtió que la milicia se estaba abrochando las cartucheras y tomando los rifles; que por todos lados había como una actividad guerrera, y que dos ametralladoras de las que cubrían la colonia de tiendas habían sido emplazadas en Water Tank Hill. De repente estalló una bomba-señal en el campamento militar. Los huelguistas vieron también las ametralladoras y oyeron el sonido de la bomba; y cuando Tikas llegó a la estación del ferrocarril vio a los cuarenta y siete hombres armados dejar la colonia de tiendas y desfilar hacia el paso del ferrocarril y el arroyo.

— ¡Dios mío, mayor! ¿Qué quiere decir esto? — exclamó Louis. Hamrock parecía muy inquieto.

— Usted desmovilice a sus hombres — dijo nerviosamente —, y yo desmovilizo a los míos.

— Pero mis hombres nada hacen — repuso Louis. — Están asustados con esas ametralladoras sobre la colina.

— Bueno, entonces llámelos de regreso a la colonia — gritó Hamrock.

Y Louis regresó en un santiamén a las tiendas, agitando un pañuelo blanco y gritando que regresaran. Estalló una segunda bomba. Él había recorrido medio camino, y los huelguistas detuvieron su marcha, cuando estalló la tercera bomba; y de pronto, sin aviso, las ametralladoras empezaron a repiquetear cerradamente sobre las tiendas.

Fue algo premeditado y sin piedad. Los soldados me dijeron que sus ordenes eran destruir la colonia de carpas y cualquier ser viviente que hubiera en ella. Las tres bombas fueron una señal para los guardias mineros y los detectives de Baldwin-Felts y para los rompehuelgas de las minas vecinas; irrumpieron, bajando de las colinas totalmente armados: eran cuatrocientos.

Súbitamente, la terrible tempestad de plomo de las ametralladoras hizo trizas la tela de las tiendas, y produjo un pánico espantoso. Algunas mujeres y niños huyeron hacia la planicie para alejarse de la colonia. Fueron balaceados mientras corrían. Otros, con los hombres desarmados, buscaron refugio en el arroyo hacia el norte. La señora Fyler llevó a un grupo de mujeres y niños, bajo el fuego, al pozo profundo de la bomba del ferrocarril, donde bajaron por unas escaleras. Otros incluso se deslizaron dentro de las guaridas a prueba de balas que habían cavado en las tiendas.

Los hombres armados, aterrados por lo que sucedía, fueron hacia la colina; pero fueron rechazados por una descarga de balas. Entonces los guardias mineros entraron en acción disparando balas expansivas que estallaban con el ruido de un revólver a través de las tiendas. Las ametralladoras no se callaban. Tikas había salido con los griegos, pero regresó

en un intento desesperado de salvar a algunos de los que habían permanecido y resistió en la colonia todo el día. Él y la señora Jolly, esposa de un huelguista norteamericano, Bemado —líder de los italianos— y Domeniski —líder de los esclavos— llevaron agua, comida y vendajes a los aprisionados en los sótanos. No hubo un solo disparo desde la colonia. Ningún hombre tenía armas. Tikas pensó que las balas expansivas eran el sonido de disparos hechos desde las tiendas, y salió corriendo como loco a decirle al tonto que parara. Pasó una hora antes de que descubriera qué era lo que hacía el ruido.

La señora Jolly se puso un vestido blanco; Tikas y Domeniski hicieron grandes cruces rojas y las pusieron en el pecho y los brazos del vestido. La milicia las usó como blanco. El vestido fue desgarrado en una docena de lugares, y el tacón de su zapato fue alcanzado también. Tan despiadado era el fuego por donde ella iba que la gente tuvo que rogarle que se mantuviera lejos de ellos. Impávidos, ella y los tres hombres hicieron sandwiches y sacaron agua para llevar a las mujeres y los niños.

Esa mañana, temprano, se enganchó un tren blindado en Trinidad y lo abordaron 126 soldados de la Tropa A. Pero los ferrocarrileros se negaron a llevarlos; no fue sino hasta las tres de la tarde cuando finalmente hallaron una tripulación que condujera el tren. Llegaron a Ludlow hacia las cuatro, y agregaron sus dos ametralladoras al terrible fuego que se vomitaba incesantemente sobre la colonia de tiendas. Un destacamento sacó lentamente a los huelguistas de su posición en el arroyo, y otro intentó en vano desalojar a los del ferrocarril. El teniente Linderfelt, al mando de ocho soldados que disparaban desde las ventanas de la estación del ferrocarril, les ordenó que “dispararan sobre cualquier maldita

cosa que se mueva". El capitán Carson llegó con el mayor Hamrock y le recordó respetuosamente que sólo les quedaban unas horas de luz para quemar la colonia de tiendas.

—¡Quémenlos! ¡Llénenlos de humo! —aullaron los oficiales.

Y los hombres lanzaron muerte sobre las tiendas con un furioso arrebató de sed de sangre.

Estaba oscureciendo. La milicia apretó el cerco en torno a la colonia. A las 7:30, un soldado con una cubeta de kerosén y una escoba corrió hacia la primera tienda, la empapó abundantemente y le acercó un fósforo. Las llamas estallaron e iluminaron el campo. Otros soldados cayeron encima de otras tiendas; en un minuto toda la esquina noroeste de la colonia ardía. Un tren de carga llegó en ese momento con órdenes de pararse a un lado de la bomba de la estación; y las mujeres y los niños en el pozo aprovecharon la ventaja de la protección del tren para salir a lo largo de la valla de acero hacia el refugio del arroyo, gritando y llorando. Una docena de soldados saltó a la cabina del maquinista y le pusieron sus armas en la cara, gritándole que se moviera o lo mataban. Obedeció; y a la luz vacilante de las tiendas en llamas la milicia disparó sobre los refugiados una y otra vez. Al primer brote de las llamas los aterrorizados huelguistas dejaron de disparar; pero la milicia no. Corrían entre las tiendas, gritando con la furia de la destrucción, rompiendo baúles abiertos y saqueando.

Cuando se inició el fuego, la señora Jolly fue de tienda en tienda para sacar a mujeres y niños de las guaridas y llevárselos hacia la planicie. De pronto recordó que la señora Petrucci y sus tres hijos estaban en el refugio debajo de su tienda y regresó a sacarlos.

—No —dijo Tikas—, vaya usted con ese grupo. Yo voy a regresar por los Petrucci. —El soldado sacó el cadáver por el cuello, lo arrojó por tierra y dijo:

—¡Ahí tienes! ¡Llévate tú mismo esa maldita cosa!

La noticia corrió de norte a sur como un trazo de pólvora. En tres horas todos los huelguistas a ochenta kilómetros a la redonda sabían que la milicia y los guardias mineros habían quemado a las mujeres y los niños. La noche del lunes fueron —con todas las armas de las que pudieron echar mano— a la escena de los hechos en Ludlow. Toda la noche los caminos se llenaron con multitudes enardecidas de hombres armados que se dirigían a Black Hills. Y no sólo fueron huelguistas. En Aguilar, Walsenburg y Trinidad, empleados, taxistas, choferes, maestros de escuela y hasta banqueros tomaron sus armas y fueron al frente. Fue como si el fuego iniciado en Ludlow hubiera puesto en llamas a toda la región. A lo largo del estado, los sindicatos y las ligas de ciudadanos se apasionaron, horrorizados, y abiertamente recolectaron dinero para comprar armas para los huelguistas. Colorado Springs, Pueblo y otras ciudades fueron la escena de grandes mítines de ciudadanos que pedían al gobernador que solicitara al presidente las tropas federales. Mil setecientos mineros de Wyoming se armaron y telegrafiaron a los líderes de la huelga que estaban listos para marchar en su ayuda. El sindicato recibió cartas de vaqueros, ferrocarrileros y oficinas locales de la IWW que representaba a cientos de trabajadores que ofrecían marchar a través del país para ayudar. Quinientos mineros de Cripple Creek dejaron las minas y se encaminaron hacia el este, rumbo a Black Hills...

Mientras tanto, en Ludlow la milicia estaba enloquecida. Todo el día mantuvieron funcionando las

ametralladoras sobre la chamuscada y ennegrecida colonia de tiendas. Todo lo vivo atraía una tempestad de disparos: pollos, caballos, ganado o gatos. Un automóvil venía por el camino vecinal. En él iban un hombre, su esposa y su hija, que viajaban de Denver a Texas. Ni siquiera sabían que había una batalla. Los soldados apuntaron una ametralladora sobre el auto durante tres kilómetros, le dispararon al techo y acibillaron el radiador. A un reportero, Linderfelt le gritaron:

— Mataremos a todos los malditos y desharrapados huelguistas y nos encargaremos de cada desgraciado simpatizante del sindicato en este distrito antes de terminar.

Carros mortuorios enviados por el sindicato desde Trinidad para recoger los cuerpos de las mujeres y los niños fueron atacados con tal furia que tuvieron que regresar. Se vio a los soldados arrojar cadáveres sobre las ruinas todavía ardientes de las tiendas.

Los huelguistas también estaban frenéticos. Los Trabajadores Mineros Unidos hicieron un llamado a las armas. Durante el día disparaban desde lo alto de las colinas en forma creciente; por la noche, cavaban trincheras: cada vez se acercaban más y más a las posiciones de la milicia. El miércoles, el mayor Hamrock llamó a los guardias mineros de Aguilar:

— ¡Por Dios, hagan algo! — dijo. — Están cayendo sobre nosotros de todas las colonias de tiendas. Todos los huelguistas de Aguilar están aquí, y ustedes tienen que arreglárselas para que regresen allá.

Así que los guardias dispararon una descarga sobre las tiendas de Aguilar desde las ventanas del comedor de la Empire Mine. El efecto fue asombroso. Trescientos furiosos huelguistas, y gente del pueblo salieron de la ciudad y se dirigieron hacia las minas. Gritando, corrieron hasta donde estaban los

guardias mineros armados con rifles. Era imposible oponerles resistencia. En Royal y la No. 9 los guardias y los rompehuelgas volaron hacia las colinas.

Los huelguistas irrumpieron y tomaron posesión, quemaron el malacate, destruyeron las casas y destrozaron la maquinaria con las culatas de sus rifles. En Empire el superintendente general de la compañía y algunos guardias buscaron refugio en la mina. Los huelguistas los encerraron ahí, volaron el mecanismo del malacate y arrasaron cincuenta casas de modo tan completo que después no podía uno decir dónde se levantaban.

A todo lo largo de la línea ocurría lo mismo. Las casas de los huelguistas en Canyon City fueron barriadas con una ametralladora. Los huelguistas tomaron las minas de Sunnyside y Jackson, y fundieron la ametralladora hasta dejarla convertida en chatarra, aunque no causaron otros daños. En Rouse y en Rugby, cuatrocientos mineros atacaron las minas.

Dos días después del incendio de Ludlow, la milicia permitió a un reportero, algunas enfermeras de la Cruz Roja y al reverendo Randolph Cook de Trinidad, buscar entre las ruinas de la colonia. La batalla continuaba y los soldados se divertían disparando sobre las ruinas lo más cerca posible de los investigadores. De la guarida debajo de la tienda de la señora Petrucci —que Louis Tikas había tratado tan desesperadamente de alcanzar— sacaron los cuerpos de once niños y dos mujeres, una de las cuales dio a luz un hijo póstumo. No había señales de fuego en la guarida, pero muchos de los cuerpos estaban muy quemados. La verdad es que fueron quemados en sus tiendas: varios soldados me confesaron que los gritos aterrorizados de mujeres y niños continuaron todo el tiempo que ellos saqueaban la colonia.

Los soldados los lanzaron dentro de ese hoyo, junto con otros que habían muerto de asfixia por el humo.

Pero cuando el socorro volvió a Trinidad se les dijo que aún seguían perdidos muchos otros cuerpos, y un huelguista les informó que cerca de la esquina noreste había un sótano en el cual habían perecido dieciocho personas.

Así que regresaron el sábado. En esos momentos la milicia ya había regresado a su campamento, y el general Chase estaba al mando. Les dio la bienvenida cordialmente y les preguntó si tenían la autorización de la Sociedad de la Cruz Roja para llevar su bandera. Le dijeron que sí la tenían. El general Chase les pidió cortésmente que esperaran un minuto mientras se comunicaba con Denver y averiguaba. Pronto regresó.

— Está bien — dijo. — Telefoneé a Denver, pueden ustedes proceder.

Regresaron hacia la colonia de tiendas. Chase los siguió desde su tienda con binoculares de campo y cuando se acercaron al lugar donde pensaban que estaban los cuerpos, despachó dos soldados para que los trajeran de regreso. El general estaba furioso. Sin darles ninguna razón, los puso bajo arresto por dos horas, custodiados por soldados. Al término de ese tiempo, los llevaron, en fila, frente al escritorio del general.

— ¡Todos ustedes son unos malditos impostores! — gritó agitando un telegrama. — Acabo de investigar en Denver que no tienen autorización para llevar la bandera de la Cruz Roja. ¿Qué demonios pretenden viniendo aquí a tratar de verme la cara?

El reverendo Cook se aventuró a protestar que ése no era lenguaje adecuado frente a las damas.

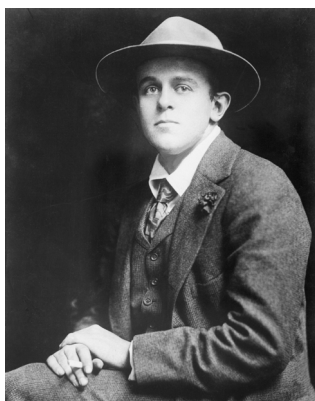
— ¡Padrotes, predicadores y prostitutas, son todos iguales para mí! — repuso el general. — Lá-

guense de aquí, váyanse a Trinidad y no vuelvan a acercarse por aquí.

Y era verdad que la Sociedad de la Cruz Roja de Denver, por miedo a ofender a los funcionarios del carbón, telefoneó a Trinidad luego de que el grupo salió hacia Ludlow, y revocó su autorización de usar la bandera. Esa noche, el ferrocarril desembarcó un cargamento de cal viva en el campamento de la milicia, y se abrieron varios pozos fuera de uso en el vecindario. De hecho, los huelguistas mismos no tienen idea de cuánta gente fue asesinada en Ludlow...

El gobierno estatal de Colorado se vio incapaz de manejar la situación. En el momento de entregar esto a la imprenta, la legislatura, llamada a sesión extraordinaria por el gobernador para tratar el problema, había postergado el tema sin hacer un mínimo intento por encontrar una solución. La maquinaria de las compañías carboneras en la Cámara de Diputados y en el Senado, mató cualquier intento de legislación de remedio, pero se coludieron para apoyar un decreto que autorizaba fondos por un millón de dólares para pagar a la milicia y los guardias mineros su espléndida labor matando trabajadores y quemando mujeres y niños.

Quiero añadir un solo dato significativo para beneficio de quienes piensan que Mr. Rockefeller y los funcionarios del carbón son inocentes, aunque estén equivocados. Se dice que en la triunfante conclusión de la sesión legislativa, la señora Welborn —esposa del presidente de la Compañía de Acero y Hierro de Colorado—, comentó a sus amigas el “encantador telegrama” que su esposo recibió de John D. Rockefeller Jr. Decía, de acuerdo con la señora Welborn: “Felicitaciones de corazón por su victoria sobre la huelga. Apruebo sinceramente todas sus acciones, y alabo el espléndido trabajo de la legislatura”.



John Reed

Nació el 22 de octubre de 1887 en Portland, Oregón (Estados Unidos). Cursó estudios en la Universidad de Harvard. En 1911 viajó a México como corresponsal de guerra del *Metropolitan Magazine*, donde sus entrevistas y reportajes sobre la Revolución tuvieron un gran éxito. Dos años después trabajó para el periódico radical *The Masses*. Acompañó a Francisco Villa en sus ataques por el norte de México, convivió con los soldados y conoció a Venustiano Carranza, presidente de este país. Todas sus impresiones sobre la Revolución Mexicana las recogió en un libro titulado *México insurgente*. Además escribió sobre las huelgas de los mineros de Colorado (Estados Unidos) en 1914 y, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, volvió a trabajar como corresponsal de guerra. En 1916 escribe *La guerra en el este de Europa*. Durante su visita a Rusia, entabló amistad con Lenin y presenció la toma del poder por parte de los bolcheviques en Petrogrado (hoy San Petersburgo) en 1917. Su obra más famosa es *Diez días que estremecieron al mundo*, relato sobre la Revolución bolchevique. A su regreso a Estados Unidos, junto con otros miembros, fue expulsado del Congreso Socialista Nacional de agosto de 1919. El grupo disidente formó el Partido Comunista de Estados Unidos. Acusado de espionaje, escapó a la Unión Soviética. Murió el 17 de octubre de 1920 en Moscú y fue enterrado en el Kremlin junto a otros líderes bolcheviques.

Sviyazhsk

LARISA REISSNER

CUANDO DOS CAMARADAS que trabajaron juntos en el año 1918, que combatieron en Kazán contra los checoslovacos, y después en los Urales o en Samara y Tsaritsin, se encuentran muchos años después, tras intercambiar las primeras preguntas, uno de los dos siempre termina por decir:

“¿Te acuerdas de Sviyazhsk?” Y entonces vuelven a estrecharse las manos.

¿Qué es Sviyazhsk? Hoy es una leyenda, una de esas leyendas revolucionarias cuya crónica nadie ha escrito aún, pero que se cuentan una y otra vez de un confín al otro de la inmensidad rusa. Ningún antiguo soldado del Ejército Rojo que haya estado entre los veteranos, entre los fundadores del Ejército Obrero y Campesino, cuando de vuelta en casa recuerde los tres años de la Guerra Civil, pasará jamás por alto la insigne epopeya de Sviyazhsk, esa encrucijada a partir de la cual la ofensiva revolucionaria comenzó a extenderse cual marejada hacia los cuatro puntos cardinales. Al este, hacia los Urales; al sur, hacia el mar Caspio, el Cáucaso y las fronteras de Persia; al

norte hacia Arcángel y Polonia. No de golpe, claro está, no simultáneamente, pero fue sólo a partir de Sviyazhsk y Kazán que el Ejército Rojo se cristalizó para asumir esas formas militares y políticas que, tras una serie de cambios y perfeccionamientos, se han vuelto clásicas en la RFSSR (República Federal Socialista Soviética de Rusia).

El 6 de agosto (de 1918) numerosos regimientos formados a toda prisa huyeron de Kazán. Los mejores elementos entre ellos, el sector con mayor conciencia de clase, se aferraron a Sviyazhsk; ahí se detuvieron y resolvieron oponer resistencia, combatir. Para cuando las hordas de desertores que habían huido de Kazán se aproximaban a Nizhny Nóvgorod, la barrera erigida en Sviyazhsk ya había detenido a los checoslovacos; su general, quien intentó tomar por asalto el puente ferroviario que cruzaba el Volga, murió durante el ataque nocturno. Así, desde el primer choque entre los blancos, que acababan de tomar Kazán y por lo tanto venían con la moral más alta y mejor equipados, y el núcleo del Ejército Rojo que trataba de defender la cabeza de puente al otro lado del Volga, la ofensiva de los checoslovacos quedó decapitada: con la muerte del general Blagotic, perdieron a su jefe más capaz y popular. Ni los blancos, en el arrebató de sus victorias recientes, ni los rojos, replegados en torno a Sviyazhsk, sospechaban siquiera la importancia histórica que adquirirían aquellas primeras escaramuzas.

Es muy difícil transmitir la importancia militar de Sviyazhsk sin tener a mano los materiales necesarios, sin un mapa y sin el testimonio de los camaradas que formaban las filas del V Ejército en aquel entonces. He olvidado muchas cosas: las caras y los nombres van y vienen como en la niebla. Pero hay algo que nadie olvidará jamás: la tremenda

sensación de responsabilidad por la defensa de Sviyazhsk. Fue eso lo que mantuvo unidos a todos los defensores, desde los miembros del Consejo Militar Revolucionario hasta el último de los soldados rojos en busca desesperada de su regimiento en retirada, perdido en algún lugar; el soldado que había dado media vuelta, hacia Kazán, dispuesto a combatir hasta el final con un viejo fusil en la mano y una determinación fanática en el corazón. Todo el mundo comprendía la situación así: otro paso atrás abriría el Volga al enemigo hasta Nizhny (Nóvgorod) y por tanto abriría también la ruta a Moscú .

Continuar la retirada habría sido el principio del fin, la sentencia de muerte de la República de los Soviets. Ignoro hasta qué punto esto era cierto desde el punto de vista estratégico. Si se hubiera replegado aún más, quizás el Ejército habría podido consolidar un puño similar en alguno de los incontables puntos negros que salpican el mapa y a partir de ahí, llevar su estandarte a la victoria. Pero desde el punto de vista de la moral del Ejército era indudablemente cierto. Y en la medida en que retirarse del Volga significaba en ese momento el colapso total, en esa medida la posibilidad de resistir, con nuestras espaldas contra el puente, nos infundía una esperanza tangible.

La ética revolucionaria había formulado esta situación compleja de la manera más sucinta: retroceder significaba permitirle a los checos marchar hasta Nizhny y Moscú. En cambio, si Sviyazhsk y el puente resistían, el Ejército Rojo volvería a conquistar Kazán.

LA LLEGADA DEL TREN DE TROTSKY

Me parece que fue al tercer o cuarto día tras la caída de Kazán cuando Trotsky llegó a Sviyazhsk. Su tren llegó a la pequeña estación con la obvia intención de

permanecer ahí mucho tiempo; la locomotora jadeó un poco, la desacoplaron y partió a saciar su sed, pero no regresó. Los vagones permanecían alineados, tan inmóviles como las sórdidas chozas de paja campesinas y las barracas que ocupaba el Estado Mayor del V Ejército. Su inmovilidad subrayaba en silencio que no había a dónde ir, y que era impermisible partir.

Poco a poco, la creencia fanática de que esta pequeña estación se convertiría en el punto de partida de una contraofensiva sobre Kazán comenzó a cobrar realidad.

Cada día que pasaba iba fortaleciendo y animando a aquel apartado miserable y olvidado de Dios, que resistía ante un enemigo tan superior. De algún lugar en la retaguardia, de las aldeas perdidas del interior, empezaron a llegar soldados, primero de uno en uno, luego diminutos destacamentos y finalmente formaciones militares en un estado de conservación muy superior.

Aún puedo ver aquel Sviyazhsk donde ni un soldado se batió “bajo coacción”. Todo cuanto ahí había de viviente y se batía en defensa propia, todo ello se mantenía unido por las más fuertes relaciones de disciplina voluntaria, de participación voluntaria, en aquella lucha que al principio parecía tan irremediabilmente perdida.

Aquellos seres humanos que dormían en el suelo de la estación, en chozas mugrientas llenas de paja y trozos de vidrio, apenas tenían esperanzas de victoria, y por ello no temían a nada. A nadie le interesaba especular sobre el momento y la manera en la que aquello “terminaría”. El “mañana” simplemente no existía; sólo había un breve espacio de tiempo caliente y humoso: **el hoy**. Y de él se vivía, como se vive en tiempo de cosecha.

Mañana, medio día, tarde, noche: cada hora se explotaba al máximo; cada hora debía vivirse y utilizarse hasta el último segundo. Había que seccionar cada hora cuidadosa y finamente, como se siega el trigo maduro en el campo hasta la raíz. Cada hora parecía tan plena, tan diferente de toda la vida anterior que, no bien se desvanecía, cobraba la apariencia de un milagro. Y en efecto lo era.

Los aviones iban y venían, dejando caer sus bombas sobre la estación y sobre los vagones del tren. El detestable ladrido de las ametralladoras y las parsimoniosas sílabas de la artillería se acercaban por momentos para volver a alejarse. Y, mientras tanto, un ser humano ataviado con un andrajoso capote militar, sombrero de civil y botas agujeradas que dejaban ver los dedos de los pies — en pocas palabras, uno de los defensores de Sviyazhsk — sacaba sonriendo un reloj de su bolsillo y concluía para sus adentros:

“Así que es la una y media o las cuatro y media o las seis y veinte. Por lo tanto, sigo vivo. Sviyazhsk resiste. El tren de Trotsky sigue sobre las vías. La luz de una lámpara titila tras la ventana del Departamento Político.

Bien. El día terminó”.

Los abastecimientos médicos faltaban casi completamente en Sviyazhsk. Dios sabe cómo hacían los médicos para vendar las heridas. Pero semejante pobreza no avergonzaba ni asustaba a nadie. Al dirigirse a la cocina en busca de una ración de sopa, los soldados pasaban junto a las camas de los heridos y los moribundos, pero la muerte no les infundía temor alguno. Se le esperaba todos los días, a cada momento. Yacer sobre un capote militar húmedo, con una mancha roja en la camisa, un rostro sin

expresión y un mutismo que ya no era humano era algo que se daba por sentado.

¡Hermanidad! De pocas palabras se ha abusado tanto que se han vuelto patéticas. Pero a veces la hermandad llega, en los momentos de mayor penuria y peligro: abnegada, sagrada, irrepetible en el intervalo de una sola vida. Y nadie puede decir que ha vivido o que sabe algo de la vida si nunca pasó la noche sobre el suelo con la ropa desgastada y llena de piojos, pensando cuán maravilloso es el mundo, ¡cuán infinitamente maravilloso! Que aquí lo viejo fue derrocado y la vida se bate a mano limpia por su verdad irrefutable, por los cisnes blancos de su resurrección, por algo mucho más grande y mucho mejor que este pedazo de cielo estrellado que se muestra a través de la oscuridad azabache de una ventana con los vidrios rotos: por el futuro de toda la humanidad.

Una vez cada siglo se establece contacto y se transfunde sangre nueva. Esas hermosas palabras, esas palabras casi inhumanas en su belleza, y el olor de la transpiración viva, la respiración viva de los que duermen a tu lado sobre el suelo. No hay pesadillas ni sentimentalismo, pero mañana amanecerá y el camarada G., un bolchevique checo, cocinará una tortilla de huevo para toda la "banda", y el jefe del Estado Mayor se pondrá una camisa vieja que lavó por la noche y estará tiesa por la helada. Amanecerá un nuevo día en el que alguno morirá, sabiendo en el último segundo que la muerte no es sino una cosa entre tantas otras y de ningún modo la principal, que una vez más Sviyazhsk resistió y que en la pared sucia sigue escrito con tiza "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

CONTRA LA CORRIENTE

Así transcurrieron, uno tras otro, los lluviosos días de agosto. Las líneas débiles y pobremente equipadas no se replegaron; el puente seguía en nuestras manos, y de la retaguardia, de muy atrás, comenzaban a llegar refuerzos.

Junto a las telarañas otoñales que surcaban el aire se tendieron verdaderos cables de teléfono y telégrafo, y una especie de aparato enorme, pesado y defectuoso comenzó a funcionar en la estación de ferrocarril olvidada de Dios; Sviyazhsk, ese punto minúsculo que apenas puede discernirse en el mapa de Rusia, ese punto del cual, en un momento de huida y desesperanza, la revolución se había aferrado. Allí se reveló todo el genio organizativo de Trotsky, quien logró restablecer las líneas de abastecimiento e hizo llegar a Sviyazhsk nueva artillería y algunos regimientos por sobre vías férreas abiertamente sabotadas; se obtuvo todo lo necesario para la ofensiva inminente. Además, debe tenerse en cuenta que este trabajo debió llevarse a cabo en el año 1918, cuando la desmovilización aún estaba en su apogeo, cuando la aparición en las calles de Moscú de un solo destacamento del Ejército Rojo bien vestido habría causado verdadera sensación. Después de todo, esto exigía nadar contra la corriente, contra el agotamiento de cuatro años de guerra, contra las corrientes impetuosas de una revolución que barría en todo el país con los vestigios de la disciplina zarista y el odio ciego a todo lo que hiciera recordar el ladrido con el que los antiguos oficiales trasmitían sus órdenes, el odio a los cuarteles y a la vieja vida militar.

A pesar de todo ello, los pertrechos aparecían ante nuestros ojos. Llegaban periódicos, llegaban botas y capotes. Y donde se reparten botas — para que uno las conserve —, es que existe un mando firme,

verdaderamente sólido. Ahí las cosas son estables; el Ejército permanece sólidamente atrincherado y la idea de huir no le pasa por la cabeza. ¡Las botas son cosa seria!

En la época de Sviyazhsk no existía aún la Orden de la Bandera Roja, de otra forma se la habría concedido a centenares. Todo el mundo, incluso los cobardes, los nerviosos y los obreros y soldados del Ejército Rojo que eran simplemente mediocres, todos sin excepción llevaron a cabo hechos increíbles y heroicos. Todos se superaron a sí mismos. Igual que las corrientes desbordan sus cauces en primavera, así desbordaban ellos, alegremente, sus capacidades normales.

Tal era la atmósfera. Recuerdo haber recibido, por una casualidad extraordinaria, unas cuantas cartas de Moscú. En ellas se hablaba de cómo la pequeña burguesía se disponía a revivir, eufórica, las grandiosas jornadas de la Comuna de París.

Y, mientras tanto, el frente más avanzado y peligroso de la República pendía de un hilo, de una vía férrea, y ardía, poniendo en marcha una conflagración heroica y sin precedentes que bastaría para tres años más de una guerra famélica, tifoidéica y errante.

LOS HOMBRES QUE LO LOGRARON

En Sviyazhsk, Trotsky, quien logró dar al Ejército recién nacido una columna vertebral de acero, quien se enraizó en el suelo negándose a ceder un solo centímetro de terreno pasara lo que pasara, quien pudo mostrar ante el puñado de defensores una sangre más fría que la de cualquiera, en Sviyazhsk, Trotsky no estuvo solo. Ahí se habían congregado viejos obreros del Partido, futuros miembros del Consejo Militar Revolucionario de la República y de los Con-

sejos Militares de los diversos ejércitos a quienes el historiador futuro se referirá como los mariscales de la Gran Revolución. Rosengoltz y Gussev, Iván Nikitic Smírnov, Kobozev, Mezhlauk, el otro Smírnov y muchos otros camaradas cuyos nombres he olvidado. Entre los marinos, recuerdo a Raskólnikov y al difunto Markin.

Casi desde el primer día, Rosengoltz hizo surgir de su vagón la oficina del Consejo Militar Revolucionario: extraía mapas desvaídos y hacía repiquetear máquinas de escribir — sólo Dios sabe de dónde las había sacado —; en resumen, empezó a construir un aparato organizativo fuerte y geoméricamente perfecto, preciso en sus relaciones, inagotable en su capacidad de trabajo y simple en su estructura.

A partir de entonces, en cualquier ejército y frente, siempre que el trabajo empezaba a atascarse, inmediatamente se enviaba a Rosengoltz, como se traslada en una bolsa a una abeja reina para soltarla en una colmena destruida, e inmediatamente empezaba a construir y a organizar, formando células y haciendo zumbir los hilos del telégrafo. Pese a su capote militar y a la enorme pistola que llevaba al cinto, no podía discernirse nada de marcial en su porte, ni en su rostro pálido y un tanto suave. No era ahí donde residía su tremenda fuerza, sino en su innata capacidad de establecer y renovar contactos, de acelerar un flujo sanguíneo estancado e infectado hasta hacerlo alcanzar velocidades explosivas. Al lado de Trotsky, era como un dínamo constante, bien aceitado y silencioso, cuyas potentes palancas no dejaban de moverse día tras día, tejiendo la red indestructible de la organización.

No recuerdo exactamente qué tipo de trabajo desempeñaba oficialmente Iván Nikitic Smírnov en el Estado Mayor del V Ejército, si pertenecía al

Consejo Militar Revolucionario o si al mismo tiempo encabezaba el Departamento Político; pero, más allá del título o marco de su trabajo, él encarnaba la ética de la revolución. Él era el criterio moral supremo, la conciencia comunista de Sviyazhsk.

Incluso la masa de soldados sin partido y los comunistas que no lo habían conocido antes se percataban inmediatamente de su asombrosa pureza e integridad. Es muy poco probable que él mismo supiera hasta qué punto inspiraba temor, pues nada temía más un soldado que el mostrarse cobarde o débil ante los ojos de aquel hombre, que jamás le alzaba la voz a nadie y que simplemente era siempre el mismo, sereno y valeroso. Nadie imponía tanto respeto como Iván Nikitic. Todo el mundo percibía que, cuando llegara el momento más grave, él sería el más fuerte, el más valiente.

Con Trotsky: era morir en batalla tras haber disparado la última bala; era morir con entusiasmo, sin sentir las heridas. Con Trotsky: era el sagrado sufrimiento de la lucha; palabras y gestos que recordaban las mejores páginas de la Gran Revolución Francesa.

Pero con el camarada Smírnov (así nos parecía entonces y así lo comentábamos murmurando entre nosotros mientras yacíamos acurrucados sobre el suelo durante aquellas noches, ya heladas, del otoño), con el camarada Smírnov uno sentía serenidad absoluta aún estando “contra la pared”, al ser interrogado por los blancos o al verse prisionero en sus mazmorras. Sí, así se hablaba de él en Sviyazhsk.

Boris Danílovich Mijáilov llegó poco después, me parece que directamente de Moscú, o de alguna otra ciudad del centro. Llegó con un abrigo de civil sobre los hombros y en el rostro la expresión brillante y variable de quien acaba de librarse de la prisión o de la gran ciudad.

A las pocas horas, ya se había apoderado de él la salvaje intoxicación de Sviyazhsk. No bien se cambió de ropa, partió en una misión de reconocimiento por los alrededores del Kazán ocupado por los blancos. A los tres días regresó, fatigado, con la cara curtida por el viento y el cuerpo devorado por los omnipresentes piojos. Pero, en recompensa, estaba sano y salvo.

La profunda transformación interna que sufren quienes llegan al frente revolucionario ofrece un espectáculo fascinante: primero se encienden como un cobertizo de paja al que se le prendiera fuego por los cuatro costados, para luego enfriarse hasta quedar convertidos en una única pieza de hierro forjado, uniforme, limpia y resistente al fuego.

El más joven de todos era Mezhlauk Valerian Ivánovich.

A él le había ido particularmente mal. Su hermano menor y su esposa se habían quedado en Kazán y, según se rumoreaba, los habían fusilado. Después se supo que su hermano, en efecto, había muerto, y que su esposa había sufrido horribilmente. En Sviyazhsk no se acostumbraba quejarse ni hablar de las desventuras propias, así que Mezhlauk guardaba un silencio honesto, hacía su trabajo y caminaba en su largo capote de caballería sobre el fango pegajoso del otoño, todo él concentrado en un único punto que le calcinaba: Kazán.

Entretanto, los blancos habían empezado a darse cuenta de que, con su resistencia fortalecida, Sviyazhsk se estaba convirtiendo en algo grande y peligroso. Las escaramuzas y los ataques intermitentes cesaron; comenzó un sitio regular con fuerzas numerosas y bien organizadas por todos lados. Pero ya habían dejado ir el momento oportuno.

El viejo Slavin —comandante del V Ejército que, si bien no era un coronel muy talentoso, conocía su oficio a fondo— se enfocó en un punto clave de la defensa, trazó un plan preciso y lo llevó a cabo con una obstinación verdaderamente letona.

Sviyazhsk se mantenía firme, con los pies clavados en el suelo como un toro que enfilará la alta frente contra Kazán, plantado inconmoviblemente en su sitio y agitando con impaciencia sus cuernos afilados como bayonetas.

Una soleada mañana de otoño, llegaron a Sviyazhsk algunos angostos, ágiles y veloces torpederos de la flota del Báltico. Su llegada causó sensación. El Ejército ya se sentía cubierto por el lado del río. Una serie de duelos de artillería comenzó sobre el Volga, tres o cuatro veces al día. Cubierta por el fuego de las baterías que habíamos ocultado en la ribera, nuestra flotilla ya se aventuraba muy lejos. De esas incursiones, una particularmente audaz fue la que emprendió la mañana del 9 de septiembre el marino Markin, uno de los fundadores y héroes más destacados de la Flota Roja. Tripulando un torpe remolcador acorazado, ese día se arriesgó a ir muy lejos, hasta los muelles mismos de Kazán; desembarcó, ametralló las baterías enemigas hasta poner a sus cuadrillas en fuga y retiró los percutores a varios cañones.

En otra ocasión, a altas horas de la noche del 30 de agosto, nuestras naves se acercaron a Kazán, bombardearon la ciudad, prendieron fuego a varias barcas cargadas de municiones y provisiones y se retiraron sin perder un solo buque. Trotsky al lado del comandante, se hallaba entre los tripulantes del torpedero Prochny, al cual se le tuvo que reparar el mecanismo de dirección mientras la corriente lo lle-

vaba al lado de una barcaza enemiga, ante la boca de los cañones de las Guardias Blancas.

Cuando llegó Vatzetis, comandante en jefe del frente oriental, la ofensiva contra Kazán ya estaba en plena marcha. La mayoría de los nuestros, incluyéndome, carecía de datos precisos sobre el resultado de la conferencia. Pero no tardamos en enterarnos de algo que llenó a todos de satisfacción: nuestro viejo (así llamábamos entre nosotros a nuestro comandante) se había opuesto a la opinión de Vatzetis, quien quería atacar Kazán desde la orilla izquierda del río, la cual ofrece un terreno llano y expuesto; nuestro comandante, en cambio, decidió lanzar el asalto desde la ribera derecha, que domina la ciudad.

AVANZAN LOS BLANCOS

Pero precisamente en el momento en que la totalidad del V Ejército se disponía a atacar, cuando sus principales fuerzas finalmente empezaban a empujar hacia delante en medio de constantes contraataques y batallas que duraban días enteros, tres "luminarias" de la Rusia de las Guardias Blancas se reunieron para acabar de una vez por todas con la prolongada épica de Sviyazhsk. Al frente de una fuerza considerable, Sávinov, Kappel y Fortunátov se lanzaron a un asalto desesperado contra la estación ferroviaria contigua a Sviyazhsk con el fin de apoderarse de la propia Sviyazhsk y del puente sobre el Volga. El ataque fue brillantemente ejecutado; tras un largo rodeo, los blancos se precipitaron súbitamente sobre la estación de Shjirana, la acribillaron, ocuparon sus edificios, cortaron toda comunicación con el resto de la vía férrea y quemaron el tren de municiones que estaba estacionado ahí. La pequeña fuerza que vigilaba a Shjirana fue masacrada hasta el último hombre.

Pero eso no fue todo: literalmente cazaron y exterminaron a todo ser vivo que habitaba la pequeña estación. Tuve la oportunidad de ir a Shijrana unas horas después del ataque y pude ver las huellas de esa violencia pogromista totalmente irracional que distinguía las victorias de aquellos caballeros, que nunca se sentían amos ni futuros habitantes de las tierras que accidental y temporalmente conquistaban.

En un patio, una vaca yacía brutalmente asesinada (y digo “asesinada” a propósito, no “muerta”). El gallinero estaba lleno de pollos, a los que estúpidamente habían acribillado, ofreciendo un aspecto terriblemente humano. Al pozo, a la pequeña huerta y a las casas las habían tratado como a seres humanos capturados, que encima fueran bolcheviques y “sheenies” (término peyorativo para referirse a los judíos). A todo le habían sacado las vísceras. Había restos de animales y objetos esparcidos por todas partes: diezmados, profanados, espantosamente muertos. Al lado de estos vestigios de todo cuanto alguna vez fue una residencia humana, la muerte indescriptible e inexpresable del puñado de ferrocarrileros y soldados del Ejército Rojo que habían sido tomados por sorpresa parecía encajar en la naturaleza de las cosas.

Sólo en las ilustraciones de Goya sobre la campaña española y la guerrilla puede encontrarse semejante armonía entre los árboles azotados por el viento inclinándose con el peso de los ahorcados, el polvo de los caminos, la sangre y las piedras. De la estación de Shijrana, el destacamento de Sávinkov se dirigió a Sviyazhsk siguiendo la vía del tren. Nosotros enviamos nuestro tren blindado Rusia Libre a detenerlo. Si mal no recuerdo, iba equipado con armas navales de largo alcance. Su comandante, sin embargo, no estuvo a la altura de su misión. Vién-

dose rodeado por ambos flancos (o eso le pareció), abandonó su tren y se apresuró a regresar ante el Comité Militar Revolucionario para “dar parte”.

En su ausencia, el Rusia Libre fue acribillado e incendiado. Su carcaza carbonizada y humeante habría de permanecer por mucho tiempo ahí, descarrilada al lado de la vía, en las proximidades de Sviyazhsk. Tras la destrucción del tren blindado, el camino al Volga parecía completamente despejado. Los blancos se hallaban justamente delante de Sviyazhsk, a *verstá* o *verstá* y media del cuartel general del V Ejército (una *verstá* equivale a poco más de un kilómetro). El pánico cundió. Una parte del Departamento Político, si no es que su totalidad, se precipitó a los muelles y abordó los vapores.

El regimiento que combatía prácticamente en las riberas del Volga, aunque río arriba, vaciló y luego huyó con sus comandantes y comisarios. Al alba, sus destacamentos frenéticos se encontraban a bordo de los buques del Estado Mayor de la flota de guerra del Volga.

DE CÓMO SE SALVÓ SVIYAZHSK

Lev Davídovich [Trotsky] movilizó a todo el personal del tren: a sus oficinistas, telegrafistas y enfermeros, así como a la guardia al mando del jefe del Estado Mayor de la flota, el camarada Lepetenko (quien, por cierto, fue uno de los soldados de la revolución más valerosos y abnegados, cuya biografía podría darle a este libro su capítulo más brillante); en una palabra, a todo el que pudiera sostener un fusil.

Las oficinas del mando quedaron desiertas. Ya no había “retaguardia”. Se había lanzado todo contra los blancos, que habían avanzado casi hasta la estación. Entre Shijrana y las primeras casas de Sviyazhsk, todo el camino estaba labrado por los

obuses y cubierto de caballos muertos, armas abandonadas y cartuchos vacíos . Y cuanto más cerca de Sviyazhsk, mayor era el caos. El avance de los blancos sólo fue detenido después de que hubieron saltado sobre el esqueleto carbonizado del tren blindado, aún humeante y oliendo a metal fundido. Tras haber alcanzado violentamente el umbral mismo de la ciudad, su avance se detuvo y empezó a replegarse como resaca, pero sólo para arrojarse de nuevo contra las reservas de Sviyazhsk, movilizadas a toda prisa. Ahí ambos bandos se encontraron frente a frente por varias horas; ahí hubo muchos muertos.

Los blancos se convencieron de que lo que tenían ante ellos era una división fresca y bien organizada que de algún modo sus servicios de inteligencia habían pasado por alto. Exhaustos por su asalto de 48 horas, los soldados tendieron a sobreestimar la fuerza de su enemigo, y no sospecharon siquiera que lo que enfrentaban no era sino un puñado de combatientes formado a toda prisa, y que detrás de ellos estaban sólo Trotsky y Slavin, sentados ante un mapa en una pieza insomne y llena de humo del cuartel general desierto, en el centro de un Sviyazhsk despoblado por cuyas calles pasaban silbando las balas.

A lo largo de aquella noche, como todas las anteriores, el tren de Lev Davídovich se quedó ahí, como siempre, quieto y sin locomotora. Aquella noche no se molestó ni a una sola de las secciones del V Ejército que avanzaban sobre Kazán dispuestas a tomarla por asalto; ni una sola se desvió del frente para proteger a un Sviyazhsk prácticamente indefenso. El Ejército y la flota no se enteraron del ataque nocturno sino cuando ya había terminado, cuando los blancos ya habían emprendido la retirada firmemente convencidos de que frente a ellos había una división casi entera.

Al día siguiente, veintisiete desertores que habían huido a los buques en el momento más crítico fueron juzgados y fusilados. Entre ellos había varios comunistas. Luego se hablaría mucho sobre el fusilamiento de aquellos veintisiete, especialmente en la retaguardia, claro, donde nadie entendía cuán delgado había sido el hilo del que pendían el camino a Moscú y toda la ofensiva contra Kazán, llevada a cabo con nuestros últimos recursos y nuestras últimas fuerzas.

Para empezar, el Ejército entero estaba ansioso con habladurías de comunistas convertidos en cobardes, de que las leyes no habían sido escritas para ellos, de que ellos podían desertar impunemente mientras que un soldado de base ordinario sería ejecutado como un perro.

De no haber sido por el valor excepcional de Trotsky, del comandante del Ejército y de otros miembros del Consejo Militar Revolucionario, la reputación de los comunistas que trabajaban en el Ejército habría sufrido un duro golpe y quedado arruinada durante mucho tiempo.

Ningún discurso, por bueno que fuera, habría podido convencer a un ejército que en las últimas seis semanas había sufrido todas las privaciones posibles, combatiendo casi a mano limpia, sin contar siquiera con vendajes, de que la cobardía no era cobardía y de que para el culpable podía haber “circunstancias atenuantes”.

Se dice que entre los fusilados había muchos buenos camaradas, incluso algunos cuyos servicios anteriores compensarían su culpa a cambio de algunos años de prisión y exilio. Es totalmente cierto. Nadie cuestiona que su muerte tuvo el propósito de fortalecer esos preceptos del viejo código militar de “servir de ejemplo”, mientras que al redoble de los tambores se aplica la divisa de

“ojo por ojo, diente por diente”. Desde luego, Sviyazhsk fue una tragedia.

Pero todo el que haya experimentado la vida en el Ejército Rojo, que haya nacido y se haya templado con él en las batallas de Kazán, atestiguará que el espíritu de hierro de este Ejército no se habría forjado nunca, que la fusión entre el Partido y las masas de soldados, entre los simples soldados y las alturas del mando, no se habría consumado si, en la víspera del asalto a Kazán, donde cientos de soldados habrían de dar la vida, el Partido no hubiera mostrado claramente ante los ojos del Ejército entero que estaba dispuesto a ofrendarle a la Revolución ese sacrificio enorme y sangriento; que el Partido también estaba sujeto a las severas leyes de la disciplina camaraderil; que el Partido también tenía el valor de aplicar sin miramientos, incluso a sus propios miembros, las leyes de la República Soviética.

El fusilamiento de aquellos veintisiete cubrió la brecha que los famosos asaltantes habían abierto en la unidad del V Ejército y en su confianza en sí mismo. La andanada de fusilería que castigó tanto a comunistas y comandantes como a simples soldados, por cobardía y comportamiento deshonesto en batalla, forzó al sector de las masas de soldados con menos conciencia de clase y más propensión a desertar (sector que, desde luego, también existía) a sobreponerse y a cerrar filas en torno a quienes marchaban a la batalla conscientemente y libres de toda coacción.

Precisamente en esos días se decidió la suerte de Kazán y con ella la muerte, la suerte, de toda la intervención blanca. El Ejército Rojo recuperó la confianza, se regeneró y fortaleció durante las largas semanas de defensa y ataque. Fue en esas condiciones de peligro constante y bajo las mayores pruebas morales que desarrolló sus leyes, su disciplina

y sus nuevos estatutos heroicos. Por vez primera, el pánico ante la superioridad técnica del enemigo se disolvió. Ahí se aprendió a avanzar pese al fuego de cualquier artillería. Y así, inconscientemente a partir del instinto elemental de conservación, surgieron nuevos métodos de guerra, esos métodos de batalla específicos que ya se estudian en las más prestigiosas academias militares como los métodos de la Guerra Civil. Un hecho de la mayor importancia fue que en ese momento se encontrara en Sviyazhsk un hombre como Trotsky.

EL PAPEL DE TROTSKY

Independientemente de su vocación o su nombre, está claro que el creador del Ejército Rojo, el futuro presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, había de hacerse presente en Sviyazhsk, tenía que pasar por toda la experiencia política de aquellas semanas de combate, tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad y a todo su genio organizativo para la defensa de Sviyazhsk, para defender el organismo militar aplastado bajo el fuego de los blancos.

Además, en la guerra revolucionaria interviene otra fuerza, otro factor sin el cual no se puede obtener la victoria: el poderoso romanticismo de la Revolución, que permite a quien acaba de estar en las barricadas adoptar inmediatamente las férreas formas de la maquinaria militar sin perder el paso raudo y ligero obtenido en las manifestaciones políticas, ni la independencia y flexibilidad de espíritu conseguidos a lo largo de años de militancia en condiciones de clandestinidad.

Para vencer en 1918 hubo que tomar todo el fuego de la revolución, todo su calor incandescente, y unirlo al patrón vulgar, repelente y ancestral del

viejo Ejército. Hasta ahora la historia siempre había resuelto ese problema mediante trucos escénicos imponentes pero vetustos, convocando a escena a algún individuo “con sombrero de tres picos y uniforme de campaña” para que éste o algún otro general montado en un caballo blanco hiciera trizas la carne y la médula revolucionarias y formara con los pedazos repúblicas, banderas y consignas.

En la construcción de su Ejército, como en tantas otras cosas, la Revolución Rusa siguió su propio camino. La insurrección y la guerra se fundieron en una, el Ejército y el Partido crecieron juntos, inextricablemente entrelazados, y en la bandera de los regimientos quedaron inscritos sus objetivos comunes, las fórmulas más tajantes de la lucha de clases. En los días de Sviyazhsk, esto aún no tomaba forma y apenas flotaba en el aire buscando un modo de expresarse.

De una u otra manera, el Ejército Obrero y Campesino tenía que hallar una expresión, asumir una forma exterior, producir sus propias fórmulas, pero ¿cómo? Todavía nadie lo tenía claro. En ese momento, naturalmente, no había un curso, no había preceptos ni había programa dogmático del que ese organismo titánico pudiera servirse para crecer y desarrollarse.

Al interior del Partido y de las masas había sólo un presagio, un presentimiento creativo de esa organización militar revolucionaria que nunca se había visto y a la cual cada día de batalla le susurraba alguna nueva característica real.

El gran mérito de Trotsky reside ahí, en su capacidad de capturar al vuelo el menor gesto de las masas que llevase ya la impronta de esa fórmula organizativa única que tanto se buscaba.

Trotsky examinaba y aplicaba todas esas pequeñas prácticas a través de las cuales la asediada Sviyazhsk simplificó, aceleró y organizó su trabajo de combate, y no solamente en el estricto sentido técnico. No. Cada combinación exitosa de “especialista y comisario”, de quien da las órdenes y quien las ejecuta y asume la responsabilidad por ellas; cada combinación exitosa, tras haber sido puesta a prueba por la experiencia y formulada lucidamente, se transformaba inmediatamente en una orden, una circular, un reglamento. De este modo se impidió que la experiencia revolucionaria viva se perdiera, se olvidara o se deformara.

La norma que regía en todas partes no era la mediocridad, sino su contrario, lo mejor, las cosas geniales que las masas mismas concebían en los momentos más explosivos y creativos de la lucha. Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes —ya se tratara de asuntos tan complejos como la división del trabajo al interior del Consejo Militar Revolucionario, o del gesto rápido, vivaz y amistoso que intercambiaban a manera de saludo un comandante rojo y un soldado cuando se cruzaban, ambos atareados y con prisa por llegar a algún lugar—, todo se tomaba de la vida misma, se asimilaba y regresaba a las masas en forma de norma para su uso universal. Y siempre que las cosas dejaban de avanzar, cuando se atascaban o salían mal, había que averiguar qué había fallado, había que ayudar, había que tirar como tira la partera del recién nacido durante un parto complicado.

Se puede ser un orador muy articulado, se puede dar a un nuevo ejército una forma plástica impecablemente racional, y a pesar de ella hacer su espíritu estéril, permitir que se evapore sin poder mantenerlo vivo en la almadraba de las fórmu-

las jurídicas. Para evitar lo anterior hay que ser un gran revolucionario: se debe poseer la intuición de un creador y un potente transmisor de radio interno, sin lo cual no hay forma de mantener el contacto con las masas...

En última instancia, es precisamente ese instinto revolucionario lo que constituye el más alto tribunal, lo que depura con exactitud su nueva justicia creativa de todo cuanto tenga un fondo contrarrevolucionario profundamente oculto. Ese instinto revolucionario deja caer el puño de su violencia sobre la falaz justicia formal en nombre de la suprema justicia proletaria, que no permite a sus elásticas leyes osificarse, aislarse de la vida ni poner sobre los hombros del Ejército Rojo cargas mezquinas, irritantes o innecesarias.

Trotsky tenía ese sentido intuitivo.

En él, el revolucionario nunca se dejaba marginar por el soldado, el dirigente militar o el comandante. Y cuando, con su voz terrible e inhumana, enfrentaba a un desertor, le temíamos como a uno de los nuestros, un gran rebelde que aniquilaría a cualquiera por vil cobardía, por traición no al Ejército, sino a la causa de la revolución proletaria mundial.

Era imposible que Trotsky hubiese sido un cobarde, pues de lo contrario el desprecio de aquel extraordinario Ejército lo habría aplastado, y jamás le habría perdonado a un debilucho el derramamiento de la sangre fraternal de aquellos veintisiete con que roció su primera victoria.

Cuando ya no faltaban más que unos cuantos días para que nuestras tropas ocuparan Kazán, Lev Davidovich tuvo que dejar Sviyazhsk; las noticias del atentado contra Lenin exigían su presencia en Moscú. Pero ni el asalto de Sávinov contra Sviyazhsk, organizado magistralmente por los social re-

volucionarios, ni el intento de asesinar a Lenin que el mismo Partido llevó a cabo casi simultáneamente, podían ya detener al Ejército Rojo. La marejada final de la ofensiva inundó Kazán.

A altas horas de la noche del 9 de septiembre, las tropas abordaron los buques y al amanecer, hacia las 5:30, aquellos lerdos transportes de varios puentes, escoltados por los torpederos llegaron ante los muelles de Kazán. Era extraño navegar bajo la luz de la luna frente al molino medio derruido de techo verde, detrás del cual había estado una batería de los blancos; frente al casco medio quemado del Delfín, que yacía desvalijado y encallado en la ribera desierta; por aquellos meandros, lenguas de tierra, bancos de arena y ensenadas que nos resultaban tan familiares y sobre los cuales la muerte había estado paseando del amanecer al crepúsculo durante tantas semanas, a los cuales habían cubierto nubes de humo y donde habían fulgurado los haces dorados de la artillería.

Navegamos con las luces apagadas y en absoluto silencio sobre la gentil corriente, negra y fría, del Volga.

Detrás de popa, una ligera espuma vibra sobre la susurrante estela que se desvanece entre unas olas que nada recuerdan y que fluyen indiferentes hacia el Caspio. Y, sin embargo, apenas el día anterior, el lugar por el que nuestro gigantesco buque se desliza en silencio había sido un remolino desgarrado y surcado por la explosión continua de proyectiles. Y aquí, justo donde el ala de algún ave nocturna acaba de golpear sigilosamente el agua, de la cual asciende una ligera bruma hacia el aire frío, ayer mismo se habían levantado torrentes de espuma blanca; ayer, las órdenes habían resonado incesantemente y los delgados torpederos se habían abierto paso bajo una

lluvia de esquirlas, entre el humo y las llamas, con los cascos vibrando por la impaciencia comprimida de los motores y por la retroacción de sus baterías de dos cañones que disparaban una vez por minuto con un ruido que hacía pensar en un hipo de hierro.

La gente disparaba, se dispersaba bajo la estruendosa tormenta de obuses, trapeaba la sangre de las cubiertas... Y ahora todo es silencio; el Volga fluye tal como hace mil años y como seguirá fluyendo durante siglos.

Alcanzamos los muelles sin disparar un tiro. Las primeras luces del amanecer encendían el cielo. En la penumbra gris y rosa empezaron a aparecer fantasmas jorobados, negros y calcinados. Grúas, vigas de las construcciones quemadas, postes de telégrafo destrozados... cada cosa parecía haber soportado una pena infinita y haber perdido ya la capacidad de sentir, como un árbol con las ramas secas y retorcidas. Era el reino de la muerte cubierto por las rosas heladas del amanecer septentrional.

Los cañones abandonados con las bocas hacia arriba parecían en la penumbra figuras abatidas, congeladas en una desesperanza muda; con las cabezas apoyadas sobre unas manos frías y húmedas de rocío.

Niebla. La gente empieza a temblar de frío y de tensión nerviosa. El olor del aceite de las máquinas y de las cuerdas con alquitrán permea el aire. El cuello azul del artillero gira con el movimiento de su cuerpo mientras contempla con asombro cómo la ribera despoblada y áfona reposa en un silencio de muerte.

Esto es la victoria.



Larisa Reissner

Nació en Lublin, Polonia. Entre 1903 y 1907 residió en Berlín, adonde la familia huyó a causa de las actividades políticas de su padre. Como consecuencia de la Revolución Rusa de 1905-1906, se traslada a San Petersburgo, estudia Derecho y Filología, así como Psiconeurología en el Instituto de Investigación Bekhterev. Durante la Primera Guerra Mundial publicó una revista literaria antiguerra: *Rudin*. Después de la Revolución de Febrero Larisa comenzó a escribir para el periódico de *Gorki*, *Novaya Zhizn* (Vida Nueva). También participó en el programa de reforma de la ortografía del Gobierno Provisional, enseñando a los trabajadores y marineros. Se convierte en miembro del Partido Bolchevique en 1918; casándose con Fyodor Raskolnikov en el verano de ese año. Durante la Guerra Civil fue un soldado y comisario político del Ejército Rojo. Durante 1919 se desempeñó como comisario en la sede del Personal Naval en Moscú. En 1921, ella y su esposo viajaron a Afganistán, como representantes de la República Soviética, llevando a cabo las negociaciones diplomáticas. En octubre de 1923 viajó ilegalmente a Alemania para presenciar la revolución allí, de primera mano y escribir sobre ella, produciendo colecciones de artículos titulados “Berlín, octubre 1923” y “Hamburgo en las barricadas”. Sus escritos posteriores vinieron de Hamburgo. Larisa Reissner murió el 9 de febrero de 1926 en el Hospital Kremlin, de Moscú, de fiebre tifoidea; tenía treinta años. *La batallata de Sviyazhsk, leyenda revolucionaria*. Es un testimonio de la batalla de Sviyazhsk y Kazán, punto de inflexión de la Guerra Civil que estalló en 1918 contra la victoriosa Revolución de Octubre. La autora de este testimonio presencial, escrito en 1922, fue la misma Larisa Reissner, quien participó en la batalla como soldado del Ejército Rojo. La presente traducción al español —hasta donde sabemos la única completa— se realizó a partir de la versión de *Spartacist* (Edición en inglés) No. 63 (invierno de 2012-2013) a su vez tomada de la traducción en lengua inglesa de John G. Wright y Amy Jensen, que se publicó en el número de junio.

De la Izquierda exquisita

TOM WOLFE

A LAS DOS, o las tres, o las cuatro de la madrugada, o en algún momento entre esas horas, el 25 de agosto de 1966, día precisamente de su cuarenta y ocho aniversario, Leonard Bernstein despertó en la oscuridad en un estado de gran excitación. Eso ya había ocurrido antes. Era una de las formas que adoptaba su insomnio. Así que hizo lo que solía hacer en tales casos. Se levantó y paseó durante un rato. Se sentía atontado. Repentinamente tuvo una visión, una inspiración. Podía verse a sí mismo, Leonard Bernstein, el egregio maestro, en el escenario, con pajarita y frac, frente a una orquesta completa. A un lado del pódium del director, está al piano. Al otro lado, una silla, y apoyada sobre ella una guitarra. Se sienta en la silla y toma la guitarra. ¡Una guitarra! ¡Uno de esos instrumentos medio estúpidos, como el acordeón, para que los chavales de catorce años de Levittown, de coeficiente mental 110 sigan el método Aprende-a-tocar-en-ochos-días! Pero existe una razón. Bernstein va a comunicar un mensaje antibé-

lico a este gran público de cuello blanco-almidonado que llena el local. Les anuncia:

—Yo amo.

Sólo eso. El efecto es humillante. De repente, de la curva del majestuoso piano de cola surge un negro que empieza a decir cosas como:

—El público está extrañamente desconcertado.

Lenny intenta empezar de nuevo. Interpreta al piano algunas piezas breves, dice:

—Yo amo. *Amo ergo sum.*

El negro se alza de nuevo y dice:

—El público cree que él debiera levantarse y marcharse. El público piensa: “Estoy avergonzado hasta de rozar a mi vecino.”

Finalmente, Lenny suelta un sentido discurso antibélico y sale. Por un momento, allí sentado, solo en su casa, a altas horas de la madrugada, Lenny pensó que podría valer y apuntó la idea. Piensa en los titulares: BERNSTEIN CONMUEVE AL PÚBLICO CON UN MENSAJE ANTIBÉLICO. Pero entonces su entusiasmo languidece. Se desanima. ¿Quién diablos era ese negro que surgía del piano y explicaba al mundo lo majadero que estaba siendo Leonard Bernstein? No tenía ningún sentido, ese superego negro junto al piano de cola.

Mmmmmmmmmmmmmmmmm. Deliciosos. Bocaditos de Roquefort rebozados con nuez molida. Muy sabrosos. Muy ingenioso. El contraste entre la sequedad de la nuez molida y el sabor del queso es lo que produce este efecto tan delicioso, tan sutil. ¿Imagináis los que comen los Panteras Negras aquí como aperitivo? A los Panteras les gustan los bocaditos de Roquefort rebozados con nuez molida de esta forma, y las puntas de espárragos con mayonesa y las albondiguillas *au Coq Hardi*, todo lo cual les es ofrecido en este preciso instante, en bandejas de

plata labrada, por camareras de uniformes negros y delantales blancos planchados a mano... El camarero les ofrecerá las bebidas... ¡Desmentidlo si deseáis hacerlo pero tales son los *pensées metaphysiques* que se le ocurren a uno en estas veladas de la Izquierda Exquisita de Nueva York! Por ejemplo, ese gigantesco Pantera Negra del vestíbulo, el que estrecha la mano de la misma Felicia Bernstein, el de abrigo de cuero negro y gafas oscuras, y el absolutamente increíble pelo afro, es él, un Pantera Negra, el que toma un bocadito de queso rebozado con nuez molida de la bandeja que porta una doncella uniformada y lo engulle sin perder un matiz de la perfecta voz Mary Astor de Felicia ...

Felicia es notable. Es hermosa, con esa rara belleza bruñida que perdura a través de los años. Su cabello es rubio claro, y su peinado simple. Posee una voz "teatral", por usar un término de su juventud. Da la bienvenida a los Panteras Negras con el mismo movimiento de la muñeca, la misma inclinación de la cabeza, la misma perfecta voz Mary Astor con que recibe a personas como Jason, John y D.D., Adolph, Betty, Gian-Carlo, Schuyler o Goddard, en esas cenas *après*-concierto por las que tan famosos son ella y Lenny. ¡Qué noches! Ella enciende las velas de la mesa del comedor y en el ocaso neoyorquino las trémulas puntitas de las llamas se reflejan en la superficie cristalina de la mesa, una insondable blancura llena de miles de estrellas; ése es el momento que Lenny adora. Parece haber mil estrellas sobre la mesa y mil estrellas debajo, una habitación llena de estrellas, una casa de dos plantas llena de estrellas, una torre de Manhattan llena de estrellas, con gente maravillosa flotando por los cielos, Jason Robards, Gian-Carlo Menotti, John y D.D. Ryan, Schuyler Chaplin, Goddard Lieberman, Mike Nichols, Lillian

Hellman, Larry Rivers, Aaron Copland, Richard Avedon, Milton y Any Greene, Lukas Foss, Jennie Tourel, Samuel Barber, Jerome Robbins, Steveondheim, Adolph y Phyllis Green, Betty Comdem, y los Patrick O'Neals ...

... y ahora, en la época de la Izquierda Exquisita, los Panteras Negras. Aquel Pantera gigante, al que Felicia ofrece su sonrisa de tango, es Robert Bay, que hace sólo cuarenta y una horas fue detenido en un altercado con la policía, al parecer por un revólver calibre .38 que alguien tenía en un coche aparcado en Queens, en Northern Boulevard y la calle Ciento cuatro, o cualquier otro lugar igualmente increíble, y encarcelado bajo la poco corriente acusación denominada "facilitación de actos criminales". Y ahora está en libertad bajo fianza y camina por el dúplex de trece habitaciones de Lenny y Felicia Bernstein en Park Avenue. Persecución *vs* Luchas, Armas *vs* Cerdos, Cárcel *vs* Fianza... estos Panteras Negras son auténticos. La misma idea de ellos, de estos auténticos revolucionarios que arriesgan realmente sus vidas, pasa por el dúplex de Lenny como una hormona maligna. Todos lanzan una mirada, o clavan la vista, o ensayan una sonrisa, y luego miden la casa estableciendo una comparación en cierto modo deliciosa... ¡Desmentidlo si deseáis hacerlo! Pero en esta época de la Izquierda Exquisita uno acaba haciendo tales comparaciones dulcemente furtivas... Otto Preminger está en la biblioteca y Jean van den Euvel en el vestíbulo, y Peter y Cheray Duchin en el salón, también se hallan presentes Frank y Donna Stanto, Gail Lumet, Sheldon Harnick, Cynthia Phipps, Burton Lane, la Sra. de August Heckscher, Roger Wilkins, Barbara Walters, Bob Silvers, la Sra. de Richard Avedon, la Sra. de Arthur Penn, Julie Belafonte, Harold Taylor, y otros ejemplares, incluyendo a Charlotte

Curtis, que se encarga de las páginas femeninas de *The New York Times*, y es la principal cronista social de América, una flaca mujer de negro, con su bloc en ristre, de pie cerca de Felicia y el gran Robert Bay, y hablando con Cheray Duchin.

Cheray le dice: “¡Nunca he conocido a un Pantera ... Para mí, éste es el primero!” ... sin poder imaginar siquiera que en cuarenta y ocho horas sus palabras llegarán a la mesa del presidente de los Estados Unidos ...

Para mí, éste es el primero. Pero no sólo ella se siente emocionada cuando las Panteras Negras van apareciendo en casa de Lenny; Robert Bay; el Mariscal de Campo de los Panteras de Oakland; Don Cox; el Ministro de Defensa de las Panteras Harlem, Henry Miller; las mujeres Panteras... Dios mío, cómo compaginarán los Panteras todo eso, los pantalones ajustados, los ajustados *jerseys* de cuello alto, los abrigos de cuero, las gafas de sol cubanas, los peinados afros. Pero afros auténticos, no los que se recortan y riegan como un seto hasta adquirir un lustre de alfombra acrílica... sino verdaderos afros, afros naturales, al desgaire... salvajes...

Éstos no son negros de derechos civiles con trajes grises tres tallas más grandes...

... no más interminables banquetes de la Liga Urbana en salones de baile de hoteles, en los que tratan de alternar a negros y blancos alrededor de las mesas como cuentas de un collar aracacho...

... ¡éstos son hombres auténticos!

Tiroteos, revoluciones, fotografías en *Life* de policías atrapando Panteras Negras como si fueran vietcongs... de algún modo todo se confunde mentalmente con el asunto de lo *bellos* que son. Como el filo de un cuchillo. Las mujeres Panteras —hay tres o cuatro de ellas cerca, esposas de los 21 Panteras en-

causados — son tan delgadas, tan *flexibles*, con pantalones ajustados y tocados estilo yoruba, casi como turbantes, como si hubieran saltado de las páginas de *Vogue*, aunque, sin duda *Vogue* se inspira en ellas. De pronto, todas las mujeres de la habitación comprenden lo que Amanda Burdon quería expresar cuando dijo que ahora era antimoda porque “la sofisticación de las niñas negras me hizo reconsiderar mis actitudes”. Dios sabe bien que las mujeres Panteras no pasan media hora cada mañana frente al espejo componiendo sus ojos con lentillas, delineador, sombreador, lápiz de cejas, pestañas postizas, máscaras, Shadow-San para el párpado inferior y Eterna Creme para las comisuras... y aquí están, justo frente a ti, en la casa amarillo chinesco de los Bernstein, entre candelabros, cuencos de plata con anémonas blancas y perfumadas y sirvientes uniformados que ofrecen bebidas y bocadillos de queso Roquefort rebozados con nuez molida.

Pero todo es correcto. Se trata de criados *blancos*, no los tradicionales criados negros, sino blancos sudamericanos. Lenny y Felicia son genios. En definitiva, los sirvientes tienen suma importancia. Son una obsesión para la Izquierda Exquisita. Evidentemente, si das una fiesta en honor de los Panteras Negras, como lo hacen Lenny y Felicia hoy, o como Sidney y Gail Lumet la semana pasada, o como John Simon, de Random House, y Richard Baron, el editor, anteriormente; o en honor de los Ocho de Chicago, como la fiesta que dio Jean vanden Heuval; o para los recolectores de la uva o para Bernardette Devlin, como las que dio Andrew Stein; o para los Young Lords, como la que va a dar Ellie Guggenheimer la próxima semana en su dúplex de Park Avenue; o para los indios, o los Students For Democracy Society, o incluso para los Amigos de la Tierra... bueno, entonces,

evidentemente no puedes tener un camarero y una doncella negros. Los tradicionales criados negros, uniformados, circulando por el salón, la biblioteca y el vestíbulo, sirviendo bebidas y canapés. Mucha gente ha intentado imaginarlo. Tratan de imaginar a los Panteras, o a quien sea, con el pelo encrespado y gafas de sol cubanas y prendas de cuero y todo lo demás, e intentan imaginar a los sirvientes negros con sus uniformes negros, acercándose y diciendo: "¿Quiere tomar algo, señor?" Cierran los ojos e intentan imaginarlo de *algún modo*. Pero *no existe ninguno*. Es simplemente inimaginable. Debido a eso, la ola de la Izquierda Exquisita ha provocado la más desesperada búsqueda de criados blancos. Carter y Amanda Burden tienen sirvientes blancos. Sidney Lumet y su esposa Gail, que es hija de Lena Horne, tienen sirvientes blancos, incluida una niñera escocesa. Todos tienen sirvientes blancos. Y Lenny y Felicia... bueno, ellos lo habían logrado incluso antes de que naciera la Izquierda Exquisita. Felicia se crió en Chile. Su padre, Roy Elwood Cohn, un ingeniero de San Francisco, trabajaba para la American Smelting and Refining Co. de Santiago. Como Felicia Montea-legre (nombre de soltera de su madre), se convirtió en actriz en Nueva York y obtuvo el premio de la crítica Motion Picture Daily a la mejor actriz novel de televisión en 1949. Su servicio se compone de tres criados sudamericanos blancos, incluido un cocinero chileno, el chofer y ayuda de cámara inglés, de Lenny, que por supuesto también es blanco. ¿Puede comprenderse cuán perfecto es esto, dados ... los tiempos que corren? Bueno, muchos de sus amigos sí que lo comprenden, y llaman a los Bernstein y les piden que les consigan sirvientes sudamericanos, y los Bernstein son tan generosos al respecto, tan complacientes, que la gente, agradecida y sin mala inten-

ción, les llama "Agencia de Colocación *Spic & Span*", una ingenua ironía étnica, por supuesto.

La otra salida posible es la que va a adoptar Ellie Guggenheimer en la fiesta que dará la próxima semana por los Young Lords en su dúplex de Park Avenue, en la calle Ochenta y nueve, justo a diez manzanas de la de Lenny y Felicia. Dará su fiesta un domingo, el día libre de la doncella y de la mujer de la limpieza. "Dos amigos míos", confía ella al teléfono, "dos amigos míos, que da la casualidad de que son... no blancos... eso es lo que odio de los tiempos en que vivimos, la importancia de los términos... bueno, han aceptado hacer de camarero y de doncella .. ¡y yo misma tendré que hacer de doncella también!"

Precisamente en este punto, algún alma bienintencionada preguntará: «¿Por qué no prescindir totalmente de los sirvientes, si el asunto crea una tensión tan intolerable y se cree realmente en la igualdad?» Bueno, el solo hecho de plantear la cuestión revela la más absoluta ignorancia de la vida en las grandes residencias y mansiones del East Side en la era de la Izquierda Exquisita. Porque, Dios mío, los criados no son una mera conveniencia, son una absoluta necesidad psicológica. Cuando uno ha entrado en esa vida, cuando está realmente dentro de ella, con los ejercicios matinales en Kounovsky's, y las llamadas telefónicas a mediodía, y el almuerzo en el Running Footman, que ahora se considera realmente mejor que La Grenouille, Lutece, Lafayette, La Caravelle y el resto, menos fastuosos, más a lo David Hicks, de una riqueza menos ostentosa que Parish-Hadley, pues entonces ... bueno, entonces, la idea de no tener sirvientes es inconcebible. Pero ni siquiera eso lo explica todo. Sigue pareciendo como si se tratara de conveniencia sólo, cuando en realidad

existe una profunda y fundamental necesidad de... *tener sirvientes*. ¿Está claro?

Dios, qué alud de ideas tabú cruzan la mente de uno en estos acontecimientos... Pero es tan delicioso. Es como si las terminaciones nerviosas estuvieran en permanente alerta ante las más íntimas diferencias de status. ¡Negadlo si queréis! Pero eso es exactamente lo que les ocurre a todos. Se dan maravillosas contradicciones por todas partes. Es como el delicioso temblor que obtienes al unir las puntas de dos imanes... *ellos y nosotros ...*

Por ejemplo, los sirvientes propios, aunque blancos, generalmente no significan problema alguno. Una palabra discreta, un astuto eufemismo sobre el tipo de fiesta que va a celebrarse, y serán un modelo de corrección. Los eufemismos, sin embargo, no siempre resultan fáciles. Cuando hablamos con nuestros sirvientes blancos, no sabemos si referirnos a los negros *como negros, morenos o gente de color*. Cuando hablamos con otros, bueno, con... personas cultivadas, decimos negros, por supuesto. Es la sola palabra, en general, lo que implícitamente muestra la conciencia que uno tiene de la dignidad de la raza negra. Pero por alguna razón, cuando uno empieza a pronunciar la palabra para los propios sirvientes blancos, vacila. No puede lograr que la palabra salga de la garganta. ¿Por qué? ¡*Contraculpabilidad!* Uno comprueba que está a punto de pronunciar uno de esos términos hirientes que dividen a los cultivados de los que no lo son, a los refinados de los no refinados, a los *hip* de los vulgares. Tan pronto como la palabra ha sido pronunciada (uno lo sabe antes de que brote el primer sonido), tu sirviente te calificará como a uno de esos *liberales de limousine*, o cualquier otro epíteto que usen, que se dedican a entregar su alma blanca al movimiento negro; pero ¿haría us-

ted otro tanto por la clase blanca baja, por los domésticos del East Side, por ejemplo? Difícilmente, sahib. ¡Negadlo si queréis! pero tales son los deliciosos pequeños calvarios de la Izquierda Exquisita. Y uno se decide por *Negro* con la esperanza de que el gran dios Culturatus haya dejado a un lado el libro de registro por el momento... En cualquier caso, si uno está dispuesto a aceptar ese pequeño compromiso, los sirvientes propios no son problemas. Pero el ascensorista y el portero... ¡los rayos mortíferos que empiezan a lanzar, sus secas respuestas, tan pronto como se enteran de que va a celebrarse una de esas fiestas! Por supuesto, todos ellos son de Queens, y demás, y uno tiene que pasar por eso. Por alguna razón, el ascensorista suele ser incluso peor que el portero, un menor sentido de la *politesse* quizás.

O ¿qué indumentaria llevar a esas fiestas en honor de los Panteras o de los Young Lords, o de los recolectores de la uva? ¿Qué puede ponerse una mujer? Obviamente uno no desea llevar algo frívolo y pomposamente caro, como sería un traje de fiesta de Gerard Pipart. Por otro lado, tampoco desea llevar “vestido a lo pobre” con un conjunto de *jersey* de cuello alto raído y pantalones anchos, como si quisiera parecer “auténtico” y “del pueblo”. Francamente, Jean vanden Heuvel (la misma Jean que está ahora en el vestíbulo ofreciendo a todos su famosa sonrisa en la que sus ojos se estrechan hasta un diafragma f/16), francamente, Jean tiende demasiado a esa falacia de lo “auténtico”. Jean, que es hija de Jules Stein, uno de los hombres más ricos del país, lleva una especie de falda de cuero raída, de un rojo herrumbroso, el tipo de falda que las jóvenes trabajadoras inglesas descubren los sábados por la tarde en esas boutiques londinenses absolutamente frenéticas, tales como Bus Stop o Biba, en las que todo parece chic

y sin embargo, roñoso, usado y vital. Felicia Bernstein parece entender mejor todo el asunto. Contemplad a Felicia. Lleva el vestido negro más sencillo que pueda imaginarse, sin un solo adorno, excepto un sencillo collar de oro. Resulta perfecto. Tiene dignidad, pero ningún claro simbolismo de clase.

¿Y Lenny? Lenny ha estado en el salón todo el rato, hablando con viejos amigos como los Duchin y los Stanton y los Lane. Lenny lleva un *jersey* negro de cuello alto, guerrera azul marino, pantalones de cuadros y un collar con un colgante que pende sobre su esternón. Su sastre vino aquí, al apartamento, para tomar las medidas y hacer las pruebas. Lenny es un hombre bajo, proporcionado, y sin embargo siempre parece alto. Se debe a su cabeza. Posee una noble cabeza, con un rostro a la vez delicado y tosco, con abundante cabello gris oscuro, con patillas, todo bellamente realzado por el amarillo chino de la habitación. Su éxito irradia de sus ojos y de su sonrisa con un encanto que ilustra el adagio de Lord Jersey: “Contrariamente a lo que nos dicen los metodistas, el dinero y el éxito son buenos para el espíritu”. Lenny anda por los cincuenta, pero es aún el niño prodigio de la música americana. Así lo dicen todos. No es sólo uno de los mejores directores del mundo, sino también uno de los compositores y pianistas más competentes. Es el hombre que ha roto más que ningún otro la barrera entre la música de élite y los gustos populares, con *West Side Story* y sus conciertos para niños en la televisión. ¡Cuán natural que esté en su propia casa irradiando el encanto y la gracia que le muestran como cortés anfitrión de los líderes de los oprimidos! ¡Qué irónico que la hora siguiente vaya a resultar tan fatal para *este egregio maestro*! ¡Qué curioso que el negro del piano vaya a aparecer esta noche!

Sonó una campanilla, la de la mesa del comedor, por el sonido, el tipo de llamada que se utiliza para hacer salir de la cocina a la doncella, y la fiesta se desplazó del vestíbulo al salón. Felicia encabezaba la comitiva, Felicia y un hombrecito gris, con cabello gris, rostro gris, traje gris, y un par de magníficas patillas grises. Ese hombrecito gris, en suma, que surge de pronto en momentos decisivos... para mantener las mercancías de la historia en el carril, por así decirlo.

Felicia estaba en el fondo del salón intentando acomodar a todos.

—Lenny —dijo. —Di a los rezagados que entren.

Lenny estaba aún junto a la entrada del salón, cerca del vestíbulo.

—Rezagados, vamos, vamos, pasad —dijo Lenny. —Pasad.

En el salón, casi todo el mobiliario, canapés, sillones, mesitas, sillas, etc., había sido arrimado a las paredes y se habían colocado en el centro de la habitación treinta o cuarenta sillas plegables. Era una habitación grande, amplia, con paredes amarillo chino y blancos frisos, anaqueles, grandes espejos, un retrato de Felicia reclinada en una hamaca, y al fondo, donde estaba Felicia, un par de pianos de cola. Un par; los dos pianos estaban colocados espalda contra espalda. En la parte superior de ambos, una flotilla de fotografías familiares en marcos de plata, el tipo de retratos que se mantienen erguidos gracias a contrafuertes de terciopelo o moaré, de la clase que los decoradores de Nueva York recomiendan para dar a la sala de estar un aire hogareño. Le llaman “el *aire chatchka* de un millón de dólares”. Resulta, en cierta forma, perfecto para la Izquierda Exquisita. Lo agradable era que en Lenny resultaba instintivo; en Felicia también. Todo el lugar producía

la impresión de que se habían gastado doscientos mil para que el interior no resultara pretencioso, aunque esa no era en verdad una gran suma para una residencia de trece habitaciones, por supuesto... Imaginaos explicando todo eso a los Panteras Negras... Era otro delicioso pensamiento... Los sofás, por ejemplo, estaba tapizados con esas telas de moda, llamativos estampados de fondo blanco, y anchos y suaves cojines, en la tradición de Billy Baldwin o de Margaret Owen –sin que se note que Billy y Margaret han tenido sus problemas con las mesitas de té, y las sillas lacadas. *Gemütlich*... La Viena de antaño, cuando vivía el abuelo... Ése era el tono.

En cuanto Lenny puso en movimiento a “los rezagados”, la habitación se llenó rápidamente. De hecho, pronto quedó atestada. La gente se sentaba en los sofás y sillones arrimados a las paredes, en las sillas plegables, o se quedaba de pie a la entrada, donde estaba Lenny. Otto Preminger se sentó en un sofá junto a los pianos, donde iban a colocarse los oradores. Las esposas de los Panteras estaban sentadas en las dos primeras filas, con sus tocados yorubas junto a Henry Mitchell y Julie Belafonte, esposa de Harry Belafonte. Julie es blanca, pero todos la tratan cariñosamente como *Hermana*. Detrás de ella estaba sentada Barbara Walters, presentadora del *Today Show* de televisión, que vestía un traje pantalón de cuadros con un gran cuello de vaporosa piel. Harold Taylor, el antiguo “Boy President” de la universidad. Sarah Lawrence, que ahora tiene cincuenta y cinco años y el pelo plateado, pero aún conserva su aspecto juvenil, llegó hasta la primera fila de invitados y dio un abrazo y un gran beso social a Gail Lumet. Robert Bay se sentó en el centro de las sillas plegables. Jean vanden Heuvel, de pie en la entrada intentaba enfo-

car... apertura de diafragma f/16... los pianos... Charlotte Curtis de pie junto a la puerta, tomando notas.

Y entonces Felicia se levantó junto a los pianos y dijo:

— Quiero agradecerlos mucho, muchísimo, que hayáis venido.

Estoy muy, muy contenta de veros aquí.

Todo era perfecto. Su voz rica en tonos como un oboe. Presentó a un hombre llamado Leon Quat, un abogado dedicado a recaudar fondos para los 21 Panteras Negras que habían sido arrestados bajo la acusación de conspiración para volar cinco tiendas de Nueva York, el ferrocarril de New Haven, una estación de policía y los Jardines Botánicos del Bronx.

Leon Quat tenía el aspecto general de esos hombres de cincuenta y dos años que combinan la dirección de un gabinete jurídico, una agencia inmobiliaria y una empresa de seguros en un mismo despacho situado en un segundo piso de dos habitaciones en Queen Boulevard, donde todos los inquilinos pagan los impuestos. Sin embargo, Leon Quat realmente no era ese tipo de hombre. Llevaba patillas. Todo un par de patillas. No llegaban hasta la mitad de la oreja que es hasta donde llegan las patillas de muchos tipos. No, a pesar de su completo aspecto de agente de seguros de Queens Boulevard, él tenía patillas auténticas, hasta la parte interior del lóbulo, las auténticas patillas que se han convertido, en cierta forma, en distintivo del Movimiento.

Leon Quat se levantó sonriendo:

— Estamos muy agradecidos a la Sra. Bernstein, sólo que él pronunciaba "Steen".

— ¡STEIN! — Una gran voz curada por el humo tronó desde el fondo de la sala. ¡Lenny! Leon Quat y los Panteras Negras tendrán oportunidad de oír a Lenny. Eso es absolutamente seguro. Lenny hablará.

Leon Quat debe ser el único de los presentes que no sabe lo de Lenny y el Apunte Mental de las tres de la madrugada... Durante años, veinte al menos, Lenny ha insistido en —*stein* no *steen*, como indicando, yo no soy uno de esos judíos de 1921 que intentan borrar su judaísmo disolviendo sus nombres en una suave pronunciación inglesa. Lenny ha establecido tan claramente su criterio respecto al —*stein* y no *steen*— que de hecho algunas de las personas presentes creen en esa historia de que alguien se acercó a Larry Rivers, el artista, y le dijo, “Oye, he oído que Leonard Bernstein y tú” —pronunciándolo *steen*— “ya no os habláis”. Y Rivers contestó: “¡STEIN!”.

—Estamos muy agradecidos... Por su maravillosa hospitalidad —dice Quat, que no parecía dispuesto a tratar de repetir el nombre correctamente.

Luego, lanza a la multitud:

—Supongo que los que estamos aquí no somos más que una pandilla de *snoob* intelectuales fatigados... me refiero a las palabras del vicepresidente Agnew, por supuesto, que no puede estar con nosotros hoy porque se halla en el sur del Pacífico explicando la doctrina Nixon a los australianos. Todos los vicepresidentes padecen complejo de Avis —al ocupar por definición un segundo puesto, tienen que exagerar, como el general Ky o Hubert Humphrey ...

Espera las sonrisas y las risas ahogadas tras cada una de estas ironías, pero las celebridades y los intelectuales están un poco perplejos. Le conceden una especie de muda atención. Habían venido aquí por los Panteras y la Izquierda Exquisita, y aquí está este director de agencia inmobiliaria de Queens Boulevard con patillas contándoles chistes de Agnew. Pero Quat está demasiado sumergido en su extraño agujero para poder salir.

— Todo el respeto que pudiera haber sentido por Lester Maddox, desapareció al ver a Humphrey ponerle el brazo por encima del hombro...

Y de algún modo, Quat empieza a desaparecer en el agujero, sepultando a Hubert Humphrey con montones de viejo material al estilo de Shelley Berman. Lentamente, va trepando hacia el exterior. Empieza a hablar sobre la persecución de los 21 Panteras. Han estado en la cárcel desde el 2 de febrero de 1969 esperando ser juzgados por ridículas acusaciones, tales como conspirar para volar los Jardines Botánicos del Bronx. Su fianza se ha fijado en la descabellada cifra de cien mil dólares por persona, lo cual en realidad significa negarles el derecho a la fianza. Han estado aislados y se les ha trasladado de una cárcel a otra. A todos los efectos y propósitos, les ha sido negado el derecho a hablar con sus abogados para preparar su defensa. Han estado sometidos a un tratamiento inhumano en la cárcel — por ejemplo, a Lee Berry, epiléptico, se le arrancó de su cama del hospital para arrojarlo a la cárcel y tenerlo en confinamiento solitario con una bombilla encendida sobre la cabeza día y noche. Los Panteras que no han sido encarcelados, o asesinados, como Fred Hampton, son acechados y perseguidos en todos los lugares adonde van. “Uno de los pocos altos funcionarios que se hallan aún... en libertad” — Quat sonríe — “está hoy aquí. Don Cox, Mariscal de Campo del Partido de los Panteras Negras”.

— Exactamente — dice una voz, un tanto suave, a Leon Quant. Y un negrazo surge detrás de uno de los pianos de cola de Lenny... *el Negro del piano...*



Tom Wolfe

Nació en Virginia en 1931. Escritor y periodista estadounidense. Fue el creador, junto con Rex Reed, Hunter S. Thompson y Jimmy Breslin, del llamado «nuevo periodismo», destinado, según él, a suplantar al moribundo género de la novela. Expuso tales ideas en su libro *The New Journalism* (1973), en el que afirmó que los periodistas pueden adoptar técnicas reservadas tradicionalmente a la ficción y originar así una nueva forma de narrativa. Sarcástico y mordaz, sus artículos publicados en los años sesenta y setenta en rotativos prestigiosos, como *The New York Herald* y *The Washington Post*, revelaron una mente agudamente crítica que fustigaba sin descanso variados aspectos de la cotidianidad y la cultura estadounidense, sin excluir el arte y la literatura. Defensor a ultranza de la cultura *pop* en los años sesenta, su mejor libro de este período es *Gaseosa de ácido eléctrico* (1968), relato de un viaje por Estados Unidos en compañía del escritor Ken Kesey. Su obra posterior se caracterizó por un virulento tono polémico contra los liberales (*La izquierda exquisita*, 1970) o contra el narcisismo de los años ochenta (*La década púrpura*, 1982). Tom Wolfe se distinguió como novelista con *La hoguera de las vanidades* (1987), que publicó por entregas en la revista *Rolling Stone*; tal fue su repercusión que entró en las listas de los libros más vendidos. Con su siguiente novela, *Todo un hombre* (1998), Tom Wolfe superó aún el éxito de ventas de la anterior. En estos dos libros Wolfe pretende crear un ámbito en el que se pongan en evidencia todas las capas de la sociedad de su país, lo mejor y lo peor; su objetivo no es retratar determinados personajes o hechos, sino desvelar críticamente el medio sociocultural y los prejuicios y actitudes fuertemente arraigadas. Sin embargo, la suya es una narrativa que busca el impacto y suele quedarse en la crítica superficial. Otros títulos de su producción son *The New America* (1989) y *Fort Bragg* (1996), entre otros. Murió en mayo de 2018.

Cerramos la ciudad

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

HACÍA TRES MESES QUE VIVÍA EN LUANDA, en el Hotel Tívoli. La ventana tenía vista a la bahía y al puerto. En los muelles se encontraban algunos barcos de carga de las líneas europeas. Sus capitanes mantenían comunicación por radio con Europa y podían saber lo que iba a pasar en Angola más y mejor que nosotros, encerrados en la ciudad sitiada. Cuando después del amanecer se divulgaba la noticia de la próxima batalla por Luanda, los barcos zarpaban hacia altamar y se detenían en el límite del horizonte. Con ellos se alejaba la última esperanza de salvación ya que la huida por tierra era imposible; a la vez se repetían los rumores de que, en cualquier momento, el enemigo bombardearía y paralizaría el aeropuerto. Al final resultaba que la fecha del ataque a Luanda quedaba pospuesta y la flota regresaba a la bahía; era una espera sin fin por la carga de café y algodón.

El movimiento de estos barcos era para mí una importante fuente de información. Cuando la bahía se fue quedando desierta empecé a prepararme para lo peor. Escuchaba para detectar si se acercaban los

ruidos de la artillería. Pensaba que quizá no era verdad lo que murmuraban entre sí los portugueses: que en la ciudad se escondían dos mil soldados de Holden Roberto, quienes solamente esperaban la orden de iniciar la matanza. Pero, en medio de estas preocupaciones, los barcos entraban de nuevo a la bahía. A los desconocidos marineros los saludaba en mi pensamiento como a salvadores: por un tiempo nos esperaba la calma.

En el cuarto vecino vivían dos viejitos, don Silva —traficante de diamantes— y su esposa, doña Esmeralda, que moría de cáncer. Llegaba a sus últimos días sin ayuda ni salvación, porque los hospitales habían cerrado y los médicos se habían ido. Su cuerpo se perdía en un montón de almohadas, retorcido de dolor. Tenía miedo de entrar ahí. Una vez lo hice y le pregunté si no le molestaba el teclear de mi máquina por las noches. Su pensamiento se liberó del dolor, por un instante, para decir:

—No, Ricardo, a mí ya nada puede molestarme para llegar al final.

Don Silva caminaba horas enteras por el pasillo. Reñía con todo el mundo, maldecía al Universo, se le subía la sangre a la cabeza. Peleaba incluso con los negros, a pesar de que en este tiempo ya todos los trataban con cortesía. Uno de nuestros vecinos había tomado la costumbre de parar a los africanos completamente desconocidos, les daba la mano y los saludaba haciendo una reverencia. Estos creían que la guerra lo había hecho perder el sentido y se alejaban rápidamente. Don Silva esperaba la llegada de Holden Roberto y me preguntaba si yo sabía algo sobre eso. La vista de los barcos que partían lo llenaba de la mayor alegría, se frotaba las manos y se enderezaba, mostrando su dentadura postiza. A pesar del aplastante calor usaba siempre ropa de invierno. En

los pliegues de su traje tenía cosidos rosarios de diamantes. Una vez, en un arranque de alegría, cuando parecía que el FNLA estaba ya a la entrada del hotel, me mostró un puñado de piedras transparentes que parecían vidrio finamente triturado: eran diamantes. En el hotel decían que don Silva cargaba encima medio millón de dólares. El viejo tenía el corazón desgarrado. Quería escapar con su riqueza pero lo clavaba la enfermedad de doña Emilia. Temía que, si no se marchaba inmediatamente, alguien lo denunciara y le quitaran sus tesoros. Nunca salió a la calle, incluso quería colocar una cerradura adicional en su puerta, pero todos los especialistas se habían ido de Luanda y no había ni un solo hombre que pudiera hacerlo.

Enfrente vivía una joven pareja: Arturo y María. Él era un empleado de la colonia; ella era una rubia tranquila y callada de ojos dormidos y sensuales. Esperaban su salida pero antes debían cambiar el dinero angoleño por el portugués, trámite que llevaba semanas porque las colas de los bancos eran kilométricas. La sirvienta que hacía la limpieza, una viejita ágil y cariñosa, doña Cartagina, me contó, en voz baja y conmovida, que Arturo y María no estaban casados. Es decir, que vivían como los negros o como esos descreídos del MPLA. En su escala de valores éste era el nivel más bajo de degradación y desvergüenza de un hombre blanco. Doña Cartagina también esperaba la llegada de Holden Roberto. No sabía dónde estaban sus tropas y me preguntaba en secreto por ellas. También me preguntaba si escribía bien sobre el FNLA. Le respondía que sí, que entusiastamente. De gratitud siempre limpiaba mi cuarto hasta dejarlo brillante. Cuando en la ciudad no había qué beber me traía, sin saber de dónde, una botella de agua.

María me trataba como a un hombre que se prepara para el suicidio porque le había dicho que me quedaría en Luanda hasta el día de la Independencia de Angola, el 11 de noviembre. Opinaba que para esa fecha no quedaría nada en pie en la ciudad. Todos perecerían y ahí surgiría un gran cementerio habitado por hienas y buitres. Me aconsejaba que me fuera rápidamente. Aposté con ella una botella de vino a que sobreviviría y que nos encontraríamos en Lisboa, en el elegante Hotel Altis, el 15 de noviembre a las cinco de la tarde. Llegué tarde a la cita, pero en la recepción María me dejó una nota donde decía que me había esperado y que al día siguiente salía para Brasil con Arturo.

El Hotel Tívoli estaba repleto, recordaba las estaciones de ferrocarril inmediatamente después de la guerra, atestado, con el alboroto de los huéspedes, unas veces nervioso y otras apático y con montones de bultos amarrados de cualquier manera. Por todas partes olía mal, con un olor acre. El edificio estaba lleno de una pesadez pegajosa y asfixiante. La gente sudaba de calor y de miedo. Reinaba un ambiente de apocalipsis a la espera del desastre. Alguien trajo la noticia de que bombardearían la ciudad en la noche. Otro supo que los negros afilaban los cuchillos en sus barrios y querían probarlos en las gargantas portuguesas. En cualquier instante iba a estallar una insurrección. ¿Qué insurrección?, preguntaba, para informar a Varsovia. Nadie sabía exactamente. Sólo una insurrección: cuando estallara se sabría qué clase de insurrección.

Los rumores extenuaban a todos, alteraban los nervios, quitaban la capacidad de pensar. La ciudad vivía una atmósfera de histeria, temblaba de miedo. La gente no sabía cómo soportar la realidad que la rodeaba en aquel momento. Cómo explicarla, cómo

familiarizarse con ella. Los hombres se encontraban en los pasillos del hotel y celebraban reuniones de Estado Mayor. Los simples pragmáticos estaban a favor de que se hicieran barricadas delante del hotel durante la noche. Los que tenían horizontes más amplios, y la capacidad de mirar globalmente el mundo, consideraban que debía enviarse un cable a la ONU solicitando su intervención. Pero, como es costumbre entre los latinos, todo terminaba en disputa. Por las noches, un avión sobrevolaba la ciudad y tiraba propaganda. Era un avión pintado de negro, sin luces ni señas. Los volantes decían que los ejércitos de Holden Roberto estaban cerca de Luanda y que podían entrar en la capital cualquier día. Para facilitar esta tarea se incitaba a la población a que matara a todos los rusos, húngaros y polacos que dirigían las tropas del MPLA que eran causantes de toda la guerra y todas las desgracias que le habían caído al sufrido pueblo. Esto pasa en septiembre, cuando yo era el único hombre de Europa oriental que quedaba en Angola. Por la ciudad deambulaban los comandos de la PIDE; venían al hotel, preguntaban quién vivía en él, gozaban de una total impunidad, pues en Luanda no existía ninguna autoridad y ellos querían vengarse de todo: de la revolución de los claveles, de la pérdida de Angola, de las carreras truncas. Cada tocar a la puerta podía ser para mí una mala señal. Traté de no pensar en eso: el único remedio para tales situaciones.

Los comandos se reunían en el Adao, bar nocturno al lado del hotel. Ahí siempre había oscuridad, los mozos andaban con linternas. El propietario del bar, un *play boy* gordo y gastado, de ojos inyectados y párpados hinchados, me llevó una vez a su despacho. Desde el piso hasta el techo, las paredes estaban cubiertas de estantes en los cuales se encontraban doscientas

veintiseis variedades de whisky. Sacó de la gaveta del escritorio dos pistolas y las puso delante de él.

—Mataré con esto a diez comunistas; sólo entonces quedaré tranquilo —dijo.

Lo miré, sonreí y esperé lo que iba a hacer. A través de la puerta se oía la música; los comandos se divertían con las mulatas borrachas. El gordo guardó las pistolas y cerró la gaveta. Hasta el día de hoy no sé por qué me dejó tranquilo; tal vez pertenecía a ese tipo de personas que sienten una gran satisfacción en saber que podrían hacerlo y no lo hacen.

Durante todo el mes de septiembre me acostaba sin saber qué pasaría ni esa noche ni al día siguiente. A mi lado se movían algunos tipos, reconocía sus caras. Siempre nos encontrábamos sin intercambiar una sola palabra. No sabía qué hacer. Al principio decidí estar alerta, no quería que me sorprendieran dormido. Pero a media noche la tensión disminuía y me dormía, vestido y con los zapatos puestos, en la gran cama, maravillosamente hecha por doña Cartagina.

El MPLA no podía defenderme: su gente se encontraba lejos, en los barrios africanos o aún más lejos, en el frente. El barrio europeo, donde yo vivía, no les pertenecía. Por eso me gustaba viajar al frente: era más seguro, más íntimo. Sin embargo, esas salidas ocurrían con poca frecuencia. Nadie, incluso la gente del Estado Mayor, sabía determinar exactamente dónde se encontraba el frente. No había transporte ni comunicaciones. Los pequeños destacamentos solitarios e inexpertos de guerrilleros principiantes, perdidos en los espacios enormes y traicioneros, se movían aquí y allá, sin plan ni idea. Cada cual hacía esta guerra a su manera y cada cual sólo podía contar consigo mismo. Todos los días, a las nueve de la noche, se hacía oír Varsovia. En el télex que se

encontraba en la recepción, se encendía la luz y la máquina tecleaba la señal:

814251 PAP PL BUENAS NOCHES PASAMOS
A RECEPCIÓN

o bien:

POR FIN PUDIMOS COMUNICAR

o bien:

¿TENDREMOS HOY ALGUNA NOTICIA?
PLS GA GA

Yo contestaba:

OK OK MOM SVP

y ponía la cinta con el texto de mi cable.

Para mí las nueve era el momento más importante del día, era una vivencia que se repetía cada noche. Escribía a diario, escribía por incentivos egoístas: rompía la inercia y la depresión interna para preparar un cable, aunque fuera muy corto, porque así mantenía la comunicación con Varsovia. Eso me salvaba de la soledad y del sentimiento de abandono. Cuando tenía tiempo, vigilaba el télex mucho antes de las nueve. La lucecita que se encendía despertaba en mí el mismo entusiasmo que despierta en un hombre en el desierto el manantial repentinamente encontrado. Por todos los medios, trataba de prolongar el tiempo de esas sesiones. Describía detalladamente todas las batallas. Preguntaba qué tiempo hacía en mi país, y me quejaba de no tener que comer. Pero finalmente llegaba el instante en que Varsovia contestaba:

BUENA RECEPCIÓN NOS COMUNICAMOS
MAÑANA HORA 20 00 GMT. BY BY

La luz se apagaba y me quedaba nuevamente solo.

Luanda parecía en forma distinta a nuestras ciudades durante los años de la guerra: no hubo bombardeos, pacificaciones, destrucción de barrios tras barrios. No había cementerios en las calles y en

las plazas. No recuerdo ni un incendio. La ciudad moría como muere el oasis donde se han secado los pozos. Se vaciaba, caía en la inercia, se alejaba hacia el olvido. Pero esta agonía se produjo más tarde. Por el momento, en todas partes reinaba un movimiento febril. Todos se precipitaban: todos se iban. Cada uno trataba de tomar el avión más próximo para Europa, para América, para cualquier lado. A Luanda llegaban los portugueses de toda Angola. De los rincones más lejanos arribaban las caravanas de automóviles, repletos de gente y de equipaje. Los hombres barbudos; las mujeres, ajadas y despeinadas; los niños sucios y soñolientos. En el camino, los fugitivos se unían en largas columnas y así atravesaban el país, cuanto mayor es el grupo mayor es su seguridad.

Al principio, ocupaban los hoteles de Luanda pero ya no hubo lugares y entonces se iban directamente al aeropuerto. Alrededor del aeropuerto surgió una ciudad nómada, sin calles ni casas. La gente vivía a la intemperie, siempre mojada por las constantes lluvias. Vivían peor que los negros del barrio africano, vecino al aeropuerto, pero lo aceptaban en forma apática, con resignación sombría, sin saber a quién maldecir por su destino. Salazar ya no vivía. Caetano había huido al Brasil y en Lisboa el gobierno cambiaba constantemente. La culpable de todo era la revolución, porque reinaba la calma. Ahora, el gobierno había prometido a los negros la libertad; y los negros se peleaban entre ellos, quemaban y asesinaban. Ellos no son capaces de gobernar. El negro es así: beber y luego dormir todo el día. Se pone collaritos encima y anda contento.

¿Trabajar? Aquí nadie trabaja. Viven como hace cien años. ¡Qué va cien, señor, como hace mil años! Yo vi algunos que vivían como hace mil años. ¿Y cómo se puede saber qué pasaba hace mil años?

Seguro, es posible, todo el mundo sabe lo que pasaba. Este país se acabó para siempre. Mobutu cogerá un pedacito, los del sur otro pedacito, y así terminarán las cosas. Ojalá pueda irse de aquí uno inmediatamente. Para no mirarlo más. Yo tengo aquí cuarenta años de trabajo. Toda mi sangre. ¿Quién me la devolverá ahora? ¿Usted cree señor, que uno puede empezar la vida de nuevo?

La gente, sentada en los baúles, cubierta con plásticos porque sigue lloviendo, medita y reflexiona sobre la situación. A veces, en esta multitud abandonada que ha vegetado aquí durante semanas enteras, estalla una chispa de rebeldía. Las mujeres atacan a los soldados encargados de mantener el orden, y los hombres tratan de secuestrar un avión para que todo el mundo sepa a qué clase de desesperación han sido llevados. Nadie sabe cuándo saldrá de aquí ni en qué dirección. Reina el desorden cósmico. Es difícil organizar a los portugueses porque son individualistas declarados, naturalezas que no saben vivir en aglomeración ni en comunidad. La primacía la tienen las mujeres embarazadas. ¿Por qué ellas? ¿Acaso yo soy peor por haber parido hace medio año? Bien, la primacía la tienen las mujeres embarazadas y las que tienen bebés. ¿Por qué ellas? ¿Acaso yo debo ser peor porque mi hijo haya cumplido tres años? Bien, la primacía la tienen las mujeres con niños. ¿Sí? ¿Y yo, porque soy hombre, debo perecer aquí? Y así los más fuertes se meten en el avión y las mujeres con niños se acuestan sobre la pista, debajo de las ruedas, para que los pilotos no puedan despegar. Llegan al Ejército, echan a los hombres y hacen entrar a las mujeres; ellas suben las escaleras triunfantes, como una legión de vencedores en una ciudad recién conquistada.

Dejamos que se marchen primero las personas con los nervios deshechos. Muy bien, no hay que buscarlas lejos, si no fuera por la guerra hace rato que ya estarían en un manicomio. A nosotros nos atacó por Carmona una banda de salvajes, nos quitaron todo, nos pegaron y nos querían fusilar. Aún ahora estoy temblando. Me volveré loca si no salgo de aquí enseguida. Queridos, sólo les diré que perdí todos los bienes de mi vida. Además, ahí en Lumbala, dos de la UNITA me agarraron por el pelo y un tercero me puso el cañón del fusil en un ojo. Creo que es una razón suficiente para perder la cabeza.

Ningún criterio merecía una aprobación unánime. La desesperada masa afluía hacia cada avión, pasaban horas hasta que se podía determinar quién obtendría el puesto.

Hay que transportar medio millón de fugitivos por el puente aéreo hasta el otro lado del mundo.

Todos saben por qué quieren largarse. Saben que septiembre se podrá soportar pero en octubre las cosas irán ya muy mal y en noviembre nadie sobrevivirá. ¿Cómo lo saben? ¡Usted pregunta cada cosa! Yo llevo aquí veintiocho años y algo puedo decir sobre este país. ¿Usted sabe a lo que llegué? A tener un viejo taxi que abandoné en la calle.

La gente huía como presintiendo la llegada de la peste, como ante el avance de un aire fétido que aunque invisible era portador de la muerte.

Luego llegaría el viento y la arena borraría las huellas del último ser humano. ¿Tú crees en eso?, preguntaba a Arturo. Él no lo cree pero prefiere irse. ¿Y usted doña Cartagina, usted lo cree? Sí, doña Cartagina está convencida de esto. Si nos quedamos hasta noviembre no quedará nada de nosotros. Aquí, la viejita se pasa enérgicamente un dedo por el cuello, donde su uña deja una marca roja.

Muchas cosas pasaron antes de que la ciudad fuera cerrada y condenada a muerte. Como el enfermo en agonía que de pronto se agita y momentáneamente recupera las fuerzas, a fines de septiembre la vida en Luanda adquiría un vigor y un ritmo especial. Las aceras estaban colmadas de gente y en las calles había embotellamientos. La gente corría enervada, se precipitaba, resolvía miles de asuntos. Sólo para irse lo más pronto posible, para escapar a tiempo, antes de que la primera ola de aire contaminado entrara en la ciudad.

No querían a Angola.

Se hastiaron de este país que debía ser su tierra prometida y sólo les trajo decepción y humillación; se despedían de su casa africana con una mezcla de desesperación y de rabia, de pena e impotencia, con el presentimiento de que se despedían para siempre. Solamente deseaban salvar sus vidas y sus bienes.

Toda la ciudad estaba ocupada en la construcción de las cajas. Han traído montañas de tablas y tablones. Subieron vertiginosamente los precios de los martillos y de los clavos. Sólo se hablaba de las cajas: cómo armarlas y cómo reforzarlas mejor. Aparecieron legiones de especialistas cajeros o constructores de cajas; arquitectos duchos en la materia; corrientes, escuelas y estilos para construir cajas. Dentro de Luanda, hecha de hormigón y ladrillo, comenzó a surgir una nueva ciudad de madera. Caminaba ahora por las calles como si caminara por una enorme obra en construcción. Tropezaba con las tablas tiradas, un clavo saliente de una viga me rompió la camisa. Algunas cajas tenían el tamaño de casitas de verano porque había surgido de repente una escala de prestigio en las cajas: el que era más rico construía una caja más grande. Imponentes eran las cajas de los millonarios: con grandes vigas y revestidas por den-

tro de lona, con paredes sólidas y elegantes, hechas de las variedades más costosas de árboles tropicales, cuyas vetas, cuidadosamente cortadas y pulidas, recordaban los muebles antiguos. En estas cajas empacaban salones y dormitorios enteros, los sofás, las mesas y los armarios; las cocinas y los refrigeradores; los tocadores y las sillas; los cuadros, las alfombras, las arañas, las vajillas, la ropa de cama y la ropa interior; toda la ropa; los gobelinos, los *puff* y los floberos inclusive las flores artificiales (que también vi); todos esos trastos monstruosos, interminables, que colman la casa de cualquier burgués: las figuritas, conchas, bolas de vidrio, frascos, lagartos disecados, miniaturas de metal de la catedral de Milán traídas de una excursión a Italia; cartas, cartas y fotografías, fotografías de bodas en marcos dorados. Sería mejor dejar esto, dice el hombre. ¿Qué cosa?, no tienes vergüenza, grita la enojada señora. Todas las fotos de los niños. Ésta de cuando se sentó por primera vez, cuando por primera vez dijo dame, dame; y ésta otra con una paleta y ahí con la abuelita; entonces, todo esto, literalmente todo, también las cajas de vino y esta provisión de macarrones que compré cuando comenzaron a disparar y la caña de pescar, la aguja de crochet, Tutú, ¡mis hilos!, los silbatos; el aspirador y el cascanueces tienen que caber, simplemente tiene que caber, para que sólo quede el piso desierto, las paredes vacías, todo desnudo, el *strip-tease* del apartamento llevado hasta el final, con las ventanas sin cortinas. Sólo nos queda cerrar la puerta y en el camino hacia el malecón tirar la llave al mar.

Las cajas de los pobres son inferiores en varios sentidos. Ante todo son más chicas y a menudo insignificantes. No pueden competir en calidad porque su elaboración deja mucho que desear. En contraste con los ricos, que tienen medios para alquilar a los

maestros carpinteros, los pobres deben hacer las cajas con sus propias manos. Las hacen con los desperdicios de los aserraderos, con pedazos de tablas, con vigas chuecas, con triplay torcido, con todo el desperdicio de madera que podía comprar barato en un almacén de tercera categoría. Muchas de estas cajas, revestidas con hojalata de envases de aceite, de viejos anuncios de tiendas y de oxidadas señales de carretera, se parecen a los desvencijados barrios africanos. No vale la pena mirar en su interior, incluso es de mal gusto.

Las cajas de los ricos se levantan en las principales calles del centro o en los rincones sombríos de los barrios de lujo. Cualquiera puede mirarlas y admirarlas. Mientras que la cajas de los pobres se pierden en los portales, en los patios, en las barrancas. Se esconden hasta que llega el momento de transportarlas por toda la ciudad hasta el puerto. Es triste el espectáculo.

Debido a la abundancia de madera que se encontró en Luanda, la ciudad desierta y cubierta de polvo, pobre de árboles y de áreas verdes, huele ahora a un magnífico bosque resinoso. Como si este bosque creciera de repente en las calles, en las plazas, en los jardines. Por la noche abría las ventanas, aspiraba profundamente ese olor y entonces se alejaba la guerra, no oía los gemidos de doña Esmeralda, no veía al gastado *play boy* con sus pistolas y me sentía como si durmiera en la casa del guardabosque en la campiña polaca.

La construcción de la ciudad de madera, de la ciudad de cajas, dura días enteros, desde el amanecer hasta la puesta del sol. Trabajan todos, bajo la lluvia, bajo el sol, incluso los millonarios con posibilidades físicas se ponen a trabajar. Los niños se contagian con el fervor de los adultos. Ellos también constru-

yen sus cajitas para las muñecas y para los juguetes. Se empaca bajo la protección de la noche. Así es mejor, porque entonces nadie se mete en los asuntos ajenos, nadie lleva cuenta de lo que sacó, ya que, evidentemente, hay muchos al servicio del MPLA que quisieran delatarme.

Así, por las noches, en las oscuridades más profundas, trasladarnos al interior de la ciudad de piedra, al interior de la ciudad de madera. Cuesta mucho esfuerzo y mucho sudor, cargar y agitarse, dolor de brazos, hacer los equipajes, dolor de rodillas al apretar las cosas en los baúles, porque todo tiene que caber y porque la ciudad de piedra fue enorme y la ciudad de madera es pequeña.

Poco a poco, noche tras noche, la ciudad piedra perdía su valor en favor de la ciudad madera. Gradualmente también cambiaba el pensamiento de la gente. La gente dejó de pensar en las categorías de casa y de apartamento y sólo discutían sobre las cajas. En vez de decir: tengo que ir a ver qué pasa en mi casa, decían: tengo que ir a ver qué pasa en mi caja. Esto era lo único que les interesaba y que les preocupaba. Esta Luanda que dejaban atrás, era para ellos una maqueta inerte y ajena, un escenario completo pero vacío, como después de un espectáculo.

Una ciudad como ésta no la había visto en ningún lugar del mundo y tal vez no la verá nunca más. Existió durante un mes y luego comenzó de pronto a desaparecer. Mejor dicho, barrio tras barrio, fue transportada en camiones hasta el puerto. Ahora se extendía en la misma orilla del mar, alumbrada de noche por los faros del puerto y el resplandor de las luces de los barcos anclados. De día, en sus callejuelas caóticas, la gente se movía mientras pintaban sobre tablitas sus nombres y sus direcciones, como se hace en todos los lugares del mundo cuando alguien

construye una casa propia. Uno podría hacerse la ilusión de que esto era normal: una ciudad de madera como cualquier otra, sólo que clausurada por sus habitantes, quienes debían haberla abandonado apresuradamente por razones desconocidas.

Y de pronto, cuando en la ciudad de piedra ya todo andaba muy mal y nosotros, un puñado de sus habitantes, esperábamos el día del juicio final, la ciudad de madera se fue por el océano. La llevaba la gran flota. Y dentro de algunas horas habría desaparecido en el horizonte. Esto ocurrió de repente, como si hubiera entrado al puerto una flota pirata, hubiera robado el riquísimo tesoro y se escapara por alta mar.

Llegué a ver cómo se iba navegando la ciudad. Al amanecer aún se mecía en la orilla, apilada desordenadamente, desierta, sin vida, como transformada en un museo del antiguo Oriente después de la salida del último visitante. A esa hora hacía fresco y había mucha niebla. Me encontraba en la orilla con un grupo de soldados angoleños y un grupo de niños negros, harapientos y temblando de frío. Nos quitaron todo, dijo sin rabia uno de los soldados, y comenzó a rebanar una piña, pues estas frutas, súper maduras, que al cortarlas dejaban correr el jugo como agua, eran entonces nuestro único alimento. Nos quitaron todo, repitió, y hundió la cara en la copa dorada de la fruta. Los abandonados niños del puerto lo miraban con ojos fascinados, voraces. El soldado levantó la cara empapada de jugo, sonrió y añadió: pero, por lo menos, ahora tenemos casa. Nos quedamos solos con lo nuestro. Se levantó y, contento con la idea de que Angola le pertenecía, descargó al aire todo el peine de su ametralladora. Contestaron las sirenas, las gaviotas levantaron sus alas y volaron alejándose por encima del agua, la ciudad de madera se sacudió y poco a poco comenzó a alejarse.

No sé si alguna vez haya ocurrido que toda una ciudad atravesara el océano pero ahora sucedía. La ciudad salió al mundo en busca de sus habitantes, de los antiguos habitantes de Angola —los portugueses— que se han diseminado por Europa y por América. Una parte se había dirigido hacia el África del Sur. Todos ellos salieron de Angola apuradamente, huyendo de la guerra, convencidos de que en este país no habría más vida y que sólo quedarían los cementerios. Pero antes de irse construyeron en Luanda una ciudad de madera, donde empacaron todo lo que se encontraba en la ciudad de piedra. En las calles han quedado solamente miles de automóviles, cubiertos de polvo y carcomidos por la herrumbre. Quedaron también las paredes, los techos, el asfalto y los bancos de hierro en el malecón.

Y ahora la ciudad de madera atravesaba el Atlántico, sacudida por las violentas olas de la tormenta. En alguna parte del océano se produjo la división de la ciudad, el mayor de los barrios se dirigió hacia Lisboa, el otro hacia Río de Janeiro y el tercero hacia Cape Town. Cada uno de estos barrios llegó felizmente a su destino. Lo sé de distintas fuentes. María me había escrito que sus cajas, esas cajas que antes habían formado parte de la ciudad de madera, ya estaban en Brasil. Distintos periódicos escribían acerca de la feliz llegada de uno de los barrios a Cape Town. Y ahora lo veía con mis propios ojos. Después de haber salido de Luanda me detuve en Lisboa. Un amigo me llevaba por una amplia calle, por la desembocadura del Tajo, cerca del puerto. Ahí vi los fantásticos montones de cajas, apilados hasta una altura increíble, abandonados, intactos, como si no tuvieran dueño. Éste fue el mayor barrio de aquel Luanda de madera que había llegado a la orilla de Europa.

En los días en que apenas iniciaban la construcción de la ciudad de madera, los mayores problemas los tenían los comerciantes. ¿Qué hacer con el montón de mercancías que se encontraba en las tiendas y que llenaba los almacenes hasta el techo? Nadie puede imaginarse una caja en la que hubiera cabido lo que poseía el principal comerciante al por mayor de Luanda —don Castro Soremenho e Sousa. —¿Y los demás comerciantes?

¿Y los miles de comerciantes minoristas?

Además, todas las importaciones llegaban como si se hubieran vuelto locas. Las empresas europeas (¿acaso ahí nadie lee los periódicos?) mandan a Luanda las mercancías encargadas hace tiempo sin advertir que Angola arde con el fuego de la guerra. ¿Quién necesita ahora equipos completos para los baños, enviados ayer por la compañía Koenig e Hijos de Hamburgo? ¿Acaso no es cómica la noticia que desde Londres llegó el cargamento de pelotas y de que raquetas de tenis y de palos de golf? Como una burla llega desde Marsella un gran envío de insecticidas en *spray*, encargados por los plantadores de café, los mismos que se están disputando un lugar en el avión que sale para Europa.

Don Urbano Tavares, propietario de una joyería en la calle central, a pesar de la desgracia desencadenada a su alrededor puede sentirse contento. Al escoger hace años su especialidad, dio en el blanco. El oro siempre podrá venderse y lo que sobre puede sacarse sin problemas en el equipaje de mano. En su negocio reina gran agitación. Pero no sólo el oro tiene buena salida. La gente se aglomera alrededor de las tiendas de víveres porque la comida escasea cada vez más.

Los almacenes de ropa y de zapatos están llenos a reventar. También hay una gran demanda de

relojes, radios de transistores, cosméticos y medicinas. Cosas pequeñas y ligeras que puedan servir en el nuevo camino de la vida, allá, en los países de ultramar.

La visita a la librería en Lago do Portugal produce una triste impresión. Está vacía. El polvo cubre con una capa gris el viejo mostrador. Ni un comprador. ¡Quién tiene ahora la cabeza para leer libros! Los soldados han comprado hace rato las últimas revistas pornográficas y se las llevaron al frente. Lo que quedó —montones de obras clásicas revueltas con basura literaria— no interesa a nadie. Los que viven de la pluma pueden recibir una buena clase de modestia. Una obra inmortal o una novelucha son para el fugitivo igualmente molestas, por la simple razón de que el papel pesa.

La tienda con el nombre religioso Cruz de Cristo está también vacía. La especialidad del negocio es la venta y alquiler de trajes para bodas. La dueña, doña Amanda, está sentada inmóvil durante horas enteras ante un montón de maniqués también inmóviles, sordomudos encantados por una hada invisible. Hay tantos vestidos como en las bodas colectivas que actualmente se celebran en México. Todos son blancos y largos, pero cada uno tiene un corte distinto; cada uno resulta maravilloso con su riqueza barroca de encajes y de volantes. ¿Qué es lo que espera doña Amanda, la dueña de la tienda? Basta mirar por la vitrina su cara amarga y huraña. Los tiempos de alegría y de fiesta han pasado y doña Amanda sigue rodeada por las innecesarias prendas de una época liquidada.

Más suerte —si ésta es la palabra adecuada, lo que dudo— tiene don Francisco Amarel Reis, propietario del negocio Caminho ao Ceu (Camino al Cielo), situado discretamente en una callejuela lateral, al ter-

minar el centro. Especialidad: ataúdes, cruces, flores metálicas y otros accesorios funerarios. En estos días hay muchas muertes, porque el miedo, la desesperación y las frustraciones llevan a la gente a la sepultura. Hay muchos de accidentes trágicos, pues en la atmósfera general de la calamidad, derrota, rabia y espera, los choferes menos resistentes resultan unas bestias. De modo que tenemos entierro tras entierro.

Escribo sobre las personas que me fueron presentadas por doña Cartagena. La viejita era un alma protectora del hotel, quería resolver todos los problemas. Era la única única que se interesaba por los vestidos de doña Amanda, porque había soñado con la boda de Arturo y María. Con don Francisco discutía el precio del último servicio funerario para doña Esmeralda, quien ya estaba inconsciente. Yo era el único que frecuentaba la librería; porque me gusta pasar el tiempo rodeado de libros.

Hemos enterrado a doña Esmeralda en el cementerio que se encuentra en la abrupta ladera, a la orilla del mar, y es tan blanco como si lo cubriera la nieve eterna. De esta nieve salen los cipreses altos y esbeltos, que al sol parecen tener un color azul marino. El portal está pintado de azul, que en este caso da una impresión cálida y optimista, pues sugiere que los que por aquí pasan van al cielo, como los santos de una canción de Armstrong.

Al día siguiente don Silva, maldito tacaño, se fue con su traje de diamantes.

Luego llevé al aeropuerto a María y a Arturo.

Ahora, todos los días llegaban aviones franceses, portugueses, soviéticos, italianos. Los pilotos salían, miraban al aeropuerto. Los veía extrañado, pensando que hace algunas horas habían estado en Europa. Los miraba como si fueran seres de otro planeta. Europa era un punto lejano e irreal en la ga-

laxia, cuya existencia sólo podría comprobarse por medio de complicadas deducciones. Por la noche se iban, las pesadas máquinas se arrastraban por la pista de aterrizaje, con dificultad ganaban altura y se perdían entre las estrellas. La ciudad ambulante, sin techos ni paredes, la ciudad de los fugitivos, situada alrededor del aeropuerto, gradualmente desaparecía de la tierra. En ese tiempo, la ciudad de madera había abandonado Luanda y esperaba el lejano viaje en el puerto. De tantas ciudades alrededor de la bahía, sólo quedaba Luanda, la de piedra, cada vez más despoblada e innecesaria.

Estábamos a principios de octubre.

La ciudad se vaciaba día tras día.

Desde la mañana me encontraba vagando por las calles, sin fin, sin rumbo, hasta que el sofocante calor me hacía regresar nuevamente al hotel. Al mediodía el sol quemaba las cabezas, el aire era sofocante y tan caliente que no se podía respirar. Comenzaba el verano y se abrían las puertas del infierno tropical. Faltaba el agua porque la estación de bombeo se encontraba en la línea del frente y después de cada arreglo era nuevamente destruida durante los combates. Andaba sucio, tenía tanta sed que me daba fiebre, veía manchas anaranjadas y móviles.

Cada vez un mayor número de comerciantes cerraban sus tiendas, los muchachitos negros golpeaban con palos las cortinas de las tiendas. Los restaurantes y las cafeterías también estaban cerrados: las sillas, las mesas y los paraguas quemados por el sol estaban tirados por las aceras y luego desaparecieron en los miserables barrios africanos.

A veces algún automóvil pasaba por la calle desierta, sin detenerse ante las luces rojas que seguían cambiando automáticamente sin objeto.

Entonces, alguien trajo al hotel la noticia de que se habían ido todos los policías.

Luanda era ahora la única ciudad en el mundo que no tenía policías. Cualquiera que se encuentre en esta situación experimenta sentimientos muy extraños. Por un lado, se siente algo ligero, espacioso: por otro, cierto temor. El resto de los blancos que aún deambulaban por aquí recibieron la noticia con horror. Se propagó el rumor de que los barrios negros inundarían la ciudad de piedra. Todos sabían que los negros vivían en pésimas condiciones, en los barrios más miserables que uno haya podido ver en toda África, en las chozas de barro que inundaban el desierto contiguo a Luanda, como vertederos de primitivas y estropeadas lozas. Y de pronto, la lujosa ciudad de piedra, de vidrio y de concreto, quedó vacía, sin dueño. Y si al menos vinieran en forma tranquila, ordenada, en familias, para ocupar lo que quedó abandonado... Pero, según la opinión de los espantosos portugueses, quienes afirmaban ser conocedores de la mentalidad de los nativos, los negros irrumpirían incitados por una furia de destrucción y de odio, borrachos, narcotizados con hierbas misteriosas, ávidos de sangre y de venganza. Nadie podría frenar esta invasión. La gente extenuada, con los nervios deshechos, inermes y cautivos, desarrollan en sus conversaciones las visiones más apocalípticas.

Todos parecerán y tendrán una muerte repugnante, acuchillados en la calle, macheteados en los portales de la calle. Los más serenos proponen distintas variantes de autodefensa. Unos sugieren apagar todas las luces y vigilar en la ciudad oscura, otros —al contrario— sugieren encender la luz, inclusive en las casas abandonadas porque sólo con mucha iluminación podría espantarse a los negros. Como siempre, ninguna razón se imponía y de no-

che la ciudad parecía una cortina agujerada: aquí se deja ver un fragmento iluminado de la escena y alrededor no se ve nada, y de nuevo un fragmento iluminado y el resto tapado. Doña Cartagina, quien más bien por costumbre que no por necesidad limpia las habitaciones desocupadas en el piso donde actualmente vivo solo, interrumpe de vez en cuando la limpieza y escucha si del lado de los barrios africanos llega el amenazante murmullo de la multitud: el presagio de nuestro final. Se queda inmóvil, como las campesinas cuando escuchan si dentro de un momento va a estallar el trueno. Luego sólo se persigna y sigue limpiando.

¡Se han ido todos los bomberos!

Ya nadie protegerá a la ciudad de los incendios. Primero la gente no creía que los bomberos habían huido pero pudieron darse cuenta de que así era al visitar la estación central en el malecón. El portal de la estación estaba abierto de par en par. En el fondo se encontraban los grandes carros de color rojo y dorado, las escalerillas amontonadas y las bombas. En los estantes estaban los cascos de los bomberos. Ahí no había ni un alma viviente. Naturalmente, el FNLA lo sabrá y eso será suficiente para que mañana eche, en vez de volantes, una bomba. Toda Luan-da arderá como un fósforo. La temporada de lluvia había terminado, la ciudad estaba recalentada por el sol y seca como una astilla. Ojalá que no haya un cortocircuito o que algún borracho no provoque un incendio accidental. Después los soldados pusieron en marcha uno de esos carros, para llevar agua al frente. Como era visible desde lejos fue blanco de un disparo y cayó en una cuneta, quedándose ahí.

¡Se han ido todos los recolectores de basura!

Al principio nadie lo notó. La ciudad estaba sucia y abandonada, de modo que la gente creía que

los recolectores de basura se habían ido a Europa desde hace tiempo. De pronto, se supo que se habían ido apenas ayer. Y luego, sin saber de dónde, comenzó a acumularse la basura. Y pensar que sólo quedó un puñado de habitantes, que vivían en tal apatía e inercia que nadie los creía capaces de levantar las montañas de basura. Y sin embargo, tales montañas comenzaron a surgir en las calles de la ciudad abandonada. Surgieron en las aceras, en las calles y en las plazas. En los portales de los edificios y en los mercados desiertos. Por algunas calles uno pasaba con dificultad y con asco. En este clima, el calor del sol y el exceso de humedad aceleran la descomposición, la putrefacción y la fermentación. Toda la ciudad comenzó a apestar y cuando uno entraba al hotel apestaba aún largo rato. Y la gente te hablaba a distancia. En general las personas se han alejado unas de otras, a pesar de que en la situación a la cual hemos sido condenados debía haber ocurrido lo contrario. Doña Cartagina cerraba todas las ventanas porque no se podía respirar el aire podrido que entraba de fuera. Comenzaron a morir los gatos. Debían haberse envenenado en masa con alguna carroña porque una mañana se encontraban muertos por todas partes. Al cabo de dos días se han hinchado y se han puesto gordos como puercos. Encima de ellos se aglomeran enormes moscas negras. Apestan de modo insoportable y yo andaba por la ciudad tapándome la nariz con un pañuelo, sudando. Doña Cartagina elevaba sus plegarias anti epidémicas. No había médicos, no trabaja ningún hospital ni farmacia. Los muertos crecían, se multiplicaban, como si hirviera un monstruoso y horrendo pastel, inflado por una levadura venenosa y mortal.

Luego, cuando se fueron todos los panaderos, electricistas, carteros y vigilantes, la ciudad de pie-

dra perdió su sentido, su razón de ser. Era como un esqueleto seco, pulido por el viento, como un hueso muerto que sobresalía de la tierra hacia el sol.

Los perros aún estaban vivos.

Eran perros domésticos, abandonados por sus dueños, que se habían ido aterrados. Los había de las razas más caras: boxers, bulldogs, galgos y dobermanns, salchichas, pinschers y cockers, también terriers escoceses, dogos, mastines y perros falderos. Abandonados, perdidos, paseaban como un gran rebaño en busca de comida. Mientras estuvo el Ejército portugués esta masa enorme de perros se reunía todas las mañanas en la plaza frente a la Comandancia, donde los guardias la alimentaban con conservas de las raciones militares del Pacto del Atlántico del Norte. El aspecto era tal, que parece una exposición mundial de perros de raza. Este rebaño lleno, contento se trasladaba a la jugosa y blanda hierba que cubría el área verde frente al Palacio de Gobierno. Se iniciaba una increíble y masiva orgía sexual, una locura infatigable y apasionada; los correteos y vueltas hasta la perdición completa. Los guardias aburridos tenían, con este espectáculo, una distracción grosera.

Después de la salida del Ejército los perros comenzaron a pasar hambre y adelgazar. Durante un tiempo deambulaban por la ciudad como una masa desorganizada, buscando comida en vano. Un día desaparecieron. Creo que abandonaron Luanda siguiendo las huellas de la gente, porque después nunca apareció un perro muerto y, entre los que venían a la Comandancia y luego jugaban frente al Palacio de gobierno había centenares. Podemos admitir que de esa masa surgió un enérgico dirigente, que sacó al rebaño de perros de la ciudad. Si los perros se fueron hacia el norte han encontrado al FNLA. Si se han ido hacia el sur encontraron a la UNITA. Pero si se han

dirigido al este, en dirección de Dalatando y Saurimo, han podido llegar a Zambia o Mozambique e inclusive a Tanzania.

Tal vez siguen caminando, pero no sé en qué dirección ni en qué país se encuentren ahora.

Después de la salida de la masa de perros, la ciudad cayó en una inercia total. De modo que decidí irme al frente.



Ryszard Kapuściński

Nació el 4 de marzo de 1932 en Pinsk (Bielorrusia, Polonia). Fue un periodista sobresaliente, además de historiador y escritor de novela, ensayo y poesía. Kapuściński se licenció en Historia, aunque su oficio vocacional fue el periodismo. Trabajó durante décadas como corresponsal y fue destinado a África, Asia y América Latina, a cargo de agencias de noticias y de importantes publicaciones como el *New York Times*, la revista *Time* y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. También participó como docente, profesor visitante o ponente en diversas universidades y fue maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada y presidida por Gabriel García Márquez. Compaginó todo ello con su actividad literaria y escribió un total de diecinueve libros. Es uno de los escritores más traducidos y publicados en todo el mundo. Su obra más popular es *Ébano*, donde relata sus experiencias en África. La obra de Kapuściński se caracteriza por la acertada combinación entre una exhaustiva documentación previa, las propias vivencias en la zona objeto de su trabajo, el conocimiento profundo de sus habitantes y una extraordinaria capacidad de análisis de los acontecimientos histórico-políticos, todo ello relatado con gran estilo literario. Su forma de escribir se ha descrito como la perfecta unión entre periodismo, historia y filosofía. Su figura se convirtió en ícono del periodismo bien entendido. Fue nombrado Doctor Honoris Causa por varias universidades y recibió numerosos galardones, entre los que se encuentra el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, concedido en 2003. Kapuściński murió el 23 de enero de 2007 en Varsovia.

La Emperatriz de los mil pares de zapatos

MANUEL LEGUINECHE

EN NOVIEMBRE de 1975 Imelda Marcos lloraba ante el cadáver de Franco. Nunca pudo evitar las lágrimas. Era algo tan suyo como el color rojo, la canción *Sentimental Journey*, la pasta italiana, la imagen del Santo Niño o los mármoles de Malacañán. En diciembre del mismo año la revista *Cosmopolitan* publicaba la lista de la diez mujeres más ricas del mundo: la reina Isabel de Inglaterra, Imelda Marcos, Juliana de Holanda, la Begum, la duquesa de Alba, Dina Merrill, Cristina Onassis, Barbara Hutton, Doris Duke y Madeleine Dassault. Quizá para celebrarlo Imelda ofreció a sus amigos de la *jet-set* una gran fiesta de Navidad desde la puesta del sol hasta el amanecer. Empezó en el casino flotante, siguió en el Palacio y terminó en el yate presidencial cuando el sol asomaba por la bahía de Manila. Es, carmín, nácar y oro, la aurora más bonita del mundo.

En su mensaje de fin de año al país Fernando Marcos pidió a los filipinos: “Quiero que viváis sin ostentación, sin espectacularidad.” Entre los quinientos invitados del presidente y señora se contaban María Gabriela de Sabaya, el conde Mario D’Urso, el productor italiano Franco Rossellini, el ex rey del Estado boliviano Antenor Patiño y una larga serie de modelos, hombres de negocios, los *cronies* (la camarilla) de Marcos y actrices de segunda fila. Imelda inauguró el casino que flotaba como una guirnalda de luz en la bahía de Manila, la misma que vio en Cavite el principio del fin del imperio español. La presidenta depositó la primera ficha sobre el tapete verde. No dejó de perder en toda la noche. “Soy afortunada en amores”, afirmó al abandonar la ruleta y las mesas de juego.

En el Palacio español, entre árboles de Navidad iluminados fue Gina Lollobigida la que abrió el baile con el presidente. Saltaban tapones de champán francés entre las mesas de la terraza y las parejas de baile. Imelda siempre tan necesitada de cariño, se sentía muy feliz entre los suyos. Había perdido la noción del tiempo. Ninguno de los invitados pudo comer las doce uvas porque la Primera Dama ni siquiera advirtió las campanadas de medianoche. Sólo cuando estallaron a lo lejos los cohetes, los invitados ensimismados, supieron que había empezado un nuevo año. Faltaban diez para el final del reino. La emperatriz de los miles de pares de zapatos no lo sabía pero la cuenta atrás había comenzado.

Imelda se sentía muy española, gallega y grandina. Sentía sed de títulos nobiliarios, de legitimización en el Gotha. Nada le hubiera gustado tanto como emparentar con la aristocracia española pero sus dos hijas, Imee e Irene, se casaron con dos *play-boys* de la sociedad manileña. A Jaime Peñafiel

le contó la historia de los hombres que se habían suicidado por ella “al no poder poseerla”. “Aquí en Manila — le dijo —, nadie puede soñar ni siquiera en que un día podría tocarme.”

La duquesa de Alba figuraba al lado de Imelda en la lista del *Cosmopolitan*. Cayetana fue invitada repetidas veces a Malacañán hasta que un día no le quedó otro remedio que aceptar. Llegó acompañada de su primogénito, el duque de Huéscar. La Mariposa de Acero echó el resto. Soñaba con pasear en la calesa de los Alba en la Feria de Abril de Sevilla pero su error fue siempre el exceso de lujo, la constante y avasalladora presión sobre sus invitados. Estaba hecha de rabos de lagartija. La duquesa huyó como pudo de aquella jaula de oro hacia Hong Kong. De regreso a Madrid le contó a Francisco Umbral: “Estuve invitada por esa señora en Manila, pero nos obligaba a seguir un horario disparatado, ignorando que hospitalidad es dejar en libertad al huésped, de modo que una mañana, mientras ella dormía, pedí su avión particular y me fui a Hong Kong.” A los entonces príncipes Juan Carlos y Sofía los durmió a fuerza de obsequiosidad, falta de sentido de la medida y verborrea en los sofás del yate presidencial tras un agotador viaje de diez horas desde Arabia Saudí. Les tuvo hasta el amanecer en el salón de baile.

Imelda se escribía a veces con la Y heráldica, la Y griega. Los marqueses de Villaverde fueron también asiduos de Palacio. Eso era a lo más que podía aspirar Imelda en su afán de coleccionar invitados de títulos o sangre azul. Su sueño dorado, pasearse por la geografía de los Grandes de España, murió con la desaparición de Franco. La marquesa de Villaverde, según cuenta Beatriz Romuáldez Francia en su libro *Imelda and the clans*, llegó a sentirse confundida por el despliegue de lujo y pompa, aviones, yates, cientos

de guardaespaldas, palacios en todas partes. “Esto me parece demasiado”, confesó.

Luego, desde el exilio de Honolulu, Imelda soñaría con instalarse en España. El gobierno español se negó a recibirles. El Departamento de Estado en Washington sondeó a La Moncloa para hacer a la ex dictadura conyugal un hueco en Marbella. Madrid dijo que no, pero Imelda lo puso de otra forma. Una lágrima furtiva se deslizaba por su mejilla cuando aseguró a Ignacio Carrión en Honolulu: “Estados Unidos no sólo nos trajo aquí a la fuerza, sino que ordenó a España, a Felipe González, que no nos diera refugio. Yo, que tengo sangre española en mis venas, no puedo vivir en España.” Muchos de los españoles a los que llenó de regalos y abrumaba con invitaciones olvidaron a Imelda, la de los delirios de grandeza, ya algo marchita y fondona a pesar de la serie de operaciones de cirugía estética. La primera que llamó a Honolulu para interesarse por los ex presidentes fue Farah Diba, la viuda del Sha de Irán. Imelda estuvo, cómo no, en los fastos de la coronación de Persépolis.

Ella se empeñaba en ser el muerto en el entierro y el niño en el bautizo.

La alcoba de Marcos está tal y como la dejó, con sus aparatos para la diálisis y toda la parafernalia clínica. Hay en Filipinas 35 mil aldeas sin médico, sin ni siquiera un botiquín de primeros auxilios. Marcos aseguró más tarde: “Nos preparábamos para una larga batalla y montamos un hospital de emergencia. En una batalla las primeras heridas son las que afectan al riñón. Por eso Cory Aquino encontró siete máquinas de diálisis.” En uno de sus despachos veo, sobre la mesa de caoba, una pelota de cesta punta, regalo del Frontón Manila (propiedad de la familia de Imelda), al lado de su ordenador personal, que le

permitía seguir el movimiento de sus cuentas en los bancos suizos y americanos, y de un osito de peluche. “Gracias, Señor”, reza la inscripción grabada sobre el cuero de la pelota. Porque Marcos, gran aficionado al deporte — golf, tenis, vela, pesas —, jugaba todos los días en el frontón del palacio. Las zapatillas usadas, “Made in Corea del Sur”, aparecen bajo la mesa. En el pasado, alguna noche, acudía como espectador al Jai Alai de la avenida Taft acompañado de Imelda, cuando el todo Manila se daba cita en el restaurante y en las gradas del frontón para aplaudir a los ases de Guernica, Durango y Marquina. Cuando Reagan envía al senador Laxalt, para que pida a Marcos que abandone el poder si pierde las elecciones o si las gana haciendo trampa, el presidente le recuerda que los filipinos tienen el sentido del clan, de la familia y que “no son individualistas como los vascos”. Imelda estaba en todo: sabía que el senador era de origen euskaldún. Sobre la mesa del despacho, una foto dedicada de Imelda: “A mi presidente, mi marido y mi vida. Te queremos y necesitamos mucho pero más te necesita tu país. Te quiero. Imelda.”

El salón español, el salón de música, los cuadros clásicos de Luna o Zaragoza, los del español Claudio Bravo, un Fortuny sin catalogar, las diversas habitaciones, los interminables corredores y salones, el dispositivo electrónico, la discoteca privada, todo daba vértigo. “Versalles comparado con esto es una choza”, comentó un asombrado y exagerado visitante de Texas.

El palacio del Sha al norte de Teherán era un pálido reflejo, un chalecito de clase media, y el famoso búnker de Somoza, un cuchitril. Cuando entré en el palacio de Niavarán a poco de irse el Sha y la Shabanu, dos soldados de la guardia personal lloraban sentados sobre la moqueta del vestíbulo. El

palacete tenía el toque personal, sin estridencias, de la estudiante de arquitectura Farah Diba. Un aspecto más bien sobrio y funcional. Según la definición de Le Corbusier aquella casa era “una máquina para vivir”. Una cinta de video de James Bond estaba puesta en el magnetoscopio, el cepillo de dientes aparecía sobre el lavabo y la partida de *backgammon* la vimos tal como quedó antes de salir el Sha hacia el aeropuerto. La máquina para vivir de Le Corbusier era para Imelda la máquina para soñar, para asombrar, para superar un complejo de origen: el cobertizo bajo el que vivió en Leyte y el garaje que fue su hogar en Manila a un tiro de piedra de Malacañán. La Primera Dama filipina estaba, en cuanto a escenarios barrocos, iconografía sintética y alocada decoración, más cerca de Bokassa, Duvalier, Trujillo o el palacio californiano de Hearst que del búnker de Tachito Somoza. Cuando los sandinistas entraron en Managua pude echar un vistazo en el inexpugnable blocao del dictador nicaragüense: era el chamizo de un sargento africano. Un perro collie temblaba a la puerta, abandonado, asustado por los últimos disparos de armas automáticas. Dos servidores del vecino club militar lloraban por la fuga de Somoza: se fue de madrugada con el féretro que contenía el cadáver de su padre, el fundador de la dinastía. A partir de entonces, me dijeron, se sentían huérfanos. ¿Qué hubiera opinado Imelda del interior del búnker, tan desnudo y cuartelero, con restos de bocadillos de la guardia sobre la mesa, algunas postales pornográficas y un dibujo de Mafalda por toda decoración? Que Somoza nunca dejó de ser un cadete de West Point convertido en presidente de una República bananera, un *parvenu*, un advenedizo sin imaginación. En cambio ella quiso redimirse por la belleza.

La cocina en la que Imelda, mujer total, intervenía de vez en cuando, sobre todo los domingos, está limpia como una patena. La última cena se enfrió en la vajilla de plata y oro. La Primera Dama preparaba algunos platos para su familia y sus amigos íntimos. Su especialidad era la pasta, los chipirones en su tinta y el bacalao al pipil. Cruzamos por capillas privadas con vírgenes llororas y santos coloniales, galerías de mármol, grabados persas, arpas de marfil, espejos móviles, candelabros de plata vieja, libros que pertenecían a la emperatriz María Teresa de Austria, baños de malaquita, una sucesión de caprichos y objetos diversos. “Ya se lo pueden imaginar, lo de más valor, se lo llevaron a Hawái”, nos decía la guía con signo de inteligencia.

El lugar de más éxito en Palacio era la alcoba de Imelda. Leo un rotúlo en la puerta que dice “Queens Room” la habitación de la reina. La doble cama tiene un trono español sobre el mosquitero y una docena de almohadas de pluma de oca sobre las que se puede leer: “Ser nuevo rico, es mejor que no ser nada rico”. “Amo el champán, el caviar y el dinero contante.” “Las chicas buenas van al cielo, las malas a donde se lo proponen.” Eran las mismas leyendas que adornaban los almohadones de sus casas de Long Island, donde recibía entre otros, al actor George Hamilton, o de su piso entre la Quinta Avenida y Madison. Allí, junto a los Van Gogh, Rubens y Picasso, la Primera Dama colocaba románticos retratos de familia al lado de libros sobre las monarquías europeas, un ejemplar dedicado por Elvis Presley, ediciones originales de Dickens o Balzac. Era una casa regia de seis pisos con una cocina en cada planta. Imelda casi nunca dormía allí, prefería el hotel Waldorf Astoria pero mantuvo siempre ocho criados cuya única misión consistía en esperar que la

Primera Dama llegara, dos o tres veces al año, a Nueva York, su ciudad favorita. Podría haberlo sido Londres, pero al fracasar su sueño de la boda de Imme o Irene con el príncipe Carlos de Inglaterra la ciudad del Támesis y del Big Ben pasó a un segundo plano.

La habitación de la reina Imelda en Malacañán no tenía ventanas. La luz le dañaba y envejecía y por eso revitalizó el aire con balones de oxígeno. “Ésta era un de las visistas que yo deseaba hacer antes de morirme — me dice ahora Roberto Anastasio —. Nos hemos pasado veinte años oyendo hablar de las fiestas tan fabulosas que daba Meldy, de los bailes faustosos con canciones de Sinatra, de los vestidos cubiertos de pedrería, de las orquestas y banquetes. Tengo que decir que lo que nos han contado no ha sido una exageración.” Cory Aquino lo dijo al abrir el palacio a los visitantes: “Ahora podrán ver con sus propios ojos lo que ocurrió aquí por espacio de veinte años. Podrán comprobar que los que vivieron en este palacio sólo pensaban en sí mismos”.

La cama de Meldy es de 1.82 x 3.65 m. “¿Dormía sola?” pregunta una mujer al pasar. Tan sólo el guardarropa tiene capacidad para unas 50 personas. El piano es el más caro del mundo, 275 mil dólares. Aparece al fondo de la alcoba bajo la luz artificial. Es un Bosendorfer austriaco, con la fotografía de la señora del general MacArthur sobre la tapa de caoba. A la izquierda veo la mesita con su botella de agua mineral preferida, Evian, traída regularmente desde París por las Líneas Aéreas Filipinas.

Ahora, en su retiro de los altos de Makiki, en Honolulu, la Mariposa de Acero tiene que contentarse con los Steinway, la clase de piano que repartió por sus mansiones, apartamentos y edificios desde Manhattan a Londres, Roma y Hong Kong. Imelda está muy orgullosa de su formación musical, de su

voz de soprano y de su inteligencia. Cree que como presidentes de Estados Unidos, Ferdinand y ella lo hubieran hecho mejor sus amigos Nancy y Ronnie.

Los vecinos de Honolulu se quejan de que Imelda, que duerme poco, les despierta a las horas más intempestivas con canciones cantadas al micrófono y amplificadas al vecindario por potentes altavoces. "Quiere contratar a un pianista a jornada completa porque está cansada de cantar sola su melodía favorita, *Sentimental Journey*", aseguró un amigo de la familia. Ahora algunos de sus pianos Steinway se vendían por 27 mil dólares en subasta pública en Nueva York. Un retrato que representaba a Imelda en plan divinidad y titulado *El triunfo de la belleza* se vendió también 27 mil dólares, unas nueve veces su valor real. "El mal gusto de Imelda triunfa en la subasta", tituló *Le Monde*. Unas mil personas lucharon por quedarse con algo que hubiera pertenecido a la Evita oriental, desde el cojín con la grabación: "Ser rico ya no es un pecado, es un milagro" 700 dólares, hasta unas flores de plástico, por 200. He leído en las memorias de Andy Warhol que Imelda no paraba de dar fiestas cuando visitaba Nueva York. "Vivía en mi calle y su casa era dos veces más grande que la mía, tenía una discoteca y un árbol de Navidad en cada piso. Lo que no tenía era calefacción central. La doncella de Imelda me enseñó la casa y era muy divertido, guardaespaldas y señoras vestidas con abrigos de piel: disputaban un sitio en torno a los radiadores eléctricos."

Al presidente Johnson de Estados Unidos, Imelda Romuáldez le cantó en Washington y ante mil 400 invitados una melodía filipina de amor, *Bahil So Iyo*, la misma con la que ganó votos en las primeras elecciones entre los asombrados campesinos. La canción, que rompía con todas las reglas del protocolo,

fue escuchada con el mismo asombro por los invitados en Washington. Imelda recibió cálidos aplausos. El presidente Johnson estaba encantado. Un periódico de Londres comparó a Imelda con otras reinas de la mundanalidad como Isabel de Inglaterra, la princesa Grace de Mónaco o Jacqueline Kennedy. Fue una mala estudiante pero su voz la salvó. Contaba con 16 años cuando embelesaba con sus melodías a los soldados norteamericanos. Adoración Reyes, una amiga de su prima Loreto, quiso hacer de ella una gran cantante de ópera pero Meldy se quedó de dependienta de una tienda de música en la calle Escolta, el centro comercial de la Manila de los años 50. Los clientes de P.E. Domingo, que así se llamaba el comercio, adoraban a aquella todavía ingenua y bellísima joven de Leyte. Antes de comprar algo le pedían que tocara el piano.

Con el tiempo *Sentimental Journey* se convirtió en su canción favorita:

Cantaré cada milla de vía férrea que me lleva a casa.

Nunca pensé que mi corazón fuera tan tierno.

Como un niño ansioso.

Nunca pensé que mi corazón fuera tan tierno.

¿Por qué decidí vagar?

Tengo que hacer el viaje sentimental, el viaje sentimental a casa.

Otras de sus canciones preferidas son *Sabrás lo mucho que le echo de menos* y *No me encierres*:

Quiero cabalgar sobre la colina donde el oeste comienza.

Mirar la lucha hasta perder el sentido.

No me encierres.

Oh, baby, ahora, no me encierres ¡No me encierres!



Manuel Leguineche

Escritor y periodista. Fundador de las agencias de noticias Colpisa y Fax Press, es uno de los grandes periodistas españoles de nuestro tiempo, y uno de los pocos que ha sabido crear un estilo tan personal como atractivo para las grandes audiencias. Entre sus numerosas obras cabe destacar *Los años de la infamia: crónica de la II Guerra Mundial* (1995), *Adiós, Hong-Kong* (1996), *Annual 1921* (1997), *Apocalipsis Mao: una visión de la nueva China* (1999), *La felicidad de la tierra* (1999), *Recordad Pearl Harbour* (2001), *Gibraltar* (2002), *Madre Volga* (Seix Barral, 2003) y *El último explorador* (Seix Barral, 2004). Algunos de los galardones que ha merecido su obra son el Premio Nacional de Periodismo, el Pluma de Oro, el Cirilo Rodríguez, el Godó, el Julio Camba y el Ortega y Gasset.

Cómo se vende un presidente

JOE MCGINNISS

RICHARD NIXON grabó, en el Hotel Pierre, una serie de *spots* de uno a cinco minutos de duración, el lunes por la mañana, 21 de octubre de 1968. Frank Shakespeare no se sentía demasiado satisfecho de cómo se habían realizado estos *spots*. “El candidato estaba enojado —afirmó—, enojado y fatigado.”

Shakespeare consiguió que le reservaran, al fondo del escenario del teatro de la calle Cuarenta y Cuatro, en el cual se representaba el show de Mery Griffin, un espacio, para la mañana del viernes, 25 de octubre; Richard Nixon se prestó, de buen grado, a grabar otra serie.

Se delegó a Mike Stanislavsky, uno de los directores de Teletape, el estudio cinematográfico, para que diseñara el marco más idóneo para la ocasión. Habilitó el de rigor: estanterías repletas de libros, re-

cio escritorio de color caoba... si bien introdujo una novedad. Una ventana. Su diseño exigía una ventana entre dos librerías situada detrás de la mesa del despacho. "Imparte agilidad —dijo—, no una agilidad física, sino más bien psicológica."

Harry Treleaven acudió al teatro a las diez horas y diez minutos del viernes por la mañana. El servicio secreto estaba ya presente. El día era gris y desapacible, y no desentonaba de los que le precedieron. Treleaven se dirigió a una mesa, colocada en el extremo del espacio reservado, sobre la que se amontonaban tacitas de papel al lado de una cafetera. A las 10:40 el servicio secreto recibió una llamada: el candidato estaba en camino.

Richard Nixon entró en el estudio a las 10:50. Se dirigió, inmediatamente, a un camerino contiguo conocido como Cuarto Verde, donde aguardaba Ray Voegel, el rubio y flemático maquillador, con los polvos y los afeites.

A las once en punto reapareció Nixon del Cuarto Verde. Entre la puerta del camerino y el piso del escenario había un desnivel de tres o cuatro pulgadas. Nixon no lo advirtió y, al franquear la puerta, tropezó. Esbozó una sonrisa, un acto reflejo, y Frank Shakespeare le condujo a escena.

Ocupó su puesto ante la recia mesa de color caoba. Le gustaba apoyarse en la mesa, sentarse despreocupadamente al borde del escritorio, mientras grababa los *spots*, pues esta postura daba al ambiente, en su opinión, un tono desprovisto de protocolo.

Se hallaban reunidas, formando un semicírculo alrededor de las cámaras, por lo menos veinte personas, entre técnicos y asesores.

Richard Nixon reparó en el grupo y frunció el ceño.

— Cuando comencemos — dijo — procuren que todos aquellos que no estén directamente relacionados con este trabajo se encuentren fuera del campo de mi visión. De este modo no tendré que estar desviando la mirada.

— Comprendido, señor. Muy bien. Despejen el escenario. Todo aquel que no tenga que hacer en este lugar haga el favor de abandonar el escenario. Salgan, por favor.

Había un individuo en un rincón disparando, incansablemente, su cámara fotográfica. Su flash relampagueó varias veces consecutivas. Richard Nixon miró en aquella dirección. El individuo en cuestión había sido contratado por la plana mayor de Nixon para tomar fotos oficiosas durante la campaña electoral, a efectos históricos.

— ¿Sigue usted con las fotos? — inquirió Richard Nixon —, ¿se trata de las que encargamos? Bien, suspéndalas por el momento — e conminó acompañando las palabras con un ademán del brazo. Añadió —: Guárdelas. Tenemos más que suficiente de estas malditas fotos.

Richard Nixon giró sobre sus talones para ponerse de cara a las cámaras.

— Cuando me den ahora la señal de los quince segundos, me la dan precisamente desde debajo de la misma cámara. De este modo no tengo que estar moviendo constantemente los ojos.

— Comprendido, señor.

Entró entonces Len Garment con unas cuantas cifras anotadas, referentes a la creciente tasa de criminalidad registrada en la zona de Buffalo, que era, precisamente, una zona en la que Nixon temía rezagarse. Se sospechaba, en aquellas fechas, que el margen de ventaja de Humphrey en Buffalo podría ser lo bastante amplio como para comprometer el

triunfo de Nixon en el estado de Nueva York. Len Garment dijo que les gustaría grabar un programa de un minuto dedicado a Buffalo, centrándose en el aumento de criminalidad. Mostró a Nixon sus apuntes repletos de estadísticas.

— ¿Son las cifras, en esta zona, superiores a las demás? — preguntó Nixon.

Len Garment respondió enfáticamente que, en efecto, lo eran. Nixon examinó breves instantes los apuntes y los devolvió.

— Muy bien — dijo.

Terminado esto, estuvieron dispuestos para comenzar, con un segundo o dos de anticipación — dijo — de lo contrario me pillan ustedes en frío — hizo una mueca — y salgo luego con semejante expresión.

— Sí, señor, comprendido. Estamos ya preparados.

— ¿Van a empezar ahora?

— Sí, señor, inmediatamente. Sonido.

La luz roja de la cámara número uno comenzó a resplandecer; la cámara emitió un rumor apagado, más bien un silbido, y el registro sonoro emitió tres zumbidos indicando que estaba actuando.

— Al entrar en los últimos días de esta crítica campaña — dijo Richard Nixon —, una cuestión que suscita grandes discrepancias entre los dos candidatos es la de la ley y el orden en los Estados Unidos. El señor Humphrey defiende la actuación de los cuatro años últimos. Defiende al fiscal del Supremo y su política. Discrepo completamente en esta cuestión. Digo que, cuando el crimen aumenta a un ritmo nueve veces superior al de la población, cuando hemos tenido disturbios en trescientas ciudades que nos han costado doscientos muertos y siete mil heridos, cuando el 43 por ciento del pueblo americano teme andar de noche por las calles de sus ciudades, enton-

ces es que ha llegado la hora de hacer limpieza, es que ha llegado la hora de nombrar un nuevo fiscal del Tribunal Supremo, es que ha llegado la hora de desencadenar la guerra a ultranza contra el crimen en Estados Unidos. Yo me comprometo a desempeñar esta misión. Y me comprometo, ante ustedes, a volver a tener, nuevamente, la libertad de alejar el miedo de las ciudades y calles de toda América.

Se volvió, inmediatamente, hacia un técnico.

—Vamos a probar otra vez —dijo—. —Esto peca de largo.

Frank Shakespeare murmuró algo desde el extremo del escenario.

—Bueno, éste no sirve —dijo Richard Nixon—, pues he cambiado de parecer. Tengo que abreviar un poco al comienzo.

Frank Shakespeare murmuró algo más. El registro sonoro zumbó tres veces.

—Sí, ya lo sé, pensándolo mejor le daremos otro matiz al final —dijo Richard Nixon.

Mike Stanislavsky salió por detrás de una cámara.

—Cuando levanta la cabeza y se dispone a comenzar, levántala a la cámara por un instante...

—Comprendido —asintió Richard Nixon.

—... y entonces comience a hablar para que podamos...

—¿Todo marcha, Mike? —preguntó un ayudante. Mike Stanislavsky se volvió.

—Procura que todo el mundo guarde silencio aquí, por favor. Se filtró un pequeño ruido durante la última toma. Apártense, por favor. Vamos —miró a Nixon—. —Cuando usted guste —añadió.

—Al entrar en los últimos días de campaña —comenzó Richard Nixon— hay una cuestión en que la discrepancia entre los candidatos es más clara que el agua.

Y ésta es la cuestión de la ley y el orden en los Estados Unidos. El señor Humphrey defiende la actuación de los cuatro años últimos, defiende al fiscal del Supremo y su política. —Nixon sacudió enérgicamente la cabeza, para reafirmar su desaprobación—. Estoy en completo desacuerdo con él —dijo. —Afirmando que, cuando el crimen crece a un ritmo nueve veces superior al de la población, y cuando el cuarenta y tres por ciento del pueblo americano no se recata de decir que tiene miedo de andar por las calles de sus ciudades por la noche, es que ha llegado la hora de hacer limpieza a fondo. Abogo por un nuevo fiscal del Supremo. Y me comprometo... —se confundió ostensiblemente al llegar aquí, como si compromisos y alegatos acabasen de colisionar, violentamente, en su cerebro.

—¡Oh!, volvamos a empezar —dijo. —¿Pueden seguir rodando, no?

Se oyeron los tres zumbidos de rigor en el registro sonoro.

—Silencio, por favor, vamos —dijo Mike Stanislavsky. —Cuando usted diga.

Al Scott y Harry Treleaven vigilaban desde una sala de control situada, justamente, debajo del escenario y separada de éste por un tramo de escaleras.

—Hubiese preferido que empleara el teletransporte —dijo Treleaven.

—Me estuvo rondando la idea por la cabeza durante un año —dijo Scott. —De todos modos el público cree que les...

Pero Nixon rechazó el teletransporte desde el comienzo. Retenía todas las cifras —el crimen aumenta a un ritmo nueve veces superior... 300 poblaciones... 200 muertos... 7 mil heridos... el 43 por ciento del pueblo americano tiene miedo a... Lo almacena todo en la cabeza, como la fecha de la Batalla de Hastings.

Nixon recommenzó:

— Al entrar en los últimos días de la campaña electoral de mil novecientos sesenta y ocho, surge una cuestión sobre la que hay una crítica diferencia de opinión entre los dos candidatos y ésta es la cuestión del orden y la ley en los Estados Unidos. El señor Humphrey promete proseguir la política del último...

Se paró de repente.

— Tampoco me gusta esto — dijo. — Vamos a... Pondremos otra cosa aquí.

Otra vez los tres zumbidos del registro. Richard Nixon continuaba sentado al borde de la mesa, mirando pensativamente al suelo. Apoyaba la barbilla en el puño.

— Reflexiono sobre la forma exacta de este *spot* y en seguida estoy preparado. — Hizo una pausa; luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

— Muy bien — dijo.

— ¿Preparados? — preguntó Mike Stanislavsky. — Perfectamente. Apártense. En marcha nuevamente. Silencio, por favor.

— Al entrar en los últimos días de esta crítica: campaña de mil novecientos sesenta y ocho, surge una cuestión en la que hay una completa discrepancia de criterio entre los dos candidatos. Ésta es la cuestión de la ley y el orden en los Estados Unidos. El señor Humphrey defiende la actuación de los últimos cuatro años, defiende al fiscal del Supremo y su política. Pero yo estoy en completo desacuerdo. Afirmino que, cuando la criminalidad aumenta a un ritmo nueve veces superior al de la población, y cuando el cuarenta y tres por ciento del pueblo americano teme andar por las calles de sus ciudades durante la noche, es que ha llegado el momento de una política nueva. Abogo por un nuevo fiscal del Supremo.

Voy a empeñarme en una guerra a ultranza contra el crimen organizado que impera en este país. Os prometo que vamos a contar con fuerzas de seguridad que restablecerán la libertad y que alejarán el terror de las calles de las ciudades americanas, y en todo el ámbito de nuestro gran país.

Pararon las cámaras.

—Más breve queda todo mejor —dijo Richard Nixon.

—Completamente de acuerdo.

—Probaremos una vez más —dijo Nixon— únicamente para facilitarles... —Hizo un ademán con la mano, dando a entender que aguardaba a que continuasen las cámaras. —Cuando gusten, y cuando terminemos con éste les daré un *spot* sobre Buffalo.

De nuevo los tres zumbidos clásicos del registro sonoro. Frank Shakespeare se adelantó ignorante de lo que ocurría.

—Sí, vamos a probar una vez más —le dijo Nixon.

—Cuando usted disponga, Mike —anunció un ayudante.

—De acuerdo, silencio por favor. En marcha. Preparados, señor. Cuando usted mande.

Nixon tenía atados, esta vez, todos los cabos; las parrafadas habían quedado adecuadamente ordenadas en su mente. Aquello era ahora el producto acabado. En esta definitiva versión el ritmo daría el contrapunto a las estadísticas.

—Al entrar en los últimos días de esta crítica campaña electoral de mil novecientos sesenta y ocho, surge una cuestión sobre la que reina una total discrepancia de criterio entre los dos candidatos a la Presidencia. Y ésta es la cuestión del orden y la ley en los Estados Unidos. El señor Humphrey defiendo la actuación de los cuatro años últimos, justifica

la gestión del fiscal del Supremo y su política. Discrepo por completo —esta vez sacudió la cabeza con más vigor aún. — Afirmo que, cuando la criminalidad crece a un ritmo nueve veces más rápido que el de la población, cuando el cuarenta y tres por ciento del pueblo americano indica, en una reciente encuesta, que siente miedo de andar por las calles de sus ciudades durante la noche, es señal de que nos hace falta una limpieza a fondo en Washington. Abogo por un nuevo fiscal del Supremo. Me comprometo a emprender una guerra a ultranza contra el crimen organizado. Os prometo que el primer derecho civil de todo americano, el derecho a vivir libre de la violencia en su territorio, será nuevamente respetado y protegido en nuestra gran nación.

Había terminado.

—Muy bien —dijo. — Con éste hacen dos para que se vayan entreteniendo. Ahora probaremos Buffalo.

Tres zumbidos.

—Este *spot*, ¿es también de un minuto? —inquirió Nixon.

—¿Listo, Mike? —preguntó un ayudante.

—Sí, señor, de un minuto. Silencio, silencio. Adelante, por favor. Cuando usted diga, señor.

Richard Nixon clavó su mirada en la cámara con una expresión de honda preocupación en su rostro. “¿Son las cifras, en esta zona, superiores a las demás?” recordaba haber preguntado.

—Al leer unas recientes estadísticas del FBI me enteré de que Buffalo y el Condado de Erie pueden exhibir una aterradora alza de la tasa del crimen. Juzgo que está en nuestras manos evitarlo. Pero no podremos hacer nada para impedirlo si continúa el gobierno anterior. El señor Humphrey se muestra partidario de una continuidad de este gobierno. De-

fiende al fiscal del Supremo y su gestión. Yo, en cambio, me pronuncio por un fiscal nuevo. Desataremos una guerra a ultranza contra el crimen organizado por todo el ámbito de nuestra nación. Vamos a conseguir que en las ciudades de nuestro país, y en las calles de nuestras ciudades cese de imperar el miedo. Con vuestra ayuda, el primer derecho civil de todo americano, el sagrado derecho de desterrar la violencia de nuestro territorio, volverá a ser un derecho del que todos podremos disfrutar.

Estas palabras de «el primer derecho civil», no se le habían ocurrido hasta la última versión del primer *spot*. Pero le gustaban hasta tal punto, saboreaba tan exquisitamente la modulación con que las emitía, que por nada del mundo iba a suprimirlas. Era, exactamente, como si un viejo y querido amigo le hubiese hecho una visita por sorpresa aquella desapacible mañana.

— Ensayemos una vez más — dijo Richard Nixon.

— Pero si está extraordinariamente bien — aseveró Frank Shakespeare.

Se escucharon los tres zumbidos del registro sonoro.

— Bueno, siempre nos quedará el recurso de utilizar éste, pero probaremos otra vez por si acaso — dijo Richard Nixon.

Shakespeare intervino.

— Si va a repetirlo y al llegar al final insiste en lo mismo, diga: “... será un derecho del que disfrutaremos todos en Buffalo”; hay que velar por lo de Buffalo...

Richard Nixon asintió.

Ya, ya, estoy, de acuerdo.

— Cuando usted mande, Mike — dijo el ayudante.

—¿Preparados todos? Por favor, silencio.
Venga, otra vez —Mike Stanislavsky miró a Nixon.
—Preparados, cuando usted disponga.

—Al leer unas recientes estadísticas del FBI me entero de que el área del Condado de Erie y Buffalo es una de las áreas que presenta un terrorífico aumento de la criminalidad en el curso de los últimos años. Sostengo que tenemos que acabar con esto. Y para acabarlo hará falta un nuevo liderato en la cumbre de los Estados Unidos. Humphrey aboga para que prosiga el anterior liderato. Defiende al fiscal del Supremo. Y defiende la gestión de dicho fiscal. Disiento en absoluto. Afirmo que nos hace falta un fiscal nuevo, que es absolutamente indispensable desencadenar una guerra a ultranza contra el crimen organizado en Estados Unidos de América. Y os prometo que, con un nuevo gobierno tendremos otra vez libertad para desterrar el miedo en América. Todo el pueblo americano disfrutará, nuevamente, del amparo de este derecho civil primordial, que es el derecho a alejar la violencia, de una vez para siempre, de nuestro territorio.

Pararon las cámaras.

—Creo tiempo quedado bien —dijo Richard Nixon. —¿Cuánto tiempo ha durado este *spot*?

—Cuarenta y ocho segundos.

Pero, en el intervalo se había producido un problema técnico. La sirena de un vehículo de la Policía porfiaba por abrirse paso en una calle contigua, había sido captada por la cinta sonora.

—*Cinéma vérité*, comentó alguien.

No obstante Harry Treleven lo consideró, sencillamente como una pifia. Se recibió aviso del cuarto de control, la grabación debía repetirse.

—Pregunten la razón —dijo Richard Nixon.

—Díganle que tuvimos un problema técnico
—replicó Garment.

Pero esto no bastaba como toda justificación.

—No deseamos repetirla a menos que sea absolutamente indispensable —dijo Frank Shakespeare. Podía percatarse de que el talante de Nixon, que cabía considerar excepcionalmente halagüeño hasta el momento, se estaba ensombreciendo por instantes.

—Es absolutamente necesario —insistió Garment desde el cuarto de control.

—¿Por qué? —inquirió Shakespeare.

—Será mejor que vaya usted y se lo explique Len —aconsejo Harry Treleaven.

Len Garment subió los peldaños. Mientras estaba en camino, Nixon dijo a Shakespeare.

—No se olvide de preguntar el por qué, así sabré que cambios hay que hacer; si desea un tono distinto o lo que sea.

—No voy a preocuparme —dijo Shakespeare.

—No: lo repetimos y en paz —dijo Nixon.

Len Garment explicó lo de la sirena, aseguró a Richard Nixon que su tono había sido magnífico, y se encaminó nuevamente al cuarto de control mientras Nixon ocupaba otra vez su puesto en el borde del escritorio. El registro sonoro zumbó tres veces.

—Muy bien, Mike, estamos preparados.

—De acuerdo, en silencio, por favor, vamos otra vez. Cuando usted guste, señor.

—Los últimos datos del FBI indican que el Condado de Erie y Buffalo son una de las áreas en que se pone de manifiesto el mayor aumento de la criminalidad... No, comencemos de nuevo. Sigamos sin más.

Tres zumbidos

—Preparados —dijo el enlace.

—Preparados —corroboró Richard Nixon.

— Cuando usted guste — dijo Mike Stanislavsky.

— Leyendo... — comenzó Nixon. Cerró los ojos y frunció el ceño.

— No — dijo.

Tres zumbidos del registro sonoro.

— Muy bien — dijo Nixon. — Leyendo los últimos datos del FBI averiguo que el más pasmoso aumento de la criminalidad... ¡Oh, no, no...!

Sacudió la cabeza negativamente. El registro sonoro zumbó tres veces. Nixon miraba otra vez al suelo, concentrándose.

— Una vez más, y quedará redondo — dijo.

— Entendido. Silencio, por favor. Sonido. Cuando usted guste.

— Leyendo los recientes datos del FBI, uno de los más aterradores aumentos de la criminalidad, en todo el país, se registró en el Condado de Erie y Buffalo — Nixon estaba impaciente ahora y se lanzó a fondo, sin importarle gran cosa la sintaxis. — Pienso que podemos hacer algo para arreglarlo. Hubert Humphrey aboga por la continuación del liderato de los últimos cuatro años. Defiende al fiscal del Supremo y la actuación del Departamento de Justicia. Pero yo discrepo completamente. Afirmando que nos hace falta un nuevo fiscal Supremo. Que es indispensable desencadenar una guerra a ultranza contra el crimen organizado en este país; necesitamos garantizar el primer derecho civil de todos los americanos, que es el derecho a estar protegidos de la violencia. Y les digo a todos mis amigos de Buffalo, que pueden ayudar a afianzar este derecho, en beneficio de todos sus vecinos, con sus votos del cinco de noviembre. Voten por un nuevo Gobierno. Voten para arrojar de sus cargos a aquellos que no han sabido defender este

derecho, el derecho a eliminar, para siempre, la violencia de nuestro territorio.

Terminó, satisfecho de poder desembarazarse definitivamente de las estadísticas del FBI, del pueblo de Buffalo, del Condado de Erie y de su terrorífico aumento de la criminalidad.

— Conforme — dijo. — No tiene tanta importancia como para repetirlo tantas veces, pero ahora está bien. Ya está hecho y no se hable más. El último era... — pero sus ideas se desviaron repentinamente.

— Ahora haremos el del Sur.

— Dígame cuando esté preparado — dijo Mike Stanislavsky.

Tres zumbidos del registro sonoro.

— Este otro de un minuto — dijo Nixon. Hurgaba en los bolsillos de su chaqueta. Comenzó a inspeccionar la mesa sobre la que se hallaba sentado.

— ¿Los ha retirado usted, Dwight? — preguntó a su ayudante. ¿Estos apuntes que guardaba aquí?

Dwight Chapin dijo que no.

Hace un instante estaban sobre esta mesa. Hubo una pausa de sesenta segundos mientras se buscaban los apuntes y se daba con su paradero. Enseguida se oyeron los tres zumbidos.

— ¿Preparados?

Muy bien — dijo Richard Nixon. — Probablemente tendremos que grabar más de una vez... a causa de la precisión... ya les consta a ustedes que en esto soy meticuloso. ¿De acuerdo?

— Apártense, por favor. Silencio. Preparados para cuando usted guste, señor.

— Hay no poca ambigüedades en el Sur en cuanto a lo que realmente nos jugamos en esta elección de mil novecientos sesenta y ocho, y creo que ya es hora de poner las cosas en claro. Si fuera a darse un voto franco y abierto respecto a si el pueblo

del Sur desea que continúen, durante 4 años más, los hombres que les gobernaron estos últimos años, sí quieren que Hubert Humphrey se instale en la Casa Blanca, la votación sería de tres a uno en contra suya. Solamente si la votación se divide es posible que Hubert Humphrey sea elegido presidente de los Estados Unidos. Y es por esto que os pido que no dividáis vuestro voto el cinco de noviembre. Procúrense la nueva jefatura que América merece votando a nuestro equipo, una jefatura que restablezca la ley y el orden, que imponga la paz fuera, y que la mantenga, una jefatura que otorgue a América nuevamente el progreso sin inflación y la prosperidad sin la guerra. Haced que vuestro voto cuente.

Richard Nixon se volvió hacia Stanislavsky.

— ¿Cuánto tardamos en éste? ¿Cincuenta y dos segundos?

— Exactamente.

En el cuarto de control, Al Scott dio un suspiro de admiración.

— ¿Qué le parece? — dijo —, sabe exactamente hasta dónde puede llegar. Sin reloj. ¡Qué sentido del tiempo!

— Bien, pueden probar éste como uno más — decía Richard Nixon. — Y llegada la ocasión, lo utilizan... Vamos ahora a barajarlo un poco.

Shakespeare se adelantó.

— Desde luego — dijo —, ¿lo ensayamos otra vez?

— Sí, voy a repetirlo.

Otra vez los tres zumbidos.

— Éste es muy importante que salga bien — dijo Richard Nixon.

— Sí, señor.

— Y en caso de necesidad, ustedes mismos... Bueno estoy preparado.

—Silencio, por favor —dijo Stanislavsky. — En marcha. Cuando usted guste.

—Hubo no pocas ambigüedades acerca del papel del Sur en la campaña de mil novecientos sesenta y ocho, y creo que ha llegado la hora de poner las cosas en claro. Si fuera a darse una votación franca y abierta respecto a si el pueblo del Sur desea que prosigan en el cargo aquellos que han contribuido a formular la política de los últimos cuatro años, en otras palabras, si abogan por Hubert Humphrey como presidente, el voto sería de tres a una en contra suyo. Solamente si este voto se divide, cabe una posibilidad de que Hubert Humphrey cuente con una oportunidad de ser elegido presidente de los Estados Unidos. Y yo les digo, no hagan su juego. No dividan su voto. Voten por el equipo, el único equipo que puede depararles la nueva jefatura que América necesita, el equipo Nixon-Agnew. Y me comprometo ante ustedes a restablecer la ley y el orden en este país, les prometo que impondremos la paz fuera y restableceremos el respeto que se le debe a América en todo el mundo. Y proporcionaremos esta prosperidad sin guerra, y el progreso sin la inflación, tal y como todos los americanos anhelan.

—Esto está todavía mejor —dijo Frank Shakespeare—, muy bien expuesto.

—Sí, que sirvan los dos —dijo Nixon. — Emplearemos ambos.

Se puso de pie .

—Voy a ponerme a un lado y alejarme de la luz durante un minuto antes de la siguiente grabación.

Se dirigió a un extremo del escenario.

—Sudo lo indecible —dijo.

Cuando regresó, fue para anunciar que deseaba hacer un *spot* especial, de un minuto, sobre la huelga de profesores de Nueva York .

Esto no había sido programado. Era una idea del propio Nixon, y a Harry Treleaven y Len Garmant, que se hallaban en el cuarto de control, les pareció alarmantemente inoportuna. Nixon acababa de regresar la noche anterior a la ciudad, tras su gira electoral. Hablar así, de pronto, sobre un problema local — tan delicado como éste, por añadidura — a sólo dos semanas de la jornada electoral parecía poco propicio para mejorar, o bien la situación, o bien la imagen de un Nixon como jefe ejecutivo en el exilio, desapasionado y dueño de sí mismo.

Ocupó, de nuevo, su puesto sobre la mesa.

—Voy a grabar otro de un minuto... esta vez para Nueva York.

—¿Lo graba ahora? —preguntó Frank Shakespeare.

—Sí, ahora mismo.

Shakespeare dijo algo más.

—Para Nueva York —reiteró Nixon.

Mike Stanislavsky anunció:

—Vamos a tener otro de un minuto para Nueva York.

—De acuerdo, ya dirá cuándo, Mike —dijo el enlace.

—Muy bien, apártense. Silencio todos, por favor, estamos grabando. —Hizo un gesto con la cabeza a Nixon. —Cuando usted guste.

Nixon asintió con un gruñido. Se encendió la luz de la cámara.

—Mientras viajaba por el país pude advertir un inmenso interés y preocupación por la huelga de profesores de Nueva York. Por supuesto, no pienso tomar partido... —No, no era ésta, indudablemente, la mejor manera de exponerlo.

—No, supriman esto —dijo Nixon. —Vamos recomenzar.

Esta vez sonaron únicamente dos zumbidos.

—Muy bien, cuando usted guste, señor.

—Mientras proseguía mi campaña por toda América estos últimos días, advertí una inmensa preocupación por la huelga de profesores de Nueva York. Ahora bien, sin querer entrar de lleno en los pormenores de esta polémica, entiendo que un punto sobre el que conviene hacer hincapié, y que no ha sido destacado lo bastante, es que la causa principal del problema es la ley y el orden en nuestras escuelas. No creo que podamos pedir que los profesores acudan a sus aulas cuando no hay disciplina y cuando no cuentan con el apoyo de sus respectivas juntas escolares. Creo que cuando pedimos a alguien que enseñe a nuestros hijos debemos dar a nuestros profesores el respaldo que merecen. La disciplina en las aulas es esencial si queremos que nuestros hijos aprendan. Es esencial si nuestros profesores asumen la obligación de enseñar. Procuremos que reine el orden y el respeto a la ley en las aulas de América, en el mejor sentido de la palabra. Ésta es la única manera de conseguir una educación mejor para los hijos de América.

Se escucharon dos zumbidos de la máquina grabadora. Abajo, en el cuarto de control, Len Garment y Harry Treleaven se miraban estupefactos. Ninguno sonreía. Garment no paraba de agitar la cabeza con un movimiento vivo y nervioso.

—No hay que apurarse, Len —dijo Treleaven.

—Jamás surcará el espacio.

Arriba, Frank Shakespeare se adelantó para hablar con Nixon.

Nixon lo miró.

—Ya está bien —dijo Richard Nixon— esto sí que es dar en la misma diana, todo este fregado de los profesores... Siempre vamos a parar a lo mismo,

la ley y el orden y los malditos grupos negroportorriqueños de estos contornos.

Shakespeare se quedó contemplando a Richard Nixon.

—No me importa si son blancos o qué diablo son —dijo Nixon—, pero cuando le dan a un profesor en la cabeza, maldita sea, pierden todo derecho a asistir a la escuela. Es así de simple. Bueno, ahora haremos uno de cinco minutos.

Era bastante después del mediodía cuando Richard Nixon abandonaba el teatro. Su amigo, Paul Keyes, el del programa “Ríase con nosotros”, estaba a su lado. Dwight Chaplin y todos los demás —que no le dejaban ni a sol ni a sombra— estaban, naturalmente, allí; con los cabellos bien recortados y sus impecables ternos oscuros.

En el instante de atravesar el vestíbulo delantero, un componente del show Merv Griffin, un individuo que conocía a Nixon de los días en que éste fue un invitado en el programa, se le acercó para desearle buena suerte. Richard Nixon se detuvo, aceptó el apretón de manos y sonrió. Un empleado mantenía abierta la puerta del teatro. Otro hacía lo propio con la puerta del automóvil de Richard Nixon. La policía había abierto, a duras penas, un pasillo a través del reducido grupo que se había congregado junto a la entrada.

—Salude de mi parte a todos los del show —dijo Richard Nixon.

El individuo dijo que no se olvidaría de hacerlo.

—Oiga. ¿Sigue todavía con ustedes aquella señorita tan chistosa?

El individuo del show aseguró que no sabía a qué señorita chistosa se refería Nixon.

—¿No comprende? Aquella de la voz tan graciosa.

El individuo hizo un ademán dando a entender que no comprendía en absoluto. No sabía qué decir. Richard Nixon era el único que sonreía. Todos los demás empezaban a sentirse un tanto incómodos.

—¿No acierta? —insistía Nixon—, ¿aquella dama tan cómica?

El individuo miraba más allá de Nixon, a sus acompañantes. Buscaba, evidentemente, ayuda.

Intervino Paul Keyes, el del programa “Ríase con nosotros”. Era un hombre grueso, de pelo gris y anteojos. El clásico tipo de republicano que se imagina que John Wayne representa una positiva ayuda para el partido.

—¡Ah! Se refiere usted a Tiny Tim —dijo Paul Keyes a Richard Nixon. Y mientras todos se reían, Nixon más que ninguno, Paul Keyes empujó al hombre hacia la puerta que acabó de abrirse y Richard Nixon franqueó el umbral y ganó la calle donde aguardaban los automóviles.



Joe McGinniss

Nació en 1942. Es el autor de algunos *best-sellers* de no ficción entre los que destacan la trilogía de relatos criminales reales *Fatal Vision*, *Blind Faith* y *Cruel Doubt*; *The Last Brother: The Rise and Fall of Teddy Kennedy*, y *The Selling of the President*, que relata la campaña presidencial de Richard Nixon para las elecciones de 1968. Después de un tardío pero apasionado descubrimiento del fútbol, empezó escribir sobre este deporte para *The New York Times Magazine* y *GQ*, en EE. UU., y para los diarios británicos *Sunday Telegraph* y *The Guardian*. En 1999 publicó *El milagro de Castel di Sangro*, a partir de las experiencias compartidas con el heroico equipo del pueblo, que, desde la fecha de su publicación, ha sido considerado uno de los mejores libros sobre fútbol jamás escritos. Fue reconocido por el William Hill Sports Book Award como uno de los mejores libros deportivos de 1999 y como el “Mejor Libro de la Temporada” según la prestigiosa revista *Four-Four Two*. Poco antes de que un cáncer se lo llevara (2014) publicó su último libro, *The Rogue: Searching for the Real Sarah Palin*, una polémica biografía no autorizada de la controvertida Sarah Palin.

La obra

GÜNTER WALLRAFF

CUANDO A LAS SEIS DE LA MADRUGADA, llego a la calle Franklin, en el distrito de Pempelfort de Dusseldorf, hay ya seis hombres en busca de trabajo ante la puerta de la sub empresa GBI. También ellos, tras llamar por un anuncio en el periódico, fueron convocados a esa hora. Abre la puerta un empleado. La oficina está en la planta baja: dos mesas escritorio arrimadas una a la otra, y un teléfono. Ni carpetas de documentos ni estanterías; las mesas incluso dan la sensación de estar vacías. En el encerado hay un letrero: "Esta empresa da legalmente de alta a los trabajadores que emplea". Nadie, sin embargo, me pregunta (a mí, Alí) por mi documentación laboral; ni siquiera debo decir cómo me llamo.

Antes de que poco a poco se nos vaya conduciendo a nuestros lugares de trabajo hemos de aguardar en una vivienda contigua, de dos habitaciones, que hace las veces de sala de estar, de cuyas paredes se cae a tiras el empapelado, cuyas ventanas están

mugrientas y que carece de baño; recinto que, a su manera, indica el status que aquí nos corresponde. *Siggi* —un tipo fornido con el pelo rizado y mucho oro en las manos y el cuello— está buscando cuatro auxiliares “para la construcción de un hermoso edificio en Colonia”. Yo (Alí) me ofrezco y me integran en la cuadrilla.

Ya de camino, en el vehículo, se nos informa de nuestro salario por horas y de las condiciones de trabajo.

—El capataz quiere que trabajéis diez horas diarias —nos explica *Siggi*—, por lo que os pagaré 9 marcos, es decir, 90 al día.

«Estamos construyendo pisos de gran lujo y encantadoras casas de una planta ajardinadas con vistas al apacible parque», leo en el cartel cuando, media hora más tarde, llegamos a nuestro destino, un baldío en construcción situado en el Hohenstaufenring de Colonia. Un encargado de personal, que lleva ya bastante tiempo trabajando para la GBI en esta obra, nos acompaña hasta las cabinas donde nos cambiamos de ropa. Justo cuando nos acabamos de cambiar *Siggi* vuelve a entrar.

—Necesito vuestros nombres para dárselos al capataz —dice.

—Alí —digo yo. Y eso basta.

Nuestra cuadrilla queda a las órdenes de un capataz de la empresa “Walter Thosti BOSWAU” (WTB), la sexta empresa de la construcción, en importancia, de la República Federal, según me entero más adelante. También en los días siguientes recibimos exclusivamente de este capataz las instrucciones de trabajo, así como las herramientas —desde la escoba al recogedor—, herramientas que son, asimismo, suministradas por la WTB. La GBI propor-

ciona sólo obreros, apenas tiene utensilios de trabajo propios, ni tampoco obras propias.

Ninguno de nosotros ha entregado sus papeles a la GBI; todos, sin excepción, trabajamos ilegalmente. Ni siquiera se nos hace un seguro de enfermedad. Le pregunto a un compañero:

— ¿Qué pasar si accidente?

— Pues que hacen como si estuvieras aquí sólo desde hace tres días y, simplemente, te dan de alta en el Seguro con efecto retroactivo — dice. — En total tienen unos cientos de personas, de las que, a lo sumo, la mitad están dadas de alta. En los descansos nos apretujamos con otros quince en el barracón de la obra, que quizá mida doce metros cuadrados. Un encofrador enviado aquí por la oficina de la GBI de Colonia dice:

— Estoy desde hace treinta años en la construcción, y eso de que el capataz te mande que hagas el favor de avisar antes de irte a cagar es algo que jamás me ha sucedido. Algunos cuentan que entre llegadas y salidas están de pie quince horas diarias. Pero no te pagan más que las diez horas estipuladas de trabajo; por el tiempo de transporte no te dan ni un centavo extra.

Nuestro capataz de la WTB la tiene tomada muy en especial con un compañero turco de unos cincuenta años. Aunque realice su trabajo como mínimo el doble de rápido que los compañeros alemanes, el capataz le insulta llamándole “burguesito”:

— ¡Si no eres capaz de trabajar más deprisa, la próxima vez haré que se te lleven con los cascotes de la obra!

Por lo general, y después de terminada la jornada de trabajo, los viernes hemos de esperar unas horas hasta cobrar nuestros salarios. El dinero tienen que traerlo de fuera.

Algunos de los obreros prestados parece que saben de dónde provienen nuestras pagas:

—Kiose hace un viajecito ahora a Langenfeid —nos informa un trabajador fijo alemán de la GBI, ilegal, mientras nos encontramos todos reunidos en la furgoneta de la obra— que es donde tienen la cuenta corriente, y allí recoge la plata para nosotros.

—Y también sabe el compañero la razón por la que el dinero no se retira de un banco de Colonia o de Dusseldorf—: La cuenta de Langenfeid está, por lo visto, a nombre de un particular que ingresa en ella los cheques de la WTB y otras empresas de construcción.

En Dusseldorf no podría abrir ninguna cuenta porque en seguida vendría Hacienda y la embargaría. Son dos las horas que tenemos que estar aguardando hasta cobrar, una vez concluida la jornada, sin que nos las paguen, claro.

Pero no son solamente las cuentas corrientes de la empresa lo que permanece en la penumbra: todo se desenvuelve de forma lo suficientemente conspiradora como para ocultar el hecho de que nosotros trabajamos en la obra; cuando se nos liquidan nuestros haberes tenemos, por supuesto, que firmar un recibo, pero no se nos entrega copia ni factura de nuestro salario. Incluso las hojas en que el capataz nos anota las horas trabajadas, se las vuelve a quedar en cuanto nos paga, lo que tiene su por qué, pues en el sector de la construcción la ley prohíbe el trabajo alquilado que se liquida por horas. A fin de burlar la prohibición, sub empresas como la GBI operan con falsos contratos de trabajo; a las empresas de la construcción les liquidan, por ejemplo, “cuarenta metros cuadrados de hormigón”, pero cobran cuarenta horas de trabajo alquilado (en muchos casos los capataces disponen de libros contables secretos

en los que los cálculos de horas de trabajo cumplidas por los obreros prestados son metamorfoseados en metros cuadrados de hormigón o metros cúbicos de tierra). A fin de poder demostrar más adelante que en nuestra obra también se opera con este tipo de doble contabilidad, aprovechando una ocasión propicia distraigo al capataz y me hago con uno de sus albaranes: "Constructor WTB, S.A.", allí el capataz ha anotado treinta horas de trabajo con sus fechas especificadas. Y su firma.

Sólo en la industria de la construcción se hallan ocupados 200 mil turcos, paquistaníes, yugoslavos y griegos ilegalmente empleados, lo que supone una merma anual de impuestos y contribuciones a la Seguridad Social que asciende a 10 mil millones de marcos.

Los traficantes de hombres gozan a menudo de protección política para eludir las sanciones. La legislación es muy laxa. Sin embargo, el gobierno federal vacila en poner freno a esos manejos. Todo lo que hay al respecto es que el arriendo de personal eventual de la construcción está prohibido desde 1982. Los estados federales gobernados por la Unión (CDU) se niegan a reconocer como infracción penal ese comercio ilegal, motivo por el que el tráfico ilegal de alemanes y de extranjeros provenientes de la Comunidad Europea sigue siendo, jurídicamente, sólo una "irregularidad".

Rara es la vez que la policía, los inspectores de la Secretaría de Empleo y los fiscales atrapan ni tan siquiera a los pequeños secuaces de la mafia de la construcción: "El problema escapa a nuestro control", se lamenta, por ejemplo, el fiscal general de Colonia, Dr. Franzheim. Sólo en Renania-Westfalia hay abiertos actualmente cuatro mil sumarios de instrucción. Los arrendatarios ilegales de trabajadores estafaron

a estos sus salarios o doblegaron a los “extranjeros reacios a trabajar” a base de palizas y amenazas. Las indagaciones judiciales —por ejemplo las tramitadas por la Sala de lo Criminal del estado de Dusseldorf— se extienden incluso a chantajes mediante primas de protección y a sospechas de asesinato.

Quienes, con frecuencia a través de intermediarios, recurren a las empresas arrendatarias de mano de obra, no son solamente los constructores privados. También las “subempresas” participan en el negocio de las contrata públicas. El año 1984, a propósito de la construcción del edificio de la nueva planta de la Dieta de Dusseldorf, llegaron a practicarse varias redadas, ya que en dicha obra habían intervenido traficantes de hombres.

Cuando se construyó la nueva Secretaría del Trabajo de Munich fueron detectados, gracias a un control, cincuenta empleados ilegales. Hasta la fecha no ha llegado a conocimiento de la policía el que en las obras de ampliación del cuartel del Ejército federal en Hilden fueron empleados trabajadores arrendados, al igual que en el nuevo edificio del ministerio de Correos y Comunicaciones de Bonn (Bad Godesberg). El hecho de que el ministro de Correos y Comunicaciones Christian Schwarz-Schilling no preceptuara los pertinentes controles posibilitó el que al menos una empresa ilegal de renta de mano de obra sacase su buena tajada en el negocio, el cual habría podido saltar fácilmente por los aires suponiendo que las autoridades hubieran tenido interés en estar al corriente del asunto. La empresa de traficantes de hombres DIMA, con sede en Dusseldorf, fue la que suministró el personal al consorcio de la construcción WTB, sexto en importancia de la República Federal, el cual gozó de una participación decisiva en la edificación del ministerio de Correos y

Comunicaciones. La DIMA, a su vez, nació de la GBI, para la que yo había trabajado antes como empleado ilegal en Colonia.

La primera tarea que se le asigna a Alí sirve para dejar bien claro desde un principio cuál es su sitio. Algunos de los baños destinados a los obreros están atascados desde hace más de una semana y la orina llega casi hasta los tobillos.

—Coge un balde, escobilla y jerga, y arréglalo, y además deprisa.

Yo (Alí) me voy al almacén de utensilios y hago que me den, contra recibo, dichos objetos.

—Basta con que firmes con tres cruces —dice el responsable, un calefactor alemán que disfruta de una relativa ganga al frente del contenedor de herramientas.

En el contenedor donde se encuentran los retretes el hedor es bestial. El canalón de desagüe de la orina está igualmente atascado por completo. Este trabajo lo vivo como una vejación, pues, en la medida en que la causa —las cañerías atascadas— no es eliminada por un experto, en seguida vuelven a producirse inundaciones. En la obra hay suficientes plomeros, pero el precio de su hora de trabajo es demasiado alto. Están allí solamente para instalar los lujosos cuartos de baño de los futuros felices propietarios.

Tanto los maestros de obra como los capataces disponen de sus propios retretes situados en un contenedor aparte. Están cerrados con llave, el acceso a los mismos está prohibido a los obreros, y las mujeres de la limpieza los mantienen aseados diariamente. Yo (Alí) le digo luego al jefe de la obra que mi tarea carece de sentido y que lo que hay que hacer es mandar allí a los plomeros.

—Tú aquí no tienes por qué plantear ninguna cuestión, sino hacer lo que se te diga que hagas. Los

pensamientos se los dejas mejor a los burros, que tienen la cabeza más grande — me suelta el hombre.

Pues bien, heme aquí haciendo — y sin rechistar — lo que otros innumerables extranjeros se ven forzados a realizar, y además debiendo sentirse contentos de tener trabajo. Esta idea me ayuda un poco — como me ayudará en situaciones ulteriores — a sobreponerme al asco y a hacer que mi impotente humillación y vergüenza se convierta en rabia solidaria.

Los alemanes que utilizan los retretes mientras yo (Alí) friego los meados con jergas, esponjas y baldes, a veces hacen algún que otro comentario. Un joven dice amablemente:

— Por fin nos han puesto una mujer de la limpieza. Dos hombres de unos cuarenta y cinco años conversan así de retrete a retrete:

— ¿Qué es lo que huele peor que los meados y la mierda?

— El trabajo — responde uno de ellos.

— No, los turcos — le contesta el otro con un vozarrón, a través de la puerta del retrete.

Hay también, es cierto, un compañero alemán que, mientras está haciendo pis, se informa sobre la nacionalidad de Alí y, cuando le respondo «turco», documenta así su simpatía:

— Una vez más lo típico: se os manda que nos quitéis la mierda; a eso se negaría cualquier obrero alemán de la construcción.

De cuando en cuando pasa por allí el capataz Hugo Leine, a fin de controlarme. El que vaya pertrechado con un radioteléfono resulta beneficioso, pues del mismo salen pitidos, petardeos y parloteos, de modo que su llegada se percibe con antelación suficiente para poder darse prisa. “Tempo, tempissimo, amigo”, le azuza a Alí, y cuando yo (Alí) le

hago notar amablemente que no soy “italiano” sino “turco”, en seguida se torna algo más bronco:

—Entonces deberías haber terminado la tarea hace ya mucho rato puesto que te la conoces bien. Vosotros siempre tenéis los retretes atascados.

Hugo Leine llegó a despedir en el acto a extranjeros porque durante el trabajo hicieron una llamada telefónica imprescindible, desde la cabina que hay enfrente de la obra.

Durante los días siguientes, a treinta grados de temperatura ambiente, subimos a mano láminas de hormigón de gas hasta la sexta planta. Somos más baratos que la grúa, la cual es trasladada a otra obra. Leine vigila para que no nos tomemos ningún descanso adicional. A la semana siguiente se asigna a Alí la tarea de acarrear hormigón. Mi cometido (el de Alí) consiste en transportar, por medio de “japonesas” —así se llaman las enormes carretillas semicirculares—, a través del baldío, el hormigón preparado para su vertido en la cimentación. Se siente como si le estuvieran arrancando a uno los brazos y hay que apalancar con toda la fuerza que se tenga contra la carretilla para que no se le vuelque a uno hacia adelante. Heinz, el jefe de cuadrilla—también de la GBI— disfruta procurando que la carretilla de Alí esté especialmente repleta, para ver cómo se esfuerza en evitar que se le vuelque su contenido al desequilibrarse. La carretilla pesa cada vez más. Yo (Alí) atribuyo mi agotamiento al calor. Cuando hay una tabla en el camino y la carretilla da un ligero salto me es imposible sostenerla; se vuelca y el hormigón se esparce por el solar. Tienen que acudir otros a toda prisa para meterlo otra vez a paladas en la “japonesa” antes de que se endurezca demasiado. Entonces aparece el capataz y me grita (es decir, a Alí):

— ¡Maldito pedazo de bestia! ¡Bastante es que no sepáis contar hasta tres, pero al menos podríais saber mirar lo que tenéis delante! ¡Hazlo otra vez y ya te estás volviendo a Anatolia a tocarte las narices!

A la próxima carga el capataz me dedica una complacida mueca sonriente y, pese a mis protestas, me llena nuevamente la carretilla hasta los bordes, de suerte que al arrancar inevitablemente se derrame. A pesar de todos mis esfuerzos me es imposible, maldita sea, mantener la carretilla en equilibrio. Al tomar el primer recodo por poco me caigo con ella y toda la carga se vuelca una vez más entre la porquería. Gran griterío por parte de algunos compañeros alemanes, los cuales permanecen impasibles a mi alrededor, mientras yo (Alí) sudo la gota gorda trasladando la masa de hormigón al interior de la carretilla con una pala. ¡Qué desesperadamente me desato a palazos mirando en torno mío, no sea que se acerque Hugo Leine! Por fortuna, el capataz ha desaparecido en algún lugar de la obra. Un compañero alemán me hace notar que la llanta de mi «japonesa» está pinchado. Se le ha metido un clavo y ésa es la razón de que la carretilla volcara. El jefe de cuadrilla ríe maliciosamente a lo lejos. Al pasar de nuevo junto a él, afirma triunfante:

— Os tendríais que ir dando cuenta de que aquí no tenéis nada que hacer.

En otra ocasión ulterior le atrapo garrapateando en la pared del retrete con un rotulador: “¡Muerte a todos los tur...”. Cuando yo (Alí) intento que se explique, me lanza un escupitajo a los pies y se marcha del urinario sin haber concluido la frase.

Pocos días más tarde, yo (Alí) — que en la quinta planta estoy barriendo y recogiendo con la pala los cascotes de obra — por poco me caigo en un pozo de distribución eléctrica tapado disimuladamente con

una capa de poliestireno. Tengo suerte y sólo se me introduce una pierna al resbalar. Lo único que me hago es un ligero esguince y una escoriación en el tobillo. Podría, eso sí, haberme roto la cabeza, ya que tiene ocho metros de profundidad. Por casualidad Heinz, el jefe de cuadrilla, sale de un cuarto contiguo y me dice:

— ¡Qué condenada suerte la tuya! Imagínate que te hubieses caído ahí abajo; de nuevo habría quedado un puesto vacante.

A un compañero alemán le roban de su armario el billetero con cien marcos y las sospechas recaen sobre mí (Alí):

— ¡Oye tú! Tú estuviste un cuarto de hora ausente durante el trabajo ¿no? ¿Dónde estuviste?

— ¡Que abra su cartera! — dice un alemán.

Otro alemán, Alfons, llamado también Alfi, viene en mi ayuda:

— Aunque tuviera dentro cien marcos, eso no significa nada. Cada uno de nosotros pudo haber robado, somos quince, y también alguien ajeno a la obra. ¿Por qué precisamente Alí?

Alfi es también el que me anima a perfeccionar mi alemán (mientras me da unas estimulantes palmadas en la espalda):

— Hablas alemán mucho mejor de lo que tú mismo te crees. ¡Vamos, inténtalo! Lo único que debes hacer es cambiar el orden de las palabras, tu alemán no es ni mucho menos tan malo. Di simplemente: “Soy turco” y no: “Turco soy”. ¡Es facilísimo!

Aifi estuvo varios años en el paro y luego la Secretaría de Trabajo de Dusseldorf lo envió a la empresa “Bastuba”, para la que se pasaba el día entero inmerso en las gélidas aguas, cuya limpieza, así como la de las márgenes del río, realizaba por encargo del estado de Renania-Westfalia. Hasta pasado un

tiempo no se dio cuenta de que “Bastuba” no le había dado de alta y que estaba trabajando exactamente en las mismas condiciones de ilegalidad que sus compañeros, trabajadores yugoslavos. Cuando le planteó la cuestión a su jefe, éste le puso en la calle. Tiempo después, un amigo le dio la dirección de la GBI.

En una ocasión en que yo (Alí), en presencia de compañeros, le pregunto a Kiose, el director de la delegación de la GBI en Colonia, cuál es el significado de la abreviatura GBI, nos da la siguiente explicación:

—La sigla responde a G, Giraffé, (jirafa), B, Bar (oso), e I, Igel (erizo).

Pretende que nos lo traguemos, y el caso es que la mayoría se lo traga. Lo cierto es que nuestra empresa tiene algo de sospechoso y que los nombres cambian tan a menudo que es como para dar crédito a dicho significado.

Tenemos un nuevo compañero alemán, Fritz, veinte años, rubio, el cual se ha enrolado en la Guardia Rural y espera ardientemente su incorporación a filas. Esta temporada de trabajo ilegal en la construcción la contempla sólo como una solución transitoria. Ha implantado un juego con monedas, al que nos dedicamos durante los descansos en los sótanos de la obra. Quien al tirar la moneda llegue más cerca de la pared sin tocarla, se lleva las de los demás. Yo (Alí) tengo suerte y gano continuamente. Fritz se crispa:

—Vosotros los turcos vais siempre detrás de nuestro dinero. No miráis más que vuestro beneficio y nos engañáis en cuanto os volvemos la espalda.

En otro momento:

—Los alemanes somos inteligentes. Vosotros os multiplicáis a nuestra costa, como los conejos. —Y

a los demás — : ¡De cuando en cuando le sale la selva que lleva dentro!

Arde una armadura de tejado. Los encofradores no fueron lo suficientemente cuidadosos. Llegan varios coches de bomberos y también la policía. Allí, junto con otros compañeros, es enviado a desalojar el tejado, aún en brasas. Las suelas de mis zapatillas deportivas empiezan a chamuscarse y varias veces las quemadas vigas crujen bajo mis pies (los de Alí).

Un grupo de agentes de policía y de bomberos está a nuestro lado contemplando cómo arrojamamos los objetos ardientes al solar de la obra. Evolucionamos a su alrededor sin traje de seguridad. Todo huele a ilegal. Cabe imaginarse que ellos lo saben o, cuanto menos, lo adivinan. Pero no dicen nada. También ellos se aprovechan de nosotros; les hacemos el trabajo duro y peligroso.

Un compañero alemán, Hinrich, veinte años, casado, un hijo, con deudas de alquiler, hace ya algunos días que anda por ahí con la cara hinchada. Tiene fiebre alta. Las encías supurando. A lo largo de la jornada entera se le coacciona para que no acuda al dentista. Le pide a Kiose, el delegado de la GBI en Colonia, un permiso de baja por enfermedad. Hinrich todavía no se ha dado cuenta de que no ha sido dado de alta en el registro y que, por lo tanto, es un trabajador ilegal. ¡Se pone hecho una furia!

— Eso está prohibido, lo denunciaré.

— Puedes largarte. No queremos verte más por aquí. Quien afirma que aquí se trabaja ilegalmente se expone a una demanda de daños y perjuicios por difamación. Nos entregaste tus papeles demasiado tarde y por eso no pudimos darte de alta. Eres tú mismo quien ha incurrido en falta —le contesta Kiose.

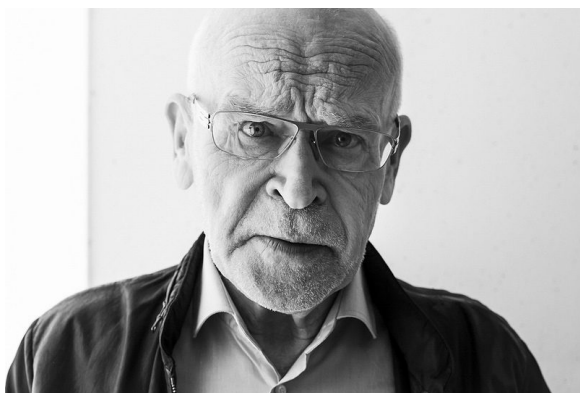
Después de esto Hinrich no se atreve a ir a la policía. Al día siguiente se lo llevan a una clínica en

el coche del médico de urgencia. Septicemia. ¡Peligro de muerte!

Un viernes, finalizada la jornada de trabajo —nos estamos cambiando de ropa— aparece el capataz de la WTB, Hugo Leine:

—Aquí ya nos hemos quitado de encima lo más pesado de la obra, así que ya no os necesitamos.

Así, al cabo de seis semanas se le terminó a Alí su temporada en la construcción. Unos cuantos trabajadores ilegales de la cuadrilla de la GBI son enviados por la misma empresa, bajo el nuevo nombre de DIMA, a otra gran obra en construcción en Bonn/Bad Godesberg. El ministro federal de Correos y Comunicaciones ha mandado construir un nuevo ministerio. Desgraciadamente, Alí ya no colaborará.



Günter Wallraff

Escritor alemán, nacido en Burscheid, cerca de Colonia, en 1942. Su padre fue un trabajador de la industria del automóvil, mientras que su madre procedía de una familia de la alta burguesía alemana, un hecho que le llevó a conocer desde muy niño las divergencias existentes entre las distintas formas de pensar de dos clases sociales bien diferenciadas. Aprendió el oficio de librero, pero no llegó a ejercerlo nunca. Durante los años de su prestación del servicio militar, se negó radicalmente a hacer uso de las armas, lo que le acarreó diversos castigos hasta que, finalmente, fue declarado incapacitado para el servicio. Este ideal de rechazo es el que determina también su producción literaria, marcada por un carácter eminentemente documental, típico de la literatura alemana de comienzos de los años setenta. Su trabajo en diferentes ámbitos del mundo de la industria y la empresa fue la base de sus primeros informes, publicados en un principio en periódicos sindicalistas. Posteriormente, los reagrupó en una colección titulada *Të necesitamos* (1966) que llegó a convertirse en uno de los libros más vendidos del momento. Utilizando esta técnica literaria, Wallraff puso al descubierto graves problemas y situaciones de desigualdad en el ámbito de la producción industrial. Su éxito fue tal que comenzó a esconder su personalidad para conocer de cerca estas situaciones, situaciones que descubría en sus publicaciones, tal como llevó a cabo en *El descubridor. El hombre que en el "Bild" era Hans Esser* (1977), obra en la que pone al descubierto las irregularidades del mencionado periódico; *Cabeza de turco* (1985), donde describe la explotación y la discriminación a que se ve sometido un trabajador turco en la República Federal. Es autor, además de *Nuevos reportajes, investigaciones y ejemplos didácticos* (1972), *Nosotros aquí abajo* (1973), *Nuestro fascismo de aquí al lado* (1975) y *Testigos de cargo* (1979).

ÍNDICE

EL CASO REDL

Egon Erwin Kisch

25

LA GUERRA DE COLORADO

John Reed

53

SVIYAZHSK

Larisa Reissner

105

DE LA IZQUIERDA EXQUISITA

Tom Wolfe

131

CERRAMOS LA CIUDAD

Ryszard Kapuściński

149

LA EMPERATRIZ DE LOS MIL PARES DE ZAPATOS

Manuel Leguineche

177

CÓMO SE VENDE UN PRESIDENTE

Joe McGinniss

189

LA OBRA

Günter Wallraff

211

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

17. **La oveja negra**, de Armando Bartra.
18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.

- 30. Siembra de concreto, cosecha de ira,**
de Luis Hernández Navarro.
- 31. El Retorno,** de Roberto Rico Ramírez.
- 32. Irapuato mi amor,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 33. López Obrador: los comienzos,**
de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto,**
de Emilio Carballido.
- 35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán,
Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los
años 20,** de Mario Gill.
- 36. ¿Por qué votar por AMLO?,** de Guillermo Zamora.
- 37. El desafuero: la gran ignominia,**
de Héctor Díaz Polanco.
- 38. Las muertes de Aurora,** de Gerardo de la Torre.
- 39. Si Villa viviera con López anduviera,**
de Paco Ignacio Taibo II.
- 40. Emiliano y Pancho,** de Pedro Salmerón.
- 41. La chispa,** de Pedro Moctezuma.
- 42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.**
Antología literaria.
- 43. El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.
- 44. Historia de una huelga,** de Francisco Pérez Arce.
- 45. Hablar en tiempos oscuros,** de Bertold Brecht.
- 46. Fraude 2012.** Antología varios autores.
- 47. Inquilinos del DF,** de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral,**
de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito,** de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta,**
de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas.**
Una antología de poesía para resistentes.
Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución,**
de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego,**
de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres,** de Huidobro
(no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial),**
de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente,**
de Erich Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla
de una independencia fallida,**
de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos,**
de Francisco González.

- 62. La revolución de los pintos,**
de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil
anécdotas,** de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl,**
de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes,** de Jorge F. Hernández.
- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX),**
de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre
neoliberal mexicano,** de Martí Batres.
- 68. Rebeliones,** de Enrique Dussel
y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.**
Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través
de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible,**
de Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
- 74. Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado.**
Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral,**
de José C. Valadés.

77. **Canek**, de Ermilo Abreu.
78. **La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
79. **San Isidro futbol**, de Pino Cacucci.
80. **Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
81. **Otras historias**. Antología.
82. **Tierra de Coyote**. Antología.
83. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
84. **Antología Literaria 2da feria en Neza**. Varios autores.
85. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
86. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
87. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
89. **De golpe**. Antología.
90. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.
91. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
92. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
93. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
94. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**, de Jesús Vargas Valdés.
95. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**, de Patricia Galeana.
96. **Espartaco**, de Howard Fast.

- 97. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1).** Antología literaria.
- 98. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2).** Antología literaria.
- 99. Los hombres de Panfilov,** de Alejandro Bek.
- 100. Diez días que conmovieron al mundo,** de John Reed.
- 101. Vietnam heroica.** Varios autores.
- 102. Operación masacre,** de Rodolfo Walsh (no descargable).
- 103. Cananea,** de Arturo Cano.
- 104. Guerrero bronco,** de Armando Bartra.
- 05. Misterios de seis a doce,** de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
- 106. La descendencia del mayor Julio Novoa,** de Gerardo de la Torre.
- 107. Otras miradas.** Varios autores.
- 108. Relatos de impunidad,** de Lorena Amkie.
- 109. No sabe a mermelada,** de Carlos Imaz.
- 110. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965,** de Ricardo Pozas Horcasitas.
- 111. Ciudad Cenzontle,** de José Alfonso Suárez del Real.
- 112. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México.** Varios autores.

- 113. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
- 114. El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
- 115. Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable)
- 116. Tierra negra 2. Cómec** (no descargable).
- 117. El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 118. Julio César Mondragón**. Varios autores.
- 119. Abrapalabra**, de Luis Britto.
- 120. Los 43 de Ayotzinapa**,
de Federico Mastrogiovanni.
- 121. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
- 122. Asesinato en la Cuesta de los millonarios**,
de Gisbert Haefs.
- 123. Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
- 124. Juárez. La rebelión interminable**,
de Pedro Salmerón.
- 125. La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
- 126. Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
- 127. El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
- 128. Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
- 129. El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
- 130. El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
- 131. La balada de Chicago**,
de Hans Magnus Enzensberger.
- 132. Defendiendo derechos y libertades de los y**

las capitalinas, de José Alfonso Suárez del Real.

133. Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen,
de Javier Sinay.

134. La marca del Zorro, de Sergio Ramírez.

135. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?

136. La novena ola magisterial,

de Luis H. Navarro.

137. Banana Gold, de Carleton Beals.

138. Libertad es osadía, de Leonel Manzano.

139. La jungla, de Upton Sinclair.

140. La huelga que vivimos, de Francisco P. Arce.

141. Un dólar al día, de Giovanni Porzio.

142. Queremos todo, de Nanni Balestrini.

143. Pinturas de guerra, de Ángel de la Calle.

144. La cara oculta del Vaticano,

de Sanjuana Martínez.

145. Milpas de la ira, de Armando Bartra.

146. Una latinoamericana forma de morir.

Varios autores.

147. Una antología levemente odiosa,

de Roque Dalton.

148. Pesadilla de último momento,

de Aarón Álvarez.

149. CEU, de Martí Batres.

150. Un corresponsal de guerra mexicano,

de Guillermo Zamora.

- 151. Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 152. Manifiesto comunista**,
de Enrique González Rojo.
- 153. Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones
a la vida de Pepe.** Varios autores.
- 154. Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
- 155. Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
- 156. Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
- 157. Iván**, de Vladimir Bogomolov.
- 158. Antología cuentos**, de Raúl Argemí.
- 159. Benita**, de Benita Galeana.
- 160. Antología de cuentos**, de Juan Miguel
Aguilera y Luis Britto.
- 161. La ciudad, la otra**
de Raúl Bautista González, Súper Barrio.
- 162. La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
- 163. El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
- 164. 1905**, de León Trosky.
- 165. Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
- 166. ¿Qué hacer antes y después del sismo?**
- 167. Romper el silencio**, varios autores.
- 168. Break the silence**, varios autores.
- 169. Caramba y zamba la cosa, el 68
vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.

- 170. Los que deben morir**, de F. Mond
- 171. La muerte tiene permiso y más....**,
de Edmundo Valadés.
- 172. Para fechas vacías que veremos arder**,
de Roberto Fernández Retamar.
- 173. Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
- 174. Historias sorprendentes**, varios autores.
- 175. La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
- 175. Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
- 176. Cartucho**, de Nellie Campobello.
- 177. Cuadernos desde la cárcel**,
de Ho Chi Minh.
- 178. La Frontera**, de Patrick Bard.
- 179. La gran revolución** (tomo I)
de Piotr Kropotkin.
- 180. La gran revolución** (tomo II)
de Piotr Kropotkin.
- 181. Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo.
- 182. La comuna de París**, de Armando Bartra.
- 183. La desaparición de la nieve**,
de Manuel Rivas.
- 184. El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68**, de Tariq Ali.
- 185. Nada es más asombroso que la verdad**, antología.

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de octubre del año 2018.

Todos los derechos reservados.

El contenido de la publicación
es responsabilidad
exclusiva de Para Leer en Libertad, A.C.
y no refleja necesariamente
una posición de la RLS.